



SITUACION EXCEPCIONAL DE ESPAÑA

EN MEDIO

DE LA PRESENTE EVOLUCIÓN ECONÓMICA

- I.—Ventajas que ofrece nuestra pobreza nacional para escudarnos contra los principales daños de la crisis económica.
- II.—Diferente situación de las demás naciones.—Ineficacia de los más enérgicos remedios á que ellas recurren para conjurar el desastre económico.—*El socialismo de Estado* implica más bien agravación que alivio de los padecimientos económicos.—La expansión colonial sólo ofrece hoy soluciones efímeras á cambio de riesgos peligrosos.—La disminución de la producción originada por las huelgas de trabajadores en las naciones rivales, así como el alza forzada de los precios por medio de la guerra, lejos de procurar remedios engendran nuevos elementos de perturbación económica.
- III —Ningún recurso de defensa es tan eficaz como los que podemos nosotros desenvolver en la vida interna de nuestra patria, cuya prosperidad económica descansa ahora en llegar á bastarse á sí misma.

I

DESPUÉS de haber analizado los más importantes factores de la pavorosa crisis que amenaza á toda la economía europea, nos hemos fijado en los remedios que parecen los más eficaces y enérgicos para sustraernos á su acción avasalladora ó atenuar cuando menos sus desastres. Por lo mismo que lo que principalmente caracteriza á esta revolución económica es su acción poco me-

nos que incontrastable para trasplantar á otros territorios los centros de la niveles de la economía productora y los emporios de la riqueza, rompiendo los vínculos más sólidos que ligan á los hombres al suelo patrio, concentramos todo nuestro estudio en el ramo de la producción agrícola que representa para los intereses nacionales el más íntimo y secular arraigo. Terminaremos dando contestación á una pregunta que habrá sugerido la lectura de las páginas que preceden, ¿Puede España, en realidad sustraerse á la acción universal de estos fenómenos económicos, y dejando que otras naciones sucumban ó se quebranten en la crisis, volver luego á colocarse en la corriente cuando haya desaparecido el mayor peligro y se fijen en el mundo los nuevos niveles de la producción?

A nuestro juicio, si bien para todo pueblo europeo es imposible conjurar en absoluto la perturbación de su orden económico, algunos en cambio, pueden hallar medios de contrarrestar sus más terribles efectos. Basta precisar con rigurosa exactitud los términos de la situación presente para comprender cuál es la eficacia de los recursos de defensa que á cada nación le cabe desenvolver. Necesitan los reinos de la vieja Europa hallar en su constitución y en el desarrollo de sus fuerzas económicas, los elementos necesarios para tomar posiciones de larga expectativa y espera, hasta que la competencia de los países nuevos de América se atenúe por el propio desarrollo de su población y de su consumo, así como por la extenuación de la fecundidad de los suelos vírgenes. Necesitan esperar también que se despejen las incógnitas económicas del Oriente y del continente negro, á fin de que sepamos qué fuerzas de producción y de consumo han de desarrollar los ochocientos millones de habitantes de la India y de la China y las regiones africanas, y en qué niveles se fijará la nueva valoración monetaria, el interés del capital y la cotización de las grandes producciones industriales, agrarias y manufactureras. La nación que entre tanto pueda concentrarse mejor en su propia economía, evitar guerras y derroches estériles de capital, conjurar conflagraciones y desquiciamientos en su orden interior y exterior, será la que salve mejor la peligrosa sirte que tenemos en perspectiva.

Ninguna nación reúne para esto condiciones tan propicias como nuestra patria. Su misma pobreza es para ella en las circunstancias presentes como un escudo contra los más temerosos cataclismos. Ni el excesivo desarrollo de la industria suscita entre nosotros peligrosos desequilibrios de intereses con los demás ramos de la producción, ni la propiedad territorial ha tenido tampoco en España los extraordinarios aumentos de riqueza que en otras naciones produjo la acumulación anual de inmensos capitales invertidos en el mejoramiento del suelo y cuyas asombrosas valoraciones se manifestaron en otros países como primer efecto económico del desarrollo de las vías de comunicación. No tenemos, por tanto, que resguardar tan enorme cuantía de intereses. Muy al contrario, si la producción de nuestro suelo se alivia oportunamente de los gravámenes económicos y políticos que dejamos indicados, tal vez por algunas de las mismas causas que benefician á los territorios despoblados de los nuevos continentes, se pueda también beneficiar la tierra patria de la baja ruinosa que el nivel de la valoración de la propiedad ha de ir alcanzando en los pueblos más ricos y prósperos de Europa.

Además, para resistir al primer choque del desastre que amenaza á la producción agrícola, alguno de nuestros principales ramos de cultivo alcanza por de pronto en los mercados pingües valoraciones que compensan muchas ruinas. Mientras los cereales, los aceites, los arroces, la ganadería no encuentran precio remunerador de su coste de producción, la viticultura por crecimiento de la demanda, al propio tiempo que por la esterilización de otras comarcas, es ahora para nosotros el más fecundo venero de riqueza. Fuera ciertamente exponerse á muy dolorosos desengaños el fiar con excesos de optimismo en la larga duración de las circunstancias excepcionales que han traído á tanto florecimiento este ramo de nuestros cultivos agrícolas. Los labradores y los gobiernos están, por el contrario, obligados á velar solícitos sobre estos copiosos mantiales de la riqueza nacional, porque temibles adversarios se aperciben por todas las regiones del globo para esta competencia, y con el menor descuido ó atraso en los métodos de cultivo y elaboración, ó en las cláusulas de los tratados de

comercio, puede nuestra producción resultar vencida y eliminada de improviso de los mercados. Pero entre tanto la viticultura ha sido para nosotros compensación providencial que desde el principio de la crisis alivió los más agudos padecimientos agrarios, en términos que sin esto todas nuestras clases agrícolas estarían ya sumidas en irremediable miseria.

Por otra parte, las condiciones económicas de nuestra patria son las más propicias para constituir con ellas una nación que durante algún tiempo se baste á sí misma. Ni tenemos, hoy por hoy, un desarrollo industrial cuya producción superabundante nos comprometa en la busca de mercados exteriores á expensas de otros sacrificios. Las fronteras nacionales y algún tratado con las naciones formadas por desprendimientos en la antigua diadema de nuestro imperio colonial, bastarían para abrir anchuroso cauce de salida á nuestros intereses manufactureros. Ni somos tampoco afortunadamente, como algún pueblo secundario de Europa, un país reducido á la producción agrícola y que por no tener otros rendimientos que el cultivo de los campos, no puede arbitrarse recursos sino exportando cereales (1). La diversidad de nuestras industrias y de nuestros cultivos, así como la abundancia natural de las primeras materias es tal, que, en rigor, fomentando con igualdad los diferentes órdenes de nuestra producción, ninguno podría aventajarnos en menores necesidades de importar. En este sentido, difícilmente se dará un país para quien sean menos temibles las llamadas represalias de comercio. En la contienda económica, así como en las contiendas internacionales para la supremacía política, nuestra salvación descansa en no aventurarnos en temerarias empresas desproporcionadas á la pobreza de nuestros

(1) Este es el caso de Rumanía. No poseyendo otra industria que la agraria, su único medio de proporcionarse recursos y de mantener su hacienda, consiste en la exportación de sus cosechas. Apremios políticos y las combinaciones de su régimen fiscal, la obligan á buscar los principales ingresos del presupuesto con elevadas tributaciones arancelarias impuestas sobre las importaciones industriales. Pero los demás Estados, como represalia á estos recargos aduaneros, han impuesto derechos casi prohibitivos sobre los cereales de Rumanía, de modo que esta nación, para no sucumbir de plétora agrícola, tiene que someterse perpetuamente al vasallaje industrial que le imponen sus rivales.

medios. Concretándonos hoy á conservar y restaurar los jirones que nos quedan de las grandezas pasadas, doblegando la genial altivez, imprevisión, arrojo, indisciplina y falta de sentido práctico de nuestra raza, cual ninguna refractaria á la economía del orden administrativo y á las disciplinas de vigorosas organizaciones que encauzan con unidad y perseverancia todas las fuerzas de una nación hacia un mismo pensamiento, sólo cuando por la economía, labor, constancia, sufrimiento y modestas virtudes cívicas de varias generaciones, se sienta al fin la patria cimentada sobre firme base, podremos arriesgar nos á mayores intentos. Así también en la contienda económica, nuestra salvación consiste, ante todo, en la reconstitución de nuestras fuerzas, en la defensa de nuestra fortuna contra el asalto de los extraños, poniendo mayor empeño en conservar que en adquirir, sometiéndonos á no dilapidar la propia hacienda y á buscar el aumento de las fuerzas contributivas por el desarrollo de la riqueza arraigada en el solar patrio, y no por adquisiciones territoriales, ó por ensanches forzados del tráfico exterior, que sólo se justifican cuando los ampara la robustez de aquellos asientos interiores, sin cuyo pedestal no se mantiene en pie ningún imperio.

II

Harto diferente es la situación en que se hallan las demás naciones de Europa. Las unas para no morir de plétora agrícola, las otras para no sucumbir ahogadas en los excesos de la producción industrial, tienen que abrir sus fronteras esterilizándose por ello, en unas partes las fuentes de la agricultura, y en otras las condiciones económicas de la riqueza fabril. El instinto de conservación parece haber recrudecido ahora en todas ellas los procedimientos proteccionistas; pero recurriendo por igual á las mismas armas, como las más naturales para la defensa, asoma ya sobre ellas el peligro de verse encerradas en su propio mercado; y como su potencia productora excede

con creces las necesidades de su consumo, el problema económico aparece allí encerrado en un círculo de hierro, presagiándose el momento de una explosión económica, en cuyos desastres los elementos de la crisis presente lleguen al paroxismo de su violencia destructora. Por cima de ellas se cierne, como inevitable desenlace, un cataclismo social y económico que por los terribles agentes destructores hacinados en el fondo de las sociedades contemporáneas, parece fuerza dispuesta, no sólo para estremecer á las naciones con sacudidas volcánicas, sino para quebrantarlas como si fueran obras de alfarero. El proletariado industrial con sus masas acrecentadas por la miseria de los campos, traído á desesperación por los conflictos del hambre, organizada su hueste por las disciplinas de la conjuración secreta que tiene ya minado el suelo europeo y preparada la voladura del orden material y moral, si no halla soluciones en el despueblo de nuestro continente, dará entonces el supremo asalto á los baluartes sociales.

A fin de apartar de su patria las perspectivas sombrías de estos desencadenamientos infernales de iras y rencores fomentados con los sufrimientos y miserias de pueblos enteros angustiados por la opresión económica y por la tiranía fiscal, y puestos en frenesí por el descreimiento religioso, los hombres de Estado recurren á todos los medios. El país clásico del *self government*, lo mismo que el autoritario imperio de Alemania y el ministerio católico de Bélgica, con tal de resolver el problema económico y salvar los conflictos sociales que engendra, no retroceden ante el planteamiento de nuevas instituciones que parezcan generadoras del *socialismo de Estado*. Todos ellos acuden también á la expansión colonial, afanosos de procurar nuevos mercados á sus industrias, y la política de los intereses mercantiles es la que dirige como norma capital sus rumbos de gobierno, su organización administrativa y su política exterior. Pero no obstante los esfuerzos previsores y los remedios heroicos aplicados por los estadistas, nada hasta ahora anuncia allí como posible el conjurar la catástrofe presagiada como desenlace de la crisis económica. En cuanto el *socialismo de Estado* aplicado á la mejora de las clases obreras traspase los límites de una protección meramente jurídica

cimentada en principios cristianos, el problema social revestirá proporciones todavía más alarmantes. Digna de aplauso es la iniciativa de los gobiernos para que se establezcan entre los jefes de industria y los obreros nuevos lazos de recíproca tutela bajo la forma de patronatos y consejos de arbitraje, y se reglamente el trabajo de las mujeres y de los niños, se repriman irritantes abusos en el pago de los salarios, se faciliten viviendas económicas, y se fomenten, en fin, instituciones de previsión, socorros, seguros y pensiones. Tiempo era ciertamente de que el poder público saliera al fin de la indiferencia ó abstención sistemática respecto de los contratos entre jornaleros y empresarios, predicada por el doctrinarismo liberal como única regla de conducta compatible con la libertad; pero ninguna de estas instituciones para el alivio del proletariado, ni aun el conjunto de todas ellas, dará solución á la presente crisis económica. Por el contrario, más bien la agravarán si por ellas se recarga el presupuesto del Estado, puesto que el remedio principal de la crisis consiste en que por la aminoración de los impuestos, puedan los pueblos europeos ponerse en condiciones de mayor igualdad económica para luchar contra sus nuevos competidores. Si el *socialismo de Estado* fuera verdadero remedio, lejos de clamar contra la organización del servicio militar, debieran, por el contrario, las naciones considerar el sostenimiento de los ejércitos como el mayor de los beneficios. En efecto; en la situación económica presente, con las perturbaciones que origina la exuberancia de producción, los ejércitos, lejos de ocasionar hoy daño á la industria distrayendo brazos de los campos, de los talleres y del comercio, atenúan en este sentido las agravaciones de una producción excesiva, y dan ocupación y sustento á millares de obreros que, de otro modo, vivirían condenados á las alternativas de la huelga ó del salario insuficiente para el sustento. Pero el servicio de guerra se estima hoy con razón como uno de los mayores azotes que pesan sobre Europa, por las cargas abrumadoras que arroja sobre nuestros presupuestos. La misma consideración económica es estrictamente aplicable al *socialismo de Estado*. Así es que cuando el Estado haya llevado á su mayor perfeccionamiento la obra legislativa para la asistencia y amparo de

la clase obrera, el conflicto del proletariado continuará presentándose por aquellas naciones en términos cada vez más aterradores é insolubles. La desproporción creciente entre la producción y el consumo, arrojará allí sin cesar de los talleres mayores masas de obreros; y aunque el Estado intente amparar á este proletariado sin trabajo, y el poder público informe todas sus obras en los principios del socialismo, tales procedimientos sólo servirán para precipitar la catástrofe.

Más eficaz remedio parece el de la expansión colonial para las naciones de muy próspera industria; pero aun esto mismo resulta hoy efímero, y aun en muchos casos peligroso elemento de agravación para los males económicos. Los Estados europeos recurren ahora al ensanche colonial, como si á ello los impulsara una necesidad instintiva para salvarse de muerte apoplética. De aquí las atrevidas empresas de exploración y comercio lanzadas en todas las direcciones del globo en busca de islas y continentes vírgenes y estados bárbaros ó salvajes donde asentar factorías. Hasta los arenales desiertos parecen á nuestros gobiernos codiciable presa. El cálculo mercantil que sirve de base á estas empresas colonizadoras no puede ser más halagüeño y tentador. Una nación de potente industria busca como recurso supremo de salvación corrientes comerciales que evacuen sus productos. Dada la plétora que deprime á sus mercancías en el tráfico de las grandes naciones, se dirige á los confines de la civilización, donde la producción de la Naturaleza yace en menosprecio, al propio tiempo que los artículos manufacturados encuentran altísima valoración. La operación por de pronto produce pingües beneficios, tanto en la compra como en la venta; y la facilidad maravillosa y siempre creciente de los medios de transporte, afianza y centuplica las ganancias. Mas las colonias no pueden hoy establecerse con los procedimientos antiguos, ni mantenerse tampoco largo tiempo en el vasallaje político é industrial que sirvió hasta aquí de principal elemento de superioridad para sus respectivas metrópolis. El pacto moderno de soberanía entre la madre patria y su prohijamiento lejano es de tal índole, que implica para la una deberes de protección y compromisos de alianzas defensivas y ofensivas en los conflictos internaciona-

les, mientras la otra, en cambio, se constituye con tal independencia que, como el Canadá y la Australia, trata en sus aduanas á la metrópoli con iguales ó mayores recelos que al extranjero. De suerte que si una colonia en sus comienzos, por la fuerza misma de los lazos de afinidad y relaciones de raza con el país de donde proceden los primeros colonos, abre por de pronto un mercado á la industria de la madre patria, activa en cambio la despoblación del Estado y sobre todo trasplanta poderosos emporios de riqueza nacional; y una vez formada y arraigada esta soberanía en su nuevo suelo por el desarrollo de intereses propios, los lazos del vasallaje colonial no se mantienen, sino mientras la separación irroque mayores perjuicios á la misma colonia que á su madre patria. Con los factores económicos del mundo moderno esta transformación de una humilde factoría colonial en nación poderosa con necesidades y elementos para el gobierno independiente de sus propios destinos, se produce rapidísimamente. Las leyendas orientales hacen mención de un país en el cual un día equivalía á un siglo, y crecían allí los árboles, maduraban los frutos, los niños se hacían hombres en el espacio breve de algunas horas. Esta es la historia de los nuevos pueblos que ahora engendra la expansión colonial. Acude una expedición de exploradores ó comerciantes y empieza hoy traficando á modo salvaje con los indígenas; trocando una vara de tejido, un puñado de pólvora, un poco de aguardiente ó cualquier baratija de nuestras manufacturas, por rebaños enteros, montones de marfil y espléndidos tesoros de los más preciados frutos de la Naturaleza. Mañana aquellos eriales aparecen convertidos como por ensalmo en fecundas haciendas explotadas por gigantesco cultivo, y al día siguiente hay allí núcleo de población, capital y cultura suficiente para acometer las empresas industriales; y el régimen aduanero y fiscal que les proporciona su autonomía se basta para arraigar en aquellos confines de la barbarie las más prósperas y adelantadas industrias de la civilización.

A la sagacidad del canciller de Alemania no se le han ocultado estos peligros. «Soy opuesto, decía, á la creación de colonias, se entiende de colonias constituídas conforme al sistema que sirvió de plantilla en el siglo pasado y que podría llamar-

se el sistema francés; soy opuesto á fundar colonias que tengan por base la ocupación de un territorio donde se empiece estableciendo una jerarquía administrativa y fuerzas militares. No he desmayado en mi antigua aversión á este género de colonización, que tal vez pueda convenir á otras naciones, pero que para Alemania es impracticable. Cuestión distinta es la de si es útil, y en segundo lugar, si es un deber para el Estado, el conceder á aquellos de sus súbditos que acometen tales empresas contando con la protección del imperio, si es conveniente y además un deber para nosotros el concederles la protección que piden, prestando el Imperio ciertos auxilios á sus tentativas coloniales, á fin de secundar y proteger en países extraños estas creaciones naturalmente formadas con los sobrantes de la savia de todo el cuerpo alemán. A esta cuestión respondo resueltamente por la afirmativa. Pero si mi seguridad es completa al afirmar que esta protección constituye un deber para el Imperio, en cambio no participo de igual seguridad respecto de sus ventajas prácticas, porque no puedo prever cuáles han de ser sus resultados» (1).

De modo que ni aun la misma expansión colonial es remedio salvador para las grandes potencias industriales comprometidas en la crisis económica. Puede á lo sumo abrir momentáneamente un nuevo mercado; pero al poco tiempo la colonia se convierte en emporio productor rival de la metrópoli, y es como un nuevo cuerpo de soberanía, cuya vida y desarrollo se produce á expensas de quien le ha dado el ser (2).

(1) Discurso del *Reichstag* en 26 de Junio de 1884. Consecuente con este criterio en materia colonial, el Príncipe Canciller publicó últimamente en la *Gaceta oficial* una comunicación declarando que el Gobierno no tiene ya más empleos que dar, y que además no quiere dar incremento á la emigración á las colonias mientras no se organice allí el servicio militar, tanto para la defensa de las posesiones, como para que todos los alemanes participen por igual en las cargas de guerra y en las de instrucción.

(2) Presintiendo estos peligros, Inglaterra se apercibe para dar una nueva organización á su régimen colonial. Tiene ya organizada al efecto una potente liga nacional presidida por un personaje eminente, Lord Roseberry, gran señor á la par que experimentado político. Por la iniciativa hábil y enérgica de este jefe, la asociación *Imperial Federation league* ha tomado rápido y colosal desarrollo. Reune comités de partidarios entusiastas por todas las

Fuera impertinente para nuestro propósito, analizar aquí la eficacia de otros medios más ó menos empíricos á que esas naciones tienen que recurrir para salvar sus industrias. No faltan estadistas que recomienden en beneficio de los intereses nacionales el fomento de la agitación socialista en las demás naciones. Han observado que una huelga obrera es medio muy seguro para procurar á las naciones vecinas la evacuación inmediata de sus excedentes de producción en el ramo industrial á que afecta la huelga, y por este motivo aconsejan que se apliquen al socialismo las artes maquiavélicas empleadas por Richelieu en los conflictos del protestantismo, combatiendo dentro de su monarquía á calvinistas y luteranos como á los más peligrosos enemigos de la paz pública y seguridad interior del Estado, pero fomentándolos en cambio por iguales razones políticas fuera de las fronteras de Francia, y valiéndose de ellos también como de su más poderoso instrumento en las combinaciones de la política internacional.

regiones donde flota el pabellón británico; en sus listas figuran los nombres más ilustres de la metrópoli y de las colonias. Su propósito es desarrollar un gran movimiento federalista; y en el Congreso ahora reunido en Londres, esclarecidos representantes de todas las regiones imperiales intentan dar solución á este gravísimo problema. Pero cualquiera que sea la solución que reciba, ya resulte impracticable utopia ó pensamiento generador del mayor imperio que se ha conocido en la tierra, de todas suertes una ú otra alternativa parece traer aparejadas para la metrópoli consecuencias que empañen el esplendor actual de su soberanía. Si se mantiene intacto en su forma presente el pacto colonial, antes de mucho todas las colonias, excepto la India, serán para Inglaterra comprometedoras cargas. Si por el contrario se constituye la gran federación, significará para Inglaterra en el orden económico un verdadero trastorno, trocándose todos los papeles; también desde el punto de vista militar, la ventaja será para las colonias, principalmente para la Australia, cuya defensa territorial se halla encomendada exclusivamente á los recursos coloniales. Y, por último, en el orden político se producirá un fenómeno sin ejemplar en la historia: la antigua y gloriosa metrópoli abdicará su supremacía, ó la perderá por la fuerza misma de las cosas, viniendo á colocarse á igual nivel que cualquiera de sus asociadas. Probablemente con esto se extenderá por el Océano el más asombroso imperio que ha figurado en la historia; pero nada es tan incierto como el que la cabeza británica sea la que continúe conviniendo al nuevo coloso. Tal vez, como aconteció con la soberanía romana, el monstruo imperial necesitará varias cabezas, y se habrán de constituir en Asia ó en Oceanía nuevas Bizancias.

Otra ilusión que en Europa cuenta muchos partidarios entre políticos é industriales, consiste en creer que la guerra ha de traer la más natural de todas las soluciones á los presentes padecimientos económicos. Siendo la baja de los precios la causa principal de la honda perturbación producida en la vida económica europea, la guerra, que entre otros efectos económicos, produce rápido levantamiento del valor en toda producción industrial, es, según ellos, el agente más seguro para reponer inmediatamente en el mercado el equilibrio entre la producción y el consumo (1). No nos ha de sorprender, por lo tanto, que se inicie quizás para los Estados europeos una época de guerras encendidas, bien sea entre cristianos ó en agresión contra los pueblos de la barbarie, pero siempre con el exclusivo objeto de conjurar crisis económicas. Tales campañas equivaldrían dentro de las condiciones de la época moderna, á las que en las antiguas monarquías se llamaban guerras de magnificencia.

Pero semejantes remedios económicos, además de ser de suyo peligrosísimos, no constituyen en realidad sino perturbaciones que, con la ilusión de un alivio momentáneo, agravan los conflictos, pues el alza de precios producida por la guerra, se traduce en la paz inmediata por una reacción de baja todavía más rápida (2); y la nación perturbada por la guerra,

(1) Las guerras de Napoleón I elevaron los precios de los productos agrícolas 72 por 100 y los de los manufacturados 38 por 100. De nuevo hubo una alza á consecuencia de las guerras de 1851-60 (la de Crimea, la campaña de Solferino y la insurrección de la India): entonces subieron los productos agrícolas 16 por 100, y el nivel general de los precios en el mundo acusó un alza de 5 por 100. Tercer caso: la guerra civil de los Estados Unidos en 1861-64 causó tal efecto, que los precios subieron allí 78 por 100, y en Inglaterra 52 por 100 sobre el nivel de 1841-50; y tomando el decenio de 1861-70, hallamos que el nivel general del mundo fué, comparativamente con el decenio de 1851-60, más alto en 21 por 100 para los productos agrícolas y 11 por 100 para el conjunto de mercancías de toda clase.

(2) La paz después de la batalla de Waterloo determinó una baja en los precios de cerca de 50 por 100; el nivel en el mundo durante el decenio de 1821-30 fué 33 por 100 más bajo que el término medio vigente entre 1811 y 1820. Del mismo modo, hubo una baja continuada después de la guerra civil de los Estados Unidos; en el decenio de 1871-80 el nivel en el mundo fué 5 por 100 más bajo que en el decenio anterior, y asimismo ha habido una baja constante después de concluída la guerra franco-alemana.

resulta al fin con este trastorno económico postergada en todas sus condiciones productoras enfrente de las demás que disfrutaron de la paz, mientras ella se desangraba. Por último, si aun en el seno de la paz nada es tan difícil de apreciar y prever como los resultados económicos que han de producirse en la vida de las naciones, con mayor razón, ante los riesgos y aventuras de la guerra, todos los cálculos de previsión en el orden económico se convierten en meras especulaciones de azar. Tal es, por ejemplo, el caso de la República francesa, empeñada por el Tonkín en aventuras de guerra y conquista, emprendidas por miras económicas. Por de pronto los gastos de la expedición han abierto como una sima de bancarrota en el presupuesto de la República; y sabe Dios cuáles serán los nuevos sacrificios que le imponga la conservación de aquel territorio lejano. Los políticos iniciadores de semejante empresa, ofrecieron como compensación á tales desembolsos un nuevo mercado de diez millones de consumidores que beneficiaría la industria francesa. Pero aun cuando la toma de posesión de aquellos reinos no hubiera costado á la República ningún sacrificio de hombres y dinero, si el Tonkín alcanza prosperidad bajo sus nuevos dominadores y llega á desarrollarse la producción agrícola, que allí puede hacerse en condiciones de economía parecidas á las de la India, resultará en definitiva que Francia se ha impuesto dolorosos sacrificios y ha corrido las aventuras de una guerra lejana, nada más que para proporcionar á diez millones de agricultores tonkineses un mercado de treinta y cinco millones de consumidores franceses, y la agricultura francesa se habrá sacrificado á los cultivos del Tonkín.

III

Para salvar los trances de la presente crisis económica, no hay escudo comparable al de la misma pobreza. Esta es, repetimos, la circunstancia propicia que ahora principalmente nos toca beneficiar. El no ser una nación que por el apogeo de su

prosperidad halle comprometida su existencia en derramar por el mundo la exuberancia de sus fuerzas y de sus productos, sino un pueblo que tiene todavía que buscar y explotar dentro de su propio seno las principales fuentes de riqueza, y que, reconcentrándose en sí mismo, puede hallar amplio margen para el desarrollo de su actividad productora, debemos estimarlo hoy como una compensación providencial de las grandes humillaciones y tristezas que la pobreza sembró por nuestra historia. Con largos siglos de desquiciamiento político y administrativo, y crueles catástrofes de decadencia, hemos llegado á tal situación de atraso económico, que dentro del propio solar europeo se asemeja nuestro territorio al de las regiones todavía no avaloradas y á cuya explotación se dirigen ahora las empresas colonizadoras de las naciones de nuestro continente, que no caben ya ni en sus mercados ni en sus fronteras. A esto debe España el ser hoy el pueblo de Europa que á costa de menos ruinas pueda salvarse de la crisis económica, destinada á nivelar riquezas y poblaciones en el viejo y en el nuevo mundo. Si en esta ocasión acertamos á no tener cuenta con otra cosa que con el cobro y buen manejo de nuestra hacienda, y á afianzar, al fin, nuestro orden interior con un poder público robusto, sin el cual no viven las empresas industriales y mercantiles; si recobramos el sentido organizador que en el gobierno del Estado y en el desenvolvimiento de la vida social encauza y dirige con un pensamiento perseverante y uniforme la actividad espontánea de las naciones; mientras que los poderosos Imperios se agiten convulsos entre problemas económicos, para ellos insolubles, podemos nosotros desenvolver las propias fuerzas naturales, aún enterradas en las entrañas de nuestro suelo. Más tarde, cuando la situación económica del mundo se haya fijado en su nuevo nivel, podremos entrar en el cauce general y recorrer las etapas del proceso histórico con menos desproporción de inferioridad, apareciendo disminuída entonces, por lo que otros hayan perdido mientras nosotros recobrábamos, la distancia, desde hace tres siglos cada vez mayor, que nos viene separando de las demás grandes naciones.

J. SÁNCHEZ TOCA.



NUEVOS IDEALES DEL ARTE

Continuación (I)



TODO lo colosal tiene su pequeñez; todo lo sublime tiene su ridículo; el siglo XVII tuvo en Carlos II de Austria la grotesca caricatura de su grandeza.

El átomo pugna por el mundo y el mundo pugna por el átomo; las esferas trazan sus órbitas y derraman sus luces para que la utopía sea su fin; los siglos marchan como espléndidas legiones á terminar casi siempre en lo pigmeo... parece que nacen gigantes para morir hormigas; tienen lo inmenso por cuna y lo microscópico por tumba... lo infinito primero y lo mínimo después. La utopía empieza trazando círculos en el espacio para concluir en el grano de arena; toda grandeza es una espiral invertida; la dilatación es su principio y la disminución su fin; muy raras veces empieza en un punto para terminar en un círculo.

La lágrima es la sombra de la carcajada, y la tristeza el espectro de la alegría; lo anatómico impera hasta en lo intangible; los espíritus tienen su escalpelo; lo pequeño es lo relativo de lo grande... si el siglo XVII terminó en lo risible,

(I) Véase la pág. 72 de este tomo.

tuvopor heredero al raquitismo; Carlos II es una carcajada histérica del destino y el siglo XVIII la apoteosis del mal gusto.

Renuncio á mostraros el siglo XVIII, porque más que un período de transición de lo grande á lo mayor, es un período de depravación estética, á pesar de ser el siglo de Moratín, de Voltaire, de Diderot y de Beaumarchais. El peluquín impedía el desarrollo de su idealismo y el casacón era un estorbo á sus aspiraciones. La revolución francesa no fué más que el resultado trágico de las *pavanas* de Versalles.

En la lírica, en el teatro, en la literatura, en la pintura, en la arquitectura y en la escultura el ideal supremo era la de generación de lo bello y lo correcto. El siglo XVIII vació todas sus inspiraciones en los moldes del *barroquismo*; lo vió todo á través de un cristal de disminución é hizo resucitar lo clásico para tener algo con qué entretenerse.

Tal vez, señores, escuchando estos torrentes de palabras que se empeñan en resucitar lo pasado, contemplando este turbión de pobres imágenes que van naciendo para flotar y morir en la incandescente atmósfera que me rodea y que me ahoga con sus monstruosas palpitaciones de sublimidad, os habréis preguntado adónde voy á parar; cuál es mi objeto al hacer, de lo que fué, una especie de crítica estética; vengo al presente..... al remontarme á un ayer espléndido me impulsa la idea de la comparación, porque nuestro siglo tiene mucho de las magníficas centurias del Dante, de Shakspeare, de Lope y de Voltaire. Suele el pasado retratarse en lo presente yo no sé por qué misterioso espejismo..... ¡Quién sabe si en nuestro mañana, que es la muerte, encontraremos algo de nuestro hoy que es la vida!

Si alguna vez concebisteis lo monstruoso flotando en lo infinito; si alguna vez la exaltación de vuestra fantasía os llevó en alas del sueño á las más ignotas regiones del delirio para mostraros á la fosforecente luz del vértigo, brillantes siluetas de algo informe, poderoso é indefinible; habréis visto, sin saberlo, una reproducción del siglo XIX en las entrañas del misterio.

Cuanta magnificencia idealista, cuanta pomposidad estética, cuantas mezquindades habéis contemplado en el espec-

tral desfile de cuatro centurias, las tenéis acumuladas en nuestro siglo: él sólo basta para oscurecer todo el pasado por inmenso que sea: ante él sucumbe todo: las civilizaciones mueren á sus plantas como espumas que deshacen las olas: el idealismo se funde en su centelleante corona, y las artes son soles que giran en el cosmos de su inspiración.

En nuestro siglo lo mayor sucede á lo grande; el monstruo precede al monstruo, y el gigante es heraldo del titán... Si no, recordadlo... Byron, Göethe, Chateaubriand, Lamartine, Hugo, Quintana, Goya, Máiquez, Rosales, Fóscolo, Napoleón, Delacroix, Wáshington... Al atleta sucede el atleta, y al abismo el abismo...

Perseguidor del ideal verdadero, el siglo XIX no lo ha alcanzado aún: corriendo tras él ha pasado por todo y sobre todo: nada le ha detenido ni por nada se detiene: su marcha es la celeridad del rayo... ¡Dejadle pasar! ¡Busca algo inconmensurable con que sellar su sepultura!

Nosotros, que casi no le pertenecemos, por ser la generación del mañana, debemos anticiparnos á nuestro siglo: debemos cabalgar sobre él, evocando del pasado un espectro y del presente un cuerpo, para que ambos vengan en nuestro auxilio, para que nuestros nuevos ideales tengan en ellos sus dos soberanas representaciones. El espectro es Hámlet, y el cuerpo Mefistófeles: ambos vienen á incrustarse el uno en el otro.

Si nuestro siglo tiene su idealismo en rivalidad con el siglo XIII, por lo monstruoso de su concepción; si el siglo XVI halla en el siglo XIX un antagonista por su inmensa vitalidad intelectual; si la inconcebible magnitud del XVII encuentra en el presente un caos en que sumergirse; si el raquitismo del XVIII desaparece como un cadáver en la espumosa efervescencia de nuestras aspiraciones; nuestra inspiración debe descubrir en la teoría romántico-naturalista, sintetizada en Hámlet y en Mefistófeles, un nuevo *fiat* que haga nacer los mundos é inflamar los cielos de un nuevo cosmos de idealismo nacido de las negruras de un caos henchido de cansancios, de despojos, de miserias y de nulidades de cien y cien distintas evoluciones del numen.

Todo está pidiendo á voces una mutación absoluta.

Es necesario intentarla: acometer la empresa y llevarla adelante, adelante aunque para su realización se quiebren nuestros brazos al empujar ó se pulvericen nuestros cuerpos; es forzoso fundir en un rayo de luz todos esos destellos que oscilan á nuestro alrededor; es necesario, es imprescindible retratar unidos al cuerpo y al alma, y no al alma sola, y á la materia por separado.

El romanticismo solo no nos sirve para nada; el naturalismo desnudo repugna á todas luces... es un lodazal de insoportables emanaciones; fundidos ambos en una sola entidad, lo uno encubre á lo otro recíprocamente.

Se ha dicho que la misión de las artes y de las letras es reproducir á la humanidad tal cual es. Se falta á ella desde el momento en que se separa lo espiritual de lo material.

El siglo XIX ha tenido y tiene tendencias verdaderamente destructoras; su furor por el romanticismo, le iguala con el siglo XIII, y su entusiasmo por el realismo, le pone al nivel de los lupanares; esclavo del romanticismo, acabó por reirse de su señor; en ningún siglo se ha visto ni se verá tanta variación de gustos y de escuelas como en el presente; en sus principios creyó que en lo intangible residía su ideal supremo, y en sus fines, hastiado de lo incorpóreo, busca en lo asqueroso la novedad.

(1) «Sin el romanticismo, toda literatura es lánguida y pasajera» tuve el honor de decir desde la ilustre cátedra del Ateneo en mi anterior conferencia, y hoy, al abogar por el triunfo de la teoría romántico-naturalista, vuelvo á repetirlo porque creo firmemente que sin ese sagrado lirismo, es estéril y percedero cuanto se haga, se piense ó se diga en las esferas del arte y de las letras.

Ninguna figura como la de Hámlet puede sintetizar el romanticismo, ni ninguna creación como la de Mefistófeles

(1) «Shakspeare, Lord Byron y Chateaubriand, como modelos de la Juventud Literaria.» Discurso pronunciado en el «Ateneo de Madrid» el 29 de Diciembre de 1885.

puede ser la más portentosa personificación de un naturalismo escéptico y sarcástico; grandioso y ridículo á la vez.

Admitid esta teoría y habréis abierto á las letras y á las artes la maravillosa hipérbole de que os he hablado al principio de este discurso; admitid esta entidad-ideal y habréis puesto á la literatura y al arte en el foco de un idealismo extraño y portentoso.

Volved la mirada hacia los siglos sobre los cuales acabamos de pasar con el vuelo del águila, y observaréis en ellos algo indefinible y grande, que tiene cierta conexión con esta teoría; me atrevería á asegurar que Dante se levanta de su tumba para vernos; que Shakspeare se estremece en su ataúd; que las cenizas de Cervantes se animan en su ignorada fosa; que los cráneos de Lope y Calderón pugnan por levantarse; que Byron sonrío en su sepulcro... y todos ¿por qué? porque ellos sintieron palpitar en sus inspiraciones la grandiosidad de esta teoría; porque Dante nos muestra en su eterno poema gérmenes de ella; porque Shakspeare llegó á adivinarla; porque Cervantes nos la presentó casi resumida en don Quijote y en Sancho Panza; porque Lope y Calderón la presintieron muy vagamente y porque Byron luchó con ella toda su vida. Y si estos genios la sintieron en literatura, ¿qué no diré de Miguel Angel al esculpir su *Moisés*, y de Rembrandt al arrancar á la naturaleza los poéticos secretos de su hermosa melancolía, y de Velázquez al trazar las figuras de sus portentosos cuadros *Los Borrachos* y *Las Meninas*.

Aceptada esta teoría, imprescindiblemente caben en ella como preceptos estéticos: lo soberanamente bello; lo repugnantemente feo; la ciencia como innovadora del teatro; novedad de ideales en lírica y en el arte dramático, buscados á través de lo desconocido y hallados en lo verdaderamente grande y trivial.

Esto es, señores, lo que me propongo explicaros, si perdonando mis faltas de esta noche me concedéis el honor grande é inmerecido de escucharme en la segunda parte de esta pobre conferencia. He dicho.

II

SEÑORES:

Quedé en volver y vuelvo, no sé si con fuerzas bastantes para cumplir con lo prometido; nuevamente os agradezco vuestra benevolencia y atención, rogándoos las dilatéis un poco más en gracia de que esta segunda es la última parte de mi atrevimiento.

Dije al terminar, la otra noche, que, admitida la teoría romántico-naturalista, se abrían para el arte y para las letras inexploradas sendas que conducen á desconocidas regiones; estas sendas, á manera de inmensos bosques vírgenes, cuyos follajes y cuyas ramas se confunden en laberintos de estrechos é informes enlazamientos, hállanse obstruídas por insuperables obstáculos... el genio avanza, pero se detiene; parece que teme al porvenir yo no sé por qué fatal intuición... para llegar al lugar, á las inmensidades en que gira el incendiado globo del divino ideal; para asaltar el misterio y arrancar de sus entrañas el sacro fuego que anhelan nuestras aspiraciones; para aprisionar con cadenas de cristal y oro la ígnea silueta del supremo ideal que se levanta espléndida y luciente á través de las plateadas brumosidades del mañana; es preciso vencer, romper, quebrantar cuanto á nuestro paso se oponga... abismos, tempestades, odios, sierpes que vomitan la hiel de la envidia, inexpugnables murallas de hielo y bronce, hacinamientos de montañas, incendios destructores cuyas rojas lenguas amenazan calcinarlo todo... rugientes mares cuyas negras olas se encrespan para derribar con los estallidos de sus espumas la aurea pirámide de nuestros sueños... todo tiene que quedar aniquilado, destruído, desvanecido en torbellinos de aristas que vayan á perderse muy lejos... Es preciso que lleguemos hasta allí sin pérdida alguna de tiempo ¡marchemos! nada ya nos espera ni nos detiene

en el presente, porque nuestros deseos, nuestras aspiraciones y nuestros anhelos, nos impelen con sus trombas, con sus cataratas y sus rotaciones á las espléndidas esferas en que reside la maravillosa esencia que ha de vivificarnos para siempre ó ha de destrozarnos por toda una eternidad.

La transición es urgente y peligrosísima; pero ¡qué importa! ¡juguemos el todo por el todo! Hemos llegado á un período tal que la vacilación es la ruína.

El hastío consume nuestra actividad: la inacción entumece nuestros cuerpos... por todas partes la degeneración y el abandono... Parece que lo hemos consumado todo, y aún no hemos hecho nada.

El verdadero ideal no ha nacido todavía; por eso la estética es un enigma cada día más imposible de descifrar.

La belleza es una imposibilidad magnífica, susceptible de definiciones más ó menos aproximadas.

Lo bello es lo omnipotente, y lo omnipotente lo indescripible. Detengámonos.

He dicho que, admitida la teoría romántico-naturalista, el primer precepto estético para su vitalidad y su desarrollo es la concepción de lo *soberanamente bello* para ser puesta inmediatamente en antítesis con lo *repugnantemente feo*.

Belleza, según mi modo de sentir, es sinónimo de divinidad; y divinidad, síntesis de lo desconocido; por eso la llamo imposibilidad, y por eso me atrevo á creer que, indefinida ó concebida, incorpórea ó tangible, tiene que ser imprescindible la solidaria base del romanticismo en la teoría romántico-naturalista.

He dicho que es «*susceptible de definiciones más ó menos aproximadas*» porque pienso, y me atrevo á asegurar, que hasta el presente ni las letras, ni las ciencias, ni las artes, ni las sublimes inspiraciones del numen, no han hecho de la belleza una definición exacta ni un retrato verdadero; por eso en la primera parte de este discurso, os he hecho ver y analizar las evoluciones de la estética en el idealismo de Grecia y Roma, y de los siglos XIII, XVI, XVII, XVIII y XIX.

Para el desenvolvimiento de la teoría romántico-naturalista, es necesario, como comprenderéis mejor que yo, que

sea la belleza su primera condición... Al niño se le bautiza entre los misticismos de la Iglesia para ponerle después frente á frente con la vida. Concibiendo, pues, el nacimiento de la teoría romántico-naturalista en el seno de la belleza, no es extraño ponerla ante lo deforme.

La vida es el contraste; por eso los ideales tienen en la antítesis su desarrollo.

Fealdad es hermosura invertida. Por eso marchan siempre una en pos de otra; por eso se encuentran y por eso la una existe para la otra y las dos para sí propias.

Si en nuestro ser alienta una alma, necesariamente nuestro cuerpo tiene que vivir por ella y para ella.

Las letras y las artes no son más que emanaciones de lo humano, que es la fusión de lo ideal y lo palpable; por consiguiente, deben vivir, crecer y marchar unidas, y no acumular las legiones de sus ideales, ni en torno del espíritu ni en torno de la materia. Ved aquí explicado, señores, el conjunto de la teoría romántico-naturalista.

Antes de encauzar en la corriente de esta entidad ideal el total de las inspiraciones artístico-literarias, permitidme que aclare perfectamente el por qué lo bello y lo deforme han de ser en tal ocasión dos necesarios rigores de purísima plasticidad estética.

Necesariamente lo uno existe para lo otro; alientan en lo orgánico dos vitalidades inmensas, distintas y semejantes: estas son la vida y la muerte; son inmensas, porque son misterios; son distintas, porque la una es la luz y la otra es la sombra; son semejantes, porque las dos constituyen un todo inconcebible; si la vida es luz y la muerte oscuridad, ambas forzosamente son un antagonismo eterno asimilado á sí propio por ley incontrovertible.

Esto sucede al sentar el precepto del rigorismo estético de lo bello y lo deforme dentro de la teoría romántico-naturalista.

No ha de ser únicamente lo bello el cielo azul en que ha de hallar el alma el luminoso germen de su soberana inspiración; no ha de ser en lo esencialmente incorpóreo y hermoso donde ha de residir el supreidealismo del arte... ¡no! no so-

lamente á Dios se han de levantar suntuosos templos llenos de armonías, inciensos y áureos altares... ¡también reclama Luzbel holocaustos á su grandeza!

Entre el cielo y el averno se dilata la eternidad; suprimidla por un momento, y tendréis la fusión de las dos negaciones supremas en un todo monstruoso; la incrustación omnipotente de la belleza en la fealdad y de la fealdad en la belleza; Dios y Luzbel unidos, cambiarían la faz de la creación; lo bello y lo deforme enlazados, bastan para variar todo gusto estético. ¿Por qué la tensión del espíritu ha de ser siempre hacia arriba y nunca hacia abajo? ¿Por qué las vaporosas alas de la inspiración han de tender sus impalpables plumas hacia el cielo y nunca han de plegarse para caer en lo profundo del infierno? ¿Por qué la luz tiene la poderosa atracción de que carecen las tinieblas?... ¡ah! ¡no hay más! lo bello encierra lo feo en la incandescencia de su entraña, y lo deforme contiene á lo bello en la tenebrosidad de su espantable abismo.

No es lógico el absoluto imperio de la belleza en la estética; el idealismo artístico ha de compartir forzosamente su vitalidad con los dos extremos, porque así lo reclaman las fuerzas propulsoras del modernismo.

No ha de concretarse la inspiración á girar dentro de un punto de la antítesis: es necesario que dilate su poderío dentro de la antítesis completa.

Algo de esto ha adivinado Zola: por eso sus novelas, siendo repugnantes, son bellas: por eso en el cúmulo de pestilentes pasiones que hierven en sus páginas, palpita un idealismo soberanamente humano; Zola pone en relieve lo asqueroso, ignorando que en su fondo germina lo bello, porque toda pasión humana, por repulsiva que sea, tiene su fondo de hermosura: porque las pasiones son emanaciones del alma, y el alma, hasta en sus borrascas más odiosas, es hermosa sobre toda excelencia.

Hamlet sentado junto á la fosa con el cráneo de Yorik en la mano, sintetiza la unión de los dos extremos: Hamlet es la personificación de un idealismo desenfrenado, y extraño como su locura, y sin embargo, al recoger del suelo la cala-

vera del histrión, fusiona momentáneamente, desposa con frágiles lazos de palabras y de ideas, la belleza y la fealdad en los umbrales de una tumba.

Shakspeare profesó inconscientemente en un momento toda la grandiosidad de una teoría sentida y adivinada en el resto de sus obras.

Mefistófeles en el jardín de Margarita requiriendo de amores á Marta, y Fausto marchando tras él, loco de pasión, sintetizan en colosales esbozos la deformidad sintiendo la belleza, y la belleza buscando en la deformidad un ideal protector de sus aspiraciones y de sus sentimientos.

Goethe vislumbró á través de su genialidad la omnipotencia de la teoría romántico-naturalista, aunque al sentirla la asimiló á su portentosa idiosincracia.

Por eso al empezar la primera parte de este discurso, dije que personificaba el romanticismo en Hamlet y el naturalismo en Mefistófeles.

Goethe no es tan grande como Shakspeare, y no obstante puede tender su mano para estrechar la del dramaturgo-dios, sobre los siglos y las generaciones que los separan.

Chateaubriand, tan inmenso como su siglo, no pudo concebir la teoría romántico-naturalista, porque despreciando la materia, se ocupó tan sólo de llevar su inspiración y su idealismo á las más altas regiones del espíritu.

¿Pudo la genialidad de Esquilo entrever esta teoría? Creo que sí: hay algo de ella en su «Prometeo».

Pensando y reasumiendo, se viene á deducir que lo bello y lo deforme, constituídos en rigorismo estético, arrastran á la inspiración á ignotas regiones: regiones en las cuales vamos á penetrar para adquirir el convencimiento ó el desengaño de la posibilidad práctica de la teoría á que me voy refiriendo en el transcurso de mis ideas.

Algo hay de enigmático en la admisión de semejante rigorismo; parece á primera vista que la razón se abstiene ó se resiste; pero todo cede ante el concepto de que no es posible que en el presente se rinda exclusivo culto al romanticismo, porque el romanticismo cumplió en otras épocas con su misión, ni se permanezca en un término medio, porque las me-

dianías no sirven para nada, ni se pretenda endiosar el naturalismo hasta tal punto que se haga odioso.

Estamos en una época en que hay que optar por la unión de los extremos, aunque para hacerlo se requieran fuerzas de atleta ó alientos de titán.

Dicen que se sacan fuerzas de flaqueza, y nunca mejor que ahora podemos aplicarnos la sentencia; es tanta nuestra flaqueza, que si de ella hemos de sacar las fuerzas que nos faltan, tales fuerzas resultarán gigantescas.

Muchas veces de la inanición brota la exuberancia.

Si únicamente el ideal ha de vivir dentro de la belleza, tendremos que dejar de ser hombres para convertirnos en espectros, y lo espectral debe ser tan sólo el humo de nuestras aspiraciones.

Colocadas las artes y las letras en la luminosa órbita de la teoría romántico-naturalista, forzosamente el siglo XIX ha de empequeñecerse de tal manera, que en el panteón de los tiempos ha de resultar más pigmeo que un grano de arena.

Si en las tumbas sonríen las calaveras, convenciéndose de que la eternidad no es más que un mito, para halagar al orgullo humano; si en los espacios se atropellan los gérmenes vitales y cada átomo es un mundo, y cada mundo un infinito, y cada infinito una acumulación inconcebible de la mentira; si la nada y el todo aparecen incrustados la una en el otro, ¿por qué no han de fundirse en un solo destello de dos luces distintas, lo bello y lo deforme, lo radiante y lo mezquino? ¿Por qué si Dios resulta á veces igual á la molécula y semejante á la apoteosis de la quimera, no han de ser nuestras aspiraciones rivales de lo inmenso y antagonistas de lo pigmeo? ¿Por qué si el astrólogo no encuentra á Dios ni en las atmósferas de los mundos, ni en los resplandores de los soles, ni en todo el infinito sideral, se ha de empeñar el pensamiento, luchando con la fe, en hacer creer al alma que sólo en la altura reside su ideal supremo? ¿Por qué se ha de despreciar la miserable envoltura carnal que transporta al alma de uno á otro lado? ¡Ah señores! los espíritus y los cuerpos ignoran que llevan en sí algo más grande que el mentido concepto de divinidad, y por eso luchan los unos contra los otros,

para despedazarse eternamente y no acabar de desgarrarse nunca.

Las letras fomentando la teoría romántico-naturalista, son las llamadas á regenerar las sociedades, las instituciones y las creencias, transformándolas en sustancias independientes de la idea de religión, y apartadas en absoluto de toda abstracción mística; las plumas han de convertirse en piquetas; los escritores en heraldos de la verdad, y los volúmenes en proyectiles que acaben de echar por tierra la inmensa, sombría y vacilante mole del fanatismo, que se tiene en pie porque aun no ha recibido el verdadero golpe de muerte.

Que comprenda el alma que para ella no hay más eternidad que el resplandor de su hermosura, y que se convenza la materia de que es tan bella como el alma, aun siendo más miserable, es el fin supremo á que se encamina el nuevo idealismo, pasando triunfante sobre las ruinas de sus mismas aberraciones.

El cansancio intelectual de nuestra época habla muy poco en favor de nuestras aspiraciones.

Hay en el mundo algo que, formado de sus evoluciones, es tan grande como él; este algo que se esparce aquí y allá enseñando al pensamiento lo que aún no ha concebido, y á la razón lo que todavía no ha podido discernir, es la ciencia, á quien yo no sé por que ley fatal del hombre, se la separa siempre de toda manifestación artística, siendo débiles y pocas sus relaciones con la inspiración; jamás se ha pensado en buscar en la ciencia el portentoso glóbulo vivificador que reanime al espirante arte; nunca se vió en la ciencia un auxiliar de la fantasía, y, sin embargo, en ella residen los principios todos de una novísima existencia artística.

Aunque la equivocación ha aplicado algunas veces estos principios al crecimiento de su mal sentida fiebre de inspiración, ha resultado siempre que, si ha conseguido algo, no ha relizado nada.

Buscar en la filosofía existente un medio salvador del arte, es lo mismo que buscar entre mojadas cenizas un chispazo para encender una antorcha.

La filosofía es la locura mental de una entidad determinada.

Por eso resulta completamente inútil; por eso es el manicomio de la inteligencia; por eso toda obra artística con tendencia filosófica conocida no vive más que una sensitiva.

La imposibilidad práctica de que los ideales literarios vivan sometidos á una influencia extraña, se hace palpable desde los primeros instantes en que el error se apodera de la inspiración.

Pensar que la filosofía existente puede alguna vez ser alma de la idea, es lo mismo que suponer á Dios detrás del ataúd.

La ciencia es innovadora de las artes cuando la inspiración la asimila á su intangible idiosincracia; la ciencia impera en toda mutación siempre que esta mutación obedezca á un arranque sublime del pensamiento; la ciencia transforma las escuelas artísticas siempre que los artistas encuentran en ella un rayo de luz soberana que envuelva el bólido de sus sentimientos, ó un manto de sombras que encubra el disco espléndido del astro de su idealismo; la ciencia puede avasallar lo todo, desde el grano de arena á la rutilante esfera; desde el arco luminoso proyectado en las nubes por la descomposición solar, hasta el vacilante meteoro que se sumerge en la nada; desde el aliento primero de un sér, hasta su último suspiro, siempre que sea comprendida, definida y analizada del modo que la comprensión, la definición y el análisis pueden caber dentro de su inmensidad.

En el siglo XIII, la ciencia tuvo cierto predominio sobre las artes y las letras, y por eso sus ideales resultaban unas veces tan inmensos como el mundo, y otras tan misteriosos como enigmas encadenados con eslabones de negrura.

Las relaciones de la ciencia con las artes originan series incomprensibles de problemas que la razón, no hallando su incógnita, entrega al error para que los deduzca ó los infiltre en las sociedades, para que, á manera de diabólica inoculación, ocasionen luchas formidables de vitalidades contra vitalidades, de ideas contra ideas, de espíritus contra inspiraciones y de cuerpos contra pensamientos; batallas eternas que suelen acabar en una ruína artística total ó en una depravación estética de muy difícil reacción.

Al pensar que la ciencia cabe como innovadora del arte

dramático dentro de la teoría romántico-naturalista, me impulsa la esperanza de que la dramaturgia por este medio llegue á un sitio que adivina mi alma, que vislumbran mis ojos, que siente mi corazón, y que abarca mi pensamiento; región maravillosa cuya atmósfera, de propiedades absorbentes y abstractas, han de acabar por regenerar en absoluto el arte dramático de las inmundicias, asquerosidades y nulidades que hoy contiene, sentándolo en el ígneo carro de su sol, tal vez el mismo día en que, lamentadas todas las equivocaciones, las leyes europeas autoricen el derecho de poligamia en el hombre y la demolición de los templos en el mundo entero.

El idealismo dramático girando dentro de la teoría romántico-naturalista, forzosamente ha de resultar tan grande, que para su magnitud sean estrechos los espacios y pequeños los mundos; el idealismo dramático incrustándose en el indefinible punto de unión del alma con el cuerpo, ha de hallar una existencia, ni siquiera soñada por el más famoso de todos esos autores que blasonan de ser heraldos de la verdad, cuando no son más que mensajeros de la aberración y propagandistas del pesimismo estético en su más refinada esencia; el arte dramático fluctuando entre recrudescencias destructoras de ideales perniciosos, é influencias abominables de inícuca explotación, no puede menos de caer inerte como gladiador vencido en descomunal pelea; inercia que ni siquiera le permite levantar un brazo para sacudir el enjambre de moscones que lo muerden á porfía aprovechándose de su absoluta carencia de idealismo; idealismo que ellos han sorbido como vampiros insaciables, pero que no pueden concebir porque son sus cráneos refugios de negaciones, y las negaciones sólo sirven para extirpar toda idea grande, toda concepción portentosa, todo germen maravilloso.

Las pasiones, llevadas á la escena, resultan hoy día tan ridículas, que promueven la risa ¡lamentable y vergonzosa verdad! las soberanas manifestaciones del cariño; los estallidos salvajes del amor; las abstracciones impotentes del dolor; los dulcísimos reflejos de la felicidad, perdiéndose como hilos de fuego entre los densos celajes de la desgracia... la blanca corona del desposorio sobre la purísima frente de la

virgen; el férreo casco de ondulante plumaje en la cabeza del guerrero; el regio manto que se arrastra sobre mármoles y jaspes; el vaso de pórvido sobre el que se inclina la doncella enamorada, para absorber con sus labios el perfume de una flor, custodia de un juramento ó receptáculo delicado de una lágrima; los gemidos de una madre, las sonrisas y los besos, mezclados confusamente sobre el áureo pentágrama de la ilusión; los inciensos que escalan la diafanidad celeste en sierpes blanquecinas que juguetean con los vientos; las antorchas funerarias ardiendo pavorosas en las concavidades de las criptas... ¡todo, todo resulta ya gastado, y manoseado, y exprimido!... ¡ah, señores! resulta esto porque el numen dramático, yo no sé por qué fatal condenación, sólo sabe presentar las pasiones bajo un mismo aspecto; las amarguras y las desesperaciones bajo una sola faz; las dichas, los amores, los juramentos, las frases delicadas ó incoherentes del cariño ó del delirio, dentro de unos mismos moldes, encauzados en una misma corriente... ¡por eso agoniza el arte dramático; por eso es en el día una ridiculez ataviada de oropeles; por eso es una grandeza convertida en repugnante caricatura; por eso hay que acudir á la ciencia, para buscar en sus problemas, en sus enigmas, en sus nebulosidades y en sus resplandores, algo indefinible que, asimilado á la inspiración, dé por fruto una especie de ingerto portentoso, cuyos jugos salutíferos vivifiquen y transformen por completo esa monótona tendencia de igualdad que no parece más que un esfuerzo del cansancio ó un espejismo de la fatiga.

Si de esta asimilación resulta el transformismo, el arte dramático está salvado; si de esta asimilación resulta la igualdad de un ideal naciente con otro existente, el arte dramático está perdido; perdido para siempre.

Las pasiones y los seres tienen sus aproximaciones, más ó menos posibles, á la ciencia; ¿por qué, pues, estas pasiones y estos seres son siempre considerados como entidades y organismos separados de todo principio científico, para ser convertidos en maniquís de ideas mezquinas y de conceptos vulgares?

Todo cabe en la escena: lo grande y lo pequeño; el mundo y el grano de arena; lo bello y lo repugnante; el océano, que se encrespa coronado de espumas, y la charca inmunda de pestilentes emanaciones; el esenciero y el muladar; lo sublime y lo ridículo; la verdad y la mentira; la moral y el vicio; lo natural y lo exagerado, porque el teatro es el hiperbólico espejismo de las evoluciones humanas. La moral, como todo, aburre soberanamente; por eso el teatro no debe ser sólo cátedra de moralidad.

Si oponéis á la corriente de furiosa catarata inexpugnable muralla de bronce, sus aguas retroceden espantosamente sobre sí mismas; esta catarata es el arte que camina al abismo, y esta muralla el dique de nuestro moderno idealismo; pero si seguís el turbión de lo existente, ¿á dónde iréis á parar y qué habréis de conseguir? Haced cuenta que llorais sobre un torrente; ¿qué señal ha de dejar en él una lágrima?

Probado palpablemente que la ciencia puede influir como innovadora del arte dramático en las ocasiones de que os he hablado, pasaré á justificaros el por qué la poesía y el arte dramático pueden hallar sus nuevos ideales en la hipérbole, en lo monstruoso y en lo ignoto; pero antes permitidme que, para daros una prueba de que al sentar una teoría me aplico á mí mismo la práctica inmediata, os lea dos escenas de un poema dramático titulado «Dánoscar» que he publicado hace algunos meses y que pertenece en todo y por todo á la teoría romántico-naturalista que tengo el honor de explicaros (1).

El periódico *Occidente*, de Lisboa, y otras varias revistas extranjeras, dieron cuenta de este mi poema, reproduciendo su argumento como cosa extraña y rara.

Hé aquí la escena:

Dánoscar es un caudillo galo que se enamora con infernal pasión de Amalia, doncella cristiana y su prisionera de guerra; esta escena tiene lugar en el acto cuarto, en el instante en que Dánoscar, despues de pisotear el cadáver de Sagfrido, amante correspondido de Amalia, y de incendiar el bosque

(1) De venta en las librerías de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de González é hijos, Puerta del Sol, 9.

consagrado á DÍS, se presenta ante la desmayada doncella en la sombría cámara de su castillo:

DÁNOSCAR.—¡Se queja! ¿De qué? Si sueña con amores, ¿por qué gime? Si todo lo embellece el sueño, ¿por qué se lamenta el alma?... ¡Ah! Hay goces cuyo heraldo es el dolor; la luz en que se sumerge el espíritu, muchas veces se convierte en sombras de suspiros (*pausa*). ¡Amar por primera vez en mi vida!... Sentir revueltos en el fondo de mi ser mares y abismos, verdades y mentiras, calmas y tempestades, y tropezar con la muralla del desengaño... ¡Oh!... Esta es la primera lágrima... ¡Cómo abrasa y qué mal sabe!

AMALIA.—(*Incorporándose en el lecho en que yace.*) ¡Sagfrido!... ¡Ah!... ¿Quién eres?

DÁNOSCAR.—No te espantes: soy tu esclavo.

AMALIA.—¡Mi esclavo!

DÁNOSCAR.—Sí... ¡Te adoro!

AMALIA.—(*Levantándose*). ¡Tú!

DÁNOSCAR.—¿De qué te asombras? ¿No soy acaso casi un Dios?

AMALIA.—¡Ah, señor!

DÁNOSCAR.—¡Te amo!

AMALIA.—¡Oh!

DÁNOSCAR.—¿Por qué huyes? Me habían dicho que las mujeres no entendíais más que lenguaje de amores, y veo que me han engañado; pues, apenas mis labios te confiesan mi pasión, te apartas horrorizada.

AMALIA.—¡Señor! Dame la vida de Sagfrido.

DÁNOSCAR.—¿Para qué la quieres?

AMALIA.—Le amo, señor, y su existencia es la mía.

DÁNOSCAR.—Ámame á mí, y tendrás una existencia mejor que la de Sagfrido.

AMALIA.—¡Imposible!

DÁNOSCAR.—Escúchame, esclava; escúchame, y guarda en tu memoria mis palabras, porque es la primera y quizás la última vez en que Dánoscar habla así... si has pensado en lo infinito; si en los misterios de tu religión existe algo inconmensurable y portentoso, mi amor es más inmenso que todo eso: cuando te ví junto á mi carro de guerra, sentí estallar

en mi pecho un volcán, y en mi mente nació un mundo... creí que aquello era un sueño, pero me he equivocado, pues aún sigo soñando... los días vinieron, trayéndome cada uno de ellos una ola de fuego envuelta en inmensidades de sombras; tú eres la playa hermosa que ansían sus espumas para quebrarse... corazón, pensamiento, alma, existencia... todo reunido en un haz de sublimidad, todo envuelto en un manto de destellos, lo pongo á tus plantas: te adoro; dame tu amor.

AMALIA.—¡Imposible!

DÁNOSCAR.—Tanto amor me aniquila; tanta ilusión pulveriza mi cráneo; tanto desear destroza mi pecho... Amalia, yo no he nacido para sufrir... acostumbrado á mandar, la humillación me exaspera... mujer (*arrodillándose*), si alguna vez quieres blasonar de algo inconcebible, dirás al mundo que Dánoscar dobló ante tí su rodilla mendigando tu amor... no me es dado ahogar al mónstruo que engendró tu mirada... tiene ya demasiada vida, y ¡quién sabe si también demasiada muerte!.. ¡tu amor, esclava, tu amor por compasión, antes de que recuerde algo horrible en que no quiero pensar!

AMALIA.—Señor... ¿qué puedo darte yo? Mi amor se lo llevó Sagfrido á la tumba: no tengo más que dolor y ansia inmensa de morir: puedes hacer de mí lo que mejor te plazca: yo no he nacido para amarte, porque es mucho tu amor para la nulidad de mi vida: aunque yo tuviese alma, aunque el corazón palpitase aún en mi pecho, y en mis venas sintiese germinar la vida que me va faltando... señor, señor, yo no podría amarte jamás, porque no podría sentir la grandiosidad de tu pasión.

DÁNOSCAR. — (*Levantándose*). ¡Ah! concibo que sobre la humanidad no exista más que una mentira inmensa, adornada á trechos por puñados de estrellas: concibo todo lo concebible: pero lo que no cabe en mi mente, lo que no puede discernir mi pensamiento, lo que no puede adivinar mi razón, es que un hombre tenga que hablar tanto para convencer á una mujer... ¿De qué os hizo la Naturaleza? Parecéis de carne, y sois peores que el hierro... ¿qué más puedo decirte? no estoy acostumbrado á amar, y no tengo frases con que halagar tus oídos... Nacido no sé en dónde ni de quién, mi vida

ha sido el combate y mi afán el exterminio... ¿Por qué has nacido, mujer hermosa, por qué has nacido en el mismo mundo en que poso mis plantas?... Nadie me había dicho que tenía corazón, ni nadie comprenderá jamás el ideal de mi esperanza... amor arrolló al tirano entre sus redes de luz, y el tirano pide llorando á una mujer lo que no le es dado alcanzar ni con sus armas ni con sus legiones... ¡oh, Amalia!.. Tu poder es más grande que el mío... ¡venciste, venciste, pero no para gozar con tu victoria.

AMALIA.—¡Infeliz de mí!

DÁNOSCAR.—Recuerda en un momento cuanto acabo de decirte; recopila en una sola resolución lo que de hinojos te he pedido; ata en un solo nudo esos hilos de fuego arrancados de mi alma, y responde de una vez.

AMALIA.—¡Imposible!

DÁNOSCAR.—¡Sea pues!

AMALIA.—¿Qué intentas, señor?

DÁNOSCAR.—Algo que tú no puedes ni adivinar.

AMALIA.—¡Dánoscar!

DÁNOSCAR.—Tú lo quieres... ansías morir, ¡muere pues!
(*La mata.*)

AMALIA.—(*Cayendo.*) ¡Sagfrido!

DÁNOSCAR.—¡No volverás á verle, porque ahora empieza para tí la fábula monstruosa de la inmortalidad!

AMALIA.—¡Gracias! (*Muere.*)

DÁNOSCAR.—¿Qué es lo que me agradece?... (*Pausa.*) ¡Muerta!... ¡á mis piés y por mi mano!... ¡Amalia!... ¡Pobre Amalia!... ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Qué risible es la fisonomía de un cadáver! ¡Aún flota en los espacios tu último suspiro, y tu sangre se desliza á mis plantas, cual hirviente enrojecido mar... me negaste tu amor porque Sagfrido era tu dueño... ¡Ah! ¡quién sabe si allí, en ese enlutado espacio, sobre los truenos y los rayos, os estáis burlando de mi desesperación!... ¡Espacios pequeños, comparados con los que se dilatan en mi alma y en mi cráneo; dejad de ser eternidad, porque la eternidad toda la siento yo acumulada aquí. (*Golpeándose en el pecho.*) Y esa sangre se enfría, y ese cuerpo pide un sepulcro, y ese sepulcro soy yo, puesto que en mí está la eter-

nidad... (*Arrancándola el corazón.*) ¡Su corazón! ¡tibio y latente aún!... Veamos qué clase de golosina es un corazón de mujer... virgen cristiana; de rodillas te lo pedí, y cruel me lo negaste... ¡Al fin es mío!... ¡Mira cómo la muerte otorga lo que la vida niega!... y para que jamás se aparte de mí; para que la podredumbre no me arrebatase un tesoro que tanto anhelé, he de guardarle en el fondo de mi ser... ¡así podré decir á qué sabe el amor! Tu cuerpo para pasto de los gusanos; tu corazón para manjar de mi pasión, y tu sangre para néctar de mi banquete... ¡Oh!.. se adhiere al paladar... Resbala por la garganta amargo como un veneno, y me cae en las entrañas frío como un sapo... ¡Creí que un corazón sabría mejor! ¡Creí que sería un manjar digno de los dioses, y me convenzo de que es piltrafa asquerosa que rechazaría una hiena!... ¡Y es en él donde se guardan los tesoros del cariño!... ¡Es en él donde nace el amor! ¡Nunca pensé que tales soles surgiesen tan hermosos de semejante pudridero! ¡Parece increíble que brote la luz del lodo! He comido, y me exaspero, porque parece que han volcado en mi vientre todas las sustancias de un cementerio... ¿Y es esto lo que enloquece, lo que siente, lo que late? ¿Es esto el tormento de la humanidad? ¡Si no hay más que probar para convencerse! ¡A haberlo sabido antes, me hubiera ahorrado estos y aquellos momentos! Humanidad, el paladar antes que el pensamiento!... Si antes de amar pudieses probar un corazón, morirías como yo, porque yo me siento morir de una asfixia de pasiones, de hedores y de tempestades... ¡Amalia!... ¡cuánta miseria!... ¡parece mentira! (*Cae desplomado.*)

Os he leído estos fragmentos, no como vana ostentación, sino para mostraros de qué manera puede llevarse á la práctica la teoría que defiendo y que defenderé toda mi vida.

Dánoscar, con el corazón de Amalia entre los dientes, podrá parecer más ó menos feroz, más ó menos inverosímil; pero á mí me caben la honra y la satisfacción de decir que no soy como algunos médicos que ensayan una teoría á costa de una víctima; yo me aplico á mí mismo mis propios experimentos para no causar á nada ni á nadie el más leve daño.

La poesía es algo que, desprendido de la materia y aun se-

gregado del espíritu, forma en torno de los mundos atmósferas henchidas de lirismos; nebulosidades misteriosas por donde vaga la inspiración como sol errante por piélagos de revueltas gasas.

Como se levanta en Oriente el astro-rey simulando hostia de oro elevada sobre los altares del progreso; como se hincha la rugiente ola de espumosa melena para quebrar su soberbia sobre las arenas de las playas; como se alzan á lo lejos las azuladas siluetas de los montes, así empiezan á erguirse en mi cerebro dos ideas colosales; ideas que nacen ahítas de vitalidad y que se revuelven furiosamente en mi cráneo para obligarme á transformarlas en torrentes de palabras que, anudadas todas en inmenso encadenamiento, os expliquen y os analicen la sustancialidad de su monstruoso desenvolvimiento.

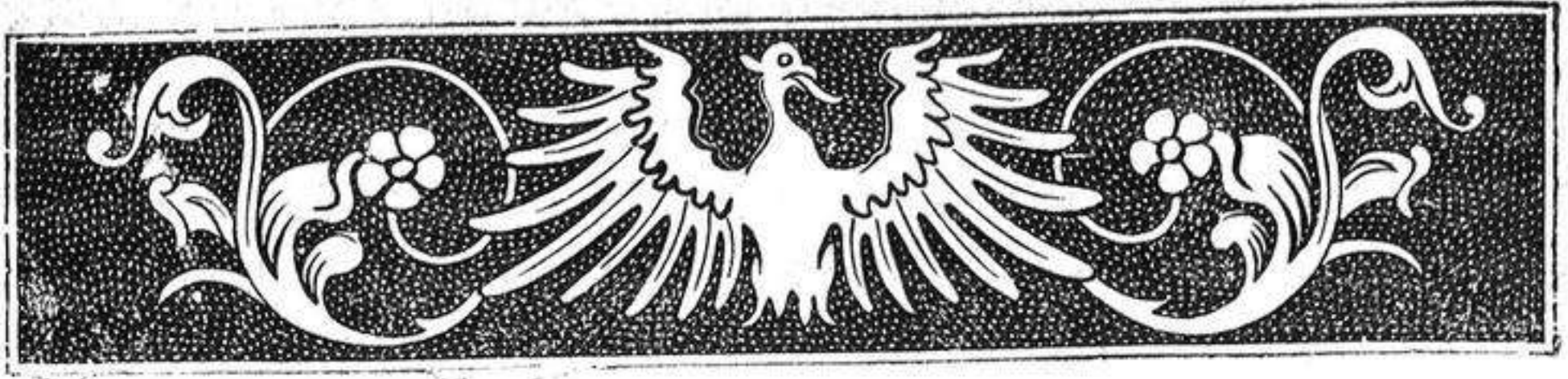
Estas dos ideas tienden á un solo fin: se encaminan á un mismo punto, como dos gigantes marchando unidos á un espléndido tálamo nupcial donde consumir sus bodas á las luces de los soles, entre los conciertos de lo infinito y las evoluciones de lo microscópico; ideas que llevan en sí el transformismo del ideal poético para acabarlo de desarrollar allá, en las entrañas de lo ignoto, en la hipérbole de lo desconocido.

Semejante transformismo, tal inmersión del ideal de la poesía en el sombrío oleaje del misterio, termina con la apoteosis de su identificación en la teoría romántico-naturalista.

MANUEL LORENZO D'AYOT.

(Se continuará.)





D. FRANCISCO MARIANO NIFO

Y LA

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA

DE D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO



ACE mucho tiempo que tengo contraído el compromiso de publicar algunos apuntes biográficos de dos escritores y periodistas aragoneses, tan dignos de alabanza como injustamente olvidados. Causas distintas, pero todas ajenas á mi voluntad, han ido retrasando el cumplimiento de lo ofrecido.

Aprovechando ahora una oportunidad que se me presenta, tomo la pluma, no sin gran desconfianza, mejor diría aún, con la seguridad de no salir airoso en mi empeño, pues he de contradecir afirmaciones hechas por un escritor de mérito tan relevante como universalmente reconocido y apreciado, para gloria de España y de nuestro siglo. Todo intento de contradecir sus opiniones, ha de parecer, y con razón, atrevido.

El docto catedrático y sabio académico, D. Marcelino Menéndez Pelayo, acaba de dar á la estampa una obra que por sí sola sería bastante para labrar una reputación envidiable en la república de las letras. Me refiero á su *Historia de las ideas estéticas en España*. Cuantos se han ocupado de su con-

tenido, no encontraron otra cosa que motivos sobrados de alabanzas sin límites para el joven profesor que, no obstante sus pocos años, revela por tan portentosa manera sin igual erudición, vastos conocimientos, solidez de argumentación y sana crítica, como no se ve con frecuencia, ni aun en sabios encanecidos por el estudio. Dicho esto, se comprenderá todo lo temerario de mi empeño al intentar poner algún reparo á las afirmaciones hechas por escritor de competencia tan indiscutible.

Reconociendo, como sin esfuerzo alguno reconozco, toda mi escasez de medios y facultades, no necesito decir que mi propósito no es en modo alguno poner en duda los méritos reconocidos del Sr. Menéndez Pelayo. Mi pretensión debe ser, y desde luego es, más modesta, pues se reduce únicamente á desvanecer algún error cometido, por insuficiencia de datos seguramente, pero que redundará, sin duda alguna, en desprestigio de un periodista y escritor aragonés, á quien la cultura de nuestro tiempo debe mucho. Me refiero al ilustre alcañizano don Francisco Mariano Nifo.

° En el volumen segundo del tomo III, página 17 y siguientes de la obra mencionada, y al ocuparse el Sr. Menéndez Pelayo de los escritores del siglo XVIII, dice lo que copio á continuación:

«Con los esfuerzos de Romea y Tapia juntó los suyos un escritor proletario en todo el rigor de la frase, pero de incansable actividad y celo por el bien público, y de un espíritu patriótico tan sincero, que muchas veces le hizo acertar en su crítica más que los encopetados humanistas de su tiempo. Este escritor, aragonés de nacimiento, era D. Francisco Mariano Nipho, *el pestilente Nipho*, que dice Moratín, *el famélico Nipho*, tantas veces mencionado en las sátiras de aquel tiempo, detestable poeta lírico y dramático; pero hombre bueno, candoroso y excelente, periodista fecundísimo y compilador eterno, escritor de tijera, aunque útil en su clase, y gran vulgarizador de todo género de noticias agrícolas, industriales y mercantiles, literarias, históricas y políticas. Él solo redactó íntegros diez ó doce periódicos, entre ellos: *El Diario curioso, erudito y comercial, público y económico*; *La Estafeta de Lon-*

dres; *El Correo general histórico, literario y económico de la Europa*; *El Pensador Cristiano*, (Nipho era enemigo jurado de la impiedad y de los enciclopedistas); el *Diario Extranjero*, *El Erudito investigador*; *El Novelero de los Estrados y Tertulias* y *Diario universal de las Bagatelas*; *El Correo General de España* (protegido por la Real Junta de Comercio); *El Bufón de la Corte*, y finalmente, el *Cajón de Sastre*, que es para nosotros el más importante. En todos ellos, y en una infinidad de papeles volantes y libros de poco fuste, que publicó desde 1759 hasta 1790, reveló bien á las claras sus rancias aficiones literarias, y el desdén con que miraba á los innovadores. Bolh de Faber elogia el espíritu de un folleto de Nipho intitulado: *La Nación española defendida de los insultos del Pensador y sus secuaces*» (1).

En el *Diario Extranjero* (2), publicado un año antes, había insertado ya juicios encomiásticos de varias comedias de Calderón á quien llama «admirable poeta, nunca más glorioso que cuando más impugnado; pero no vencido... No hay duda que Calderón tuvo como hombre sus defectos; pero aún no he visto mano que los haya corregido.» Nipho inició en este diario la crítica de teatros que nadie había ejercitado hasta entonces en España, por lo menos de una manera regular y periódica.

(1) Madrid 1764. 214 páginas.

(2) *Diario Extranjero*; noticias importantes y gustosas para los verdaderos apasionados de artes y ciencias, por D. Francisco Mariano Nipho.—Madrid, imprenta de Gabriel Ramírez, 1763.—Este diario es en su mayor parte una serie de retazos traducidos del francés, aunque el autor deplora amargamente la influencia moral de los libros y doctrinas de Francia. «Por efecto de muchos libros perniciosos que ha adoptado la Moda, como los de Voltaire, Rousseau, Helvetius, se experimenta mucha frialdad de fe en estos reinos.» Los artículos de teatro son originales de Nipho. Desde la página 149 comenzó á insertar una especie de poética dramática examinando principalmente estas cuestiones: *Comparación de los teatros antiguos con los modernos*.—*Efectos que causa la pasión del amor demasiado exagerada y por lo común aplaudida en el teatro*.—*Reflexiones sobre la renovación del teatro*.—*Las mujeres del teatro*.—*Principal motivo de la reformatión del teatro*.—*Obstáculos que se pueden hallar para su reforma*.—*Todo lo que se dice es sensato, pero poco original*. (Nota de M. P.).

Desde 1760 había comenzado á repartir con el extraño y plebeyo título de *Caxon de sastre literato, ó percha de maulero erudito, con muchos retales buenos, mejores y medianos, útiles, graciosos y honestos para evitar las funestas consecuencias del ocio*; una colección curiosísima de piezas inéditas ó raras, de antiguos escritores españoles, colección que mereció el favor del público de Nipho (que era bastante numeroso), como lo prueba el hecho de haber tenido que hacer en 1781 reimpre- sión de los seis tomos de que consta. El sentimiento nacional miraba siempre con simpatía á sus defensores, por más cha- bacanamente que le defendiesen. Nipho era bibliófilo y biblió- filo bastante afortunado para haberse hecho con piezas muy raras, que fielmente reprodujo en su libro, y aunque su gusto no era muy de fiar, á veces, acertó en la elección, dando de todas suertes el primer ensayo que vió el siglo XVIII de una Autología de poetas españoles, mucho más próxima por el espíritu de libertad que en ella domina, á lo que luego fué la riquísima *Floresta* de Bolh de Faber, que á los que formaron con alardes de rigorismo clásico Sedano, Estela y sus colabora- dores. *El famélico y tabernario* Nipho, había llegado á ser pes- cador de libros, que el colector del *Parnaso Español* no da muestras de haber conocido ni por el forro, y así en el *Caxon de Sastre*, abundan los extractos del *Cancionero general*, los de Castillejo y Gregorio Silvestre, y aun otros muchos más pe- regrinos, v. gr.: los que toma de la *Theorica de virtudes*, de D. Francisco de Castilla; ó de las *Triacas*, de Fr. Marcelo de Lebrixa; ó de los *Avisos* sentenciosos, de *Luis de Aranda*. En llamar la atención sobre este género de literatura, fué único en su siglo, y de aquí procede sin duda el aprecio con que Bolh habló siempre de él, aprecio que contrasta de un modo sin- gular con los denuestos que tradicionalmente le han propina- do nuestros críticos (1).

(1) *Caxon de Sastre* XX. —Nuevamente corregido y aumentado por D. Fran- cisco Mariano Nipho... En Madrid en la imprenta de Miguel Escribano, año 1781. (El sexto tomo dice 1782) Seis tomos en 8.º.—Los números del periódico lle- vaban los extravagantes títulos de *cosidos y retales*. En el cosido 4.º del tomo IV y en algunos de los siguientes, insertó Nipho una especie de tratadillo sobre el *Buen gusto*, tomado de Batteux, de un libro italiano y de todas partes.

Esto es cuanto con referencia al ilustre periodista aragonés dice el Sr. Menéndez Pelayo.

Después de agradecerle como se merece el que se haya ocupado de una obra de mérito tan reconocido, del alcañizano Nipho, pues de este modo sale de la oscuridad y del olvido injustificado en que se le tenía, he de hacer las observaciones que la lectura de estas páginas me ha sugerido, y que son el objeto principal que me ha impulsado á emborronar estas cuartillas.

Comienza el Sr. Menéndez Pelayo por llamar á Nipho *escritor proletario en todo el rigor de la frase*. Debe suponerse que quiere decir con esto que era pobre en recursos literarios. Ciertamente que Nipho se distinguió más por su laboriosidad y grandes deseos que por el mérito extraordinario de sus obras; pero ocasión tendré de demostrar, que si se admite como justo el calificativo de *proletario* que el Sr. Menéndez Pelayo le adjudica, no merecerían otro las tres cuartas partes, por lo menos, de los escritores de aquel tiempo. Y añade después: *de un espíritu patriótico tan sincero, que muchas veces le hizo acertar en su crítica más que los encopetados humanistas de su tiempo*. Si acertó, entiendo que no sería por otra cosa que por saber hacerlas, pues tengo por seguro que «el espíritu patriótico» por grande que sea, no basta para hacer una buena crítica literaria, «aventajando á los más encopetados humanistas de su tiempo». En determinados casos, mucho pueden la fe, el sentimiento y el patriotismo; pero tratándose de críticas literarias, lo principal es tener condiciones y conocimientos apropiados, y saber hacerlas.

El pestilente Nifo, el famélico Nifo tantas veces mencionado en las sátiras de aquel tiempo. Habiéndonos dicho el Sr. Menéndez Pelayo que Nifo fué el inventor de las críticas teatrales, nada tiene ya de particular que Moratín y los demás autores de su tiempo le adjudicaran esos calificativos. ¿Acaso salen mejor librados los críticos de nuestros días de parte de los autores cuyas obras han sido objeto de crítica, por razonada y justa que fuera?

Detestable poeta lírico y dramático. Como nada hay por donde pueda suponerse que Nifo pretendiera ser considerado co-

mo poeta lírico y autor dramático, paréceme que huelga por completo ese calificativo. En la relación numerada de sus obras, que son más de cuarenta, y que detallaré más adelante, sólo aparece que publicó unos versos endecasílabos á la muerte del Rey Fernando VI, y que se imprimieron en Zaragoza. Aun suponiendo que sean todo lo malos que quiera el Sr. Menéndez Pelayo, no me parece motivo bastante para calificar á su autor de *detestable poeta lírico*. Además, casi estaba por decir que, dado el asunto, no podían ser buenos los versos en cuestión. ¡Se hacen tantos y tan malos en esas ocasiones y con análogos motivos! Lo verdaderamente raro, sería que fueran buenos. Como autor dramático, sólo sé que publicó un *drama heróico*, intitulado *La Hipsépila*, traducido de Metastasio. Me parece que por esto tampoco debió ganarse el calificativo de «detestable.»

Escritor de tijera. Si con esto se quiere decir que reprodujo obras de muchos autores, nada más exacto, pues precisamente esa fué una de las glorias más legítimas de Nifo. Ya lo dijo D. Juan Sempere en su *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores autores del reinado de Carlos III*, pues al ocuparse de Nifo, afirma: «que prestó un señalado servicio á la España con sus oportunas reproducciones y traducciones, pues que al paso que pocos dejaron de leerlas entonces con gusto y avidez, sirvieron de poderoso antídoto contra el veneno de los malos libros de allende los Pirineos que inundó á la España.»

Pero al decir que fué *escritor de tijera*, parece darse á entender que no sabía escribir, y esto no puede ser más inexacto. Nifo dió abundantes pruebas de ser un escritor muy apreciable y fecundo, y, como periodista, puede asegurarse que fué quien más hizo en España para arraigar la inmortal institución de la prensa periódica.

Nifo tenía estilo propio, y se expresaba con una sencillez y una naturalidad que encantan. Ese era su secreto, y así se explica que en una época en la cual se escribía poco y se leía menos, tuviera Nifo tantos admiradores. Porque es de saber que Nifo hizo una fortuna escribiendo para el público, para aquel público de la segunda mitad del siglo XVIII. ¿Qué mayor elogio podría hacerse de aquel incansable periodista?

Tengo delante el primer número de uno de los periódicos que fundó. *El Caxon de Sastre*, y no puedo resistir la tentación de copiar la primera parte de su

«DEDICATORIA AL PÚBLICO

Señor lector: Yo me hallo *en Madrid y sin dinero*; considere V. *en dónde y sin quién*; me hallo sin empleo, y sin mayorazgo; el comer no admite excepciones; el vestirme lo pide el cuerpo; la casa, un día tras de otro, va en busca del año, y á todas estas demandas se encoge mi bolsillo, porque, como no es presuntuoso, no quiere parecer algo con el viento.

Repetidas experiencias me han hecho demostrable, esto es de bulto, el favor que debo á V., yo quiero servir á tan buen señor sin más salario que aquel que determine el gusto; porque ciertamente me prometo que si este se interesa por mí, no sacaré mala ración; y á la verdad que bien lo necesito; pues el tiempo me llama, la necesidad me ejecuta, la flojedad me empobrece y el estar en conversacion con el ócio me hace inútil. Pues ¿qué remedio contra estos peligrosos enemigos? contra pobreza, industria; contra ningún estipendio, restriccion de excesos y manos al trabajo; contra pocas facultades y menos rentas hacer novenas al Santo Niño de la Guardia; y contra debilidades de bolsillo y desmayos de gaveta, cordiales de economía.»

Que Nifo era gran conocedor del público, no necesita demostrarse después de lo que dejo dicho. Sin embargo: es tan original y tan exacta la pintura que hace de lo que él entendía por público, que aun á trueque de alargar este artículo, quiero y debo reproducirlo.

«*De la dificultad que se ofrece para contentar y dar gusto al público, porque tiene tantos paladares como individuos.*

»Esta palabra público es una de las más difíciles de entender de cuantas componen el diccionario copioso de las ideas humanas; y aunque precisa en el significado, es tan extensa en los supuestos, que se deben entender por ella un sin número de caprichos, enlazados por casualidad y desunidos por naturaleza. El comun de los hombres forma esta palabra, y cada

uno de ellos confunde su significado. Público, á la verdad, no es otra cosa que un conjunto de pareceres, pocas veces conformes; pero pasa por un aprecio general lo que apenas es conveniencia de pocos. De esto proviene un engaño, del que se dejan adular muchos, que ni conocen al público, ni estudian en conocerse á sí mismos.

»Siempre han hallado los tímidos y los que, tratados con honor, se llaman discretos, un sin número de inconvenientes para hacerse bien vistos de este que llamamos público, sujeto descontentadizo que, acaso cuando más se le sirve, se muestra menos satisfecho: dueño tan poco piadoso con sus criados, que se desentiende de los que le sirven leales, y presta oídos y aun agrados á los que le engañan, no menos inútiles que lisonjeros.

»Aquellos espíritus que por natural virtud y buen temperamento han contraído amistad (mejor diría parentesco), con la seriedad y el buen gusto, convienen en que está de tal modo extragado el paladar del que llamamos público, que, cubiertas las fauces del sarro que produce lo mal digerido, halla, al probar lo serio, moral é instructivo, un gusto fastidioso y amargo; y opuestamente, encuentra la mayor dulzura y toda su complacencia, cuando se le suministran manjares sazonados con el picante de la sátira, con la acrimonía de la burla, ó con el agridulce de la malicia y la chanza. Sin embargo, considerando este público del modo mismo que al cuerpo, deberemos contemplar en él por cabeza, á todos los hombres de buen gusto y de exquisito discernimiento, en quienes se halla, como en nuestro cerebro la razón, en ellos la exactitud y la formalidad. Los demás miembros de este cuerpo agigantado que llamamos público, son monstruosos, pues tiene cortos los brazos para las hazañas ilustres, pecho angosto para recibir á pechos todo lo que es justo; pequeño corazón para la generosidad; entrañas de Sfinge para hacer y recibir favores; cuerpo corcovado por la demasiada inclinación á complacer sus gustos; muslos débiles que apenas pueden sustentarle; piernas flacas que no bastan á mantenerlo, y por último, pies alados para huir de los avisos, y más pesados que el plomo para estancarse en sus complacencias y placeres. Al modo que en

nuestro cuerpo la cabeza es una parte muy chica, comparándola con el todo, así también en este que llamamos público es muy pequeño el número de los discretos, y por tanto, son pocos y muy raros los que se deleitan con lo juicioso; y como esta parte exquisita del público es difícil de reconocer, porque la cubren de sombras la ignorancia y el error, de aquí es que, por lo regular, se pierde el escritor que busca el agrado del público por esta parte.»

He dicho que Nifo fué quien más hizo en su tiempo para que arraigara la gran institución de la prensa periódica. Así lo han reconocido sus contemporáneos como Sempere y otros, y así se deduce por modo indudable, del contenido de sus obra.

Además tengo como cosa segura que fué Nifo quien introdujo en España la costumbre de servir los periódicos por suscripción. Hasta entonces se vendían en las librerías, en la misma forma que los libros y folletos.

En comprobación de lo que digo, copio del tomo II página 215 del *Caxon de Sastre* el siguiente

«AVISO PARA LA SUSCRICION

En Francia, Alemania, Inglaterra y Holanda, donde parece que el Buen Gusto está de asiento, es costumbre bien admitida y aun propagada por los Eruditos y apasionados á la literatura, fomentar las obras periódicas con el cortés y generoso influjo de la Suscripcion. Deseando yo servir á todas las personas de distincion y carácter, con anticipacion y del modo mismo que se practica en las Córtes civilizadas y propicias al aumento y esplendor de las Ciencias, me ha parecido (obediendo al prudente dictámen de muchos de mis favorecedores), no sólo conveniente, pero también obsequioso para Personajes dignos del mayor respeto, abrir para principios del año que viene de 1761, la suscripcion, obligándome por esta á dar anticipadamente, esto es, el dia antes de publicarse, á todos los suscritores en esta Córte, el ejemplar ó ejemplares que determinen, y á los de fuera de Madrid remitirlos por el correo, lo que estará de mi cuidado. Para uno y otro es necesario dar

el nombre y residencia local del sujeto, y asimismo anticipado el importe del medio año, que será 24 reales para los señores suscritores por un ejemplar de cada número; y por ser 28 los que se darán en cada seis meses, y dos pliegos cada semana, uno el miércoles y otro el viernes para hacer menos enojosa la lectura y más fácil la adquisición de los cuadernos, pudiéndose enviar por el correo con la misma proporción que la *Gaceta*.

Para que las personas suscritas aseguren su derecho al ejemplar ó ejemplares que hubieren asignado, se les dará en cualquiera de las cuatro librerías, un resguardo con el cual podrán enviar á cualquiera sujeto desde mediodía abajo, lunes y jueves de cada semana, y serán servidas: Ojalá tenga tanta felicidad el autor que acierte á complacerlas.»

Con lo dicho basta y aun sobra para que quede bien sentado que Nifo era merecedor de juicios más favorables de parte de un crítico tan competente, y de ordinario tan imparcial y justo con toda clase de autores, tanto de los antiguos como de los contemporáneos.

Hé aquí ahora una relación incompleta de las obras que escribió el ilustre alcañizano D. Francisco Mariano Nifo.

«1.^a *Los engaños de Madrid* y trampas de sus moradores. Madrid 1742, en 8.^o

2.^a *Versos* endecasílabos á la coronacion del Rey D. Fernando el VI. Madrid 1746, en 4.^o

3.^a *Retrato de la Corte* y del cortesano que escribió en italiano el padre fray Francisco Frugoni, Religioso Mínimo; vertido al español. Madrid 1752, en 8.^o

4.^a *Representacion* (de burlas hechas de veras) al novilísimo gremio de los hombres de juicio de esta gloriosa monarquía en la que manifiesta la España antigua sus honrados sentimientos contra los perniciosos y detestables abusos de la España moderna. Dála á luz el Aviso, profesor de los riesgos de la vida, en la Universidad de la experiencia. Madrid, en la oficina de Joseph Orga 1754, en 4.^o

5.^a *Varios* discursos elocuentes y políticos sobre las acciones más heróicas de diferentes personajes antiguos y modernos, en los que por medio de diferentes avisos, puede lograr

el hombre el verdadero modo de gobernarse, según los preceptos de las tres partes constitutivas de la sabiduría humana. Es traducción del italiano. Los títulos de estos discursos son los siguientes:

- 1.º Faustina reprendida por deshonestas.
- 2.º Isicratea aplaudida por valerosa.
- 3.º Calistenes desgraciado por no acomodarse á ser li-sonjero.
- 4.º Diogenes generoso desdeñándose de admitir una ciudad que le daba Alejandro.
- 5.º Zimon, ateniense, huyendo del infiel trato de los hombres.
- 6.º Fulvia inhumana, mujer de Marco Antonio, abominada porque punzó la lengua de Ciceron después de muerto.
- 7.º Crates, tebano, reprendido porque arrojó al mar su patrimonio.
- 8.º Silla, capitán romano, que hizo cruel lo valeroso por no abatir lo soberano.
- 9.º Mucio Scévola se deja quemar un brazo en honor de su patria Roma. Madrid, oficina de D. Gabriel Ramirez 1755, en 4.º

6.^a *Descripcion fisico-moral de los terremotos, etc.*, con otros varios discursos de otra naturaleza, unos en verso y otros en prosa. Madrid 1756, en 4.º

7.^a *Diario curioso, erudito y comercial, público y económico*, por D. Manuel Ruiz de Uribe. Madrid, 1758. Empezóse á publicar en primero de Febrero de 1755.

8.^a *Voces llenas de amor en la muerte del señor Rey don Fernando el VI*, en verso endecasílabo. Madrid, 1759, en 4.º; Zaragoza, 1759, en 4.º de doce páginas.

9.^a *Proyecto facil y seguro para lograr la universal diaria asistencia y limpieza de Madrid sin gasto de la Real Hacienda ni gravámen alguno de la causa pública*. Ofrecelo á los Reales pies del Rey Nuestro Señor. Madrid, oficina de D. Gabriel Ramirez, en 4.º, sin año de edición.

10. *Caxon de Sastre* ó coleccion de muchas piezas exquisitas de autores españoles, en prosa y verso. Madrid, 1760. Siete tomos en 8.º Reimprimióse otra vez en Madrid en 1781, en seis tomos, aumentado y corregido.

11. *Enhorabuena á la Reina Madre*. Madrid, 1760, en 4.º
12. *Regocijos de Madrid en la entrada del señor Rey de España D. Carlos III*. Madrid, 1760, en 4.º
13. *Estafeta de Londres* ó cartas políticas en las que se proponen medios sumamente útiles y nada escabrosos para hacer felices á los vasallos de esta península, en comercio, industria y agricultura que son los únicos bienes de cualquiera República. Comenzó á publicarse en 1762, en 8.º, en cinco tomos, y se reimprimieron en Madrid en 1779, en dos tomos.
14. *Correo general*, histórico, literario y económico de la Europa, en continuacion de la *Estafeta de Londres*, ó memorias sobre la agricultura, literatura, artes y comercio de Francia, Holanda é Inglaterra, y particularmente de España.
15. *Diario extranjero*. Noticias importantes y gustosas para los verdaderos apasionados de artes y ciencias. Madrid, por D. Gabriel Ramirez, 1763, en 4.º
16. *El amigo de las mujeres* ó arte de hacerlas felices para la dicha y dulzura de los hombres. Madrid, por Escribano; 1771, en 8.º
17. *El novelero de los estrados y tertulias* y diario universal de Bagatelas. Obra semanaria que ofrece dar al público D. Antonio Ruiz y Minondo ó D. Francisco Mariano Nifo. Madrid; por D. Gabriel Ramirez. 1764, en 4.º Dió el autor en esta obra, traducidas, algunas novelas de M. de Marmontel.
18. *Descripcion del motin de Zaragoza*. Madrid, 1766, en cuarto.
19. *Retrato de los jesuitas*, traducido del portugués. Madrid, 1767, en 4.º
20. *El filósofo aprisionado*. Son varios papeles semanarios en prosa y verso. Son cinco de diferentes asuntos, impresos en Madrid, en 8.º
21. *El maestro del público*. Varios sistemas de educacion sacados de M. Valange, etc. Madrid, en 8.º
22. *El erudito investigador*, ó historia universal del origen, establecimiento y progresos de las leyes, artes, oficios mecánicos, ciencias, comercio y navegacion, arte militar, usos y costumbres de todos los pueblos antiguos del mundo desde el diluvio universal hasta la elevacion de Ciro al trono de los

persas y desde aquella remota edad hasta nuestros días; compuesto en francés por M. Goguet, y traducida y aumentada con algunas notas modernas justificativas de las antiguas, por D. Francisco Mariano Nifo. Madrid, en 8.º, sin año de edición.

23. *Labranza española*. Compendio de la agricultura, de Alonso Herrera. Madrid, 1769; siete tomos en 8.º

24. *Correo general de España y noticias importantes de agricultura, artes, manufacturas, comercio, industrias, ciencias, etc.*, que con generosa proteccion de la Real Junta de Comercio da al público D. Francisco Mariano Nifo. Madrid, 1769 cinco tomos en 4.º Es una descripción físico-económica de España.

25. *El novelero de los estrados y el novelero piadoso*. Madrid; dos tomos en 8.º sin año de edición.

26. *Curso de leer y escribir*. Madrid, 1770, en 8.º

27. *El pensador cristiano*. Meditaciones provechosas para todos los días de la cuaresma, traducidas del italiano al español. Madrid, por Miguel Escribano, 1770, en 8.º

28. *El bufon de la Corte*. Coleccion de varios chistes. Madrid, en 8.º, sin año de edición.

29. *Novelas espirituales de la madre Deceo*, con el título de *El Novelero de los estrados*. Madrid, en 8.º, sin año de edición.

30. *Drama heroico intitulado La Hipsépide*, traducido del Sr. Metastasio. Madrid, sin año de edición.

31. La comedia en un acto *El juicio de la mujer hace discreto al marido*. Agregado un sainete crítico contra los saine-tes de moda de cierto autor. Madrid, en 4.º

32. *El diario extranjero* con noticias literarias de Europa, en 8.º

33. *La nacion española defendida de los insultos del pensador y sus secuaces sobre el asunto de comedias*. Son dos discursos en un tomo en 8.º

34. *Principios fundamentales de la religion, por M. Alletz ó catecismo de las personas de juicio*. Madrid, por Miguel Escribano, 1776 y 1777, en dos tomos, en 8.º

35. *Obras del Marqués de Caracioli* traducidas del francés al español desde el año 1774 hasta el de 1775, impresas en

Madrid en 8.º por Miguel Escribano, y son: *Idioma de la razon. Idioma de la religion. Religion del hombre de bien. Clamor de la verdad. Grandeza del alma. Vida del Papa Clemente XIV. Cartas del dicho sumo Pontífice*, en cinco tomos. *El Cristiano de estos tiempos*, en dos tomos. *Fundamentos de la religion*, en dos tomos. *El universo enigmático. Los caracteres de la amistad. Despedida de la mariscalca. La conversacion consigo mismo. La verdadera alegría. La pintura de la muerte. Los verdaderos intereses de la patria. Las noches clementinas*, en dos tomos. *El viaje de la razon por la Europa*, en dos tomos. Son 30 tomos en 8.º

36. *Diccionario apostólico* compuesto en francés por el reverendo padre fray Jacinto Montargon y traducido al español. Tomo I, en Madrid, imprenta de Miguel Escribano 1787. Tomos II, III, IV, V y VI, en 1788. Tomos VII y VIII, en 1789. Tomo IX en 1791, imprenta de D. Josef de Urrutia. Tomos XI y XII en 1795. Tomos XIII y XIV en 1797, todos en 4.º

A título de curiosidad puedo y quiero publicar también copia legalizada de su partida de bautismo, la que me facilitaron graciosa y diligentemente, el cura que la autoriza y el Alcalde que para legalizarla la suscribe, aprovechando la ocasión para manifestarles el agradecimiento debido.

«D. Faustino Camprovín y Galve, Presbítero, Coadjutor, Regente la Cura de la iglesia parroquial de Santa María la Mayor de la ciudad de Alcañiz, provincia de Teruel y diócesis de Zaragoza.

Certifico: Que en el tomo catorce (ó décimo cuarto) del cinco libro, seccion de bautismos, (folio no se cita), consta la partida siguiente:

«En el margen se lee Francisco Sebastian Mariano Manuel Nifo.—En esta iglesia colegial de Alcañiz en diez de Junio de mil setecientos diez y nueve, el reverendo Mosen Miguel Pastor, Regente, bauticé á un niño de D.^a Manuela Cagigal y don Sebastian Nifo, ya difunto, Gobernador de Maella, al cual le fué puesto por nombre Francisco Sebastian, Manuel Mariano, fué su madrina Isabel Pastor, á quien advertí la cognacion es.

piritual y la obligación de enseñarle la doctrina cristiana, en falta de sus padres.»

Concuerda bien y fielmente con su original y, por lo tanto, firmo la presente que autorizo con el sello parroquial en Alcañiz, á 22 de Noviembre de mil ochocientos ochenta y cuatro.
—Faustino Camprovín y Galve.

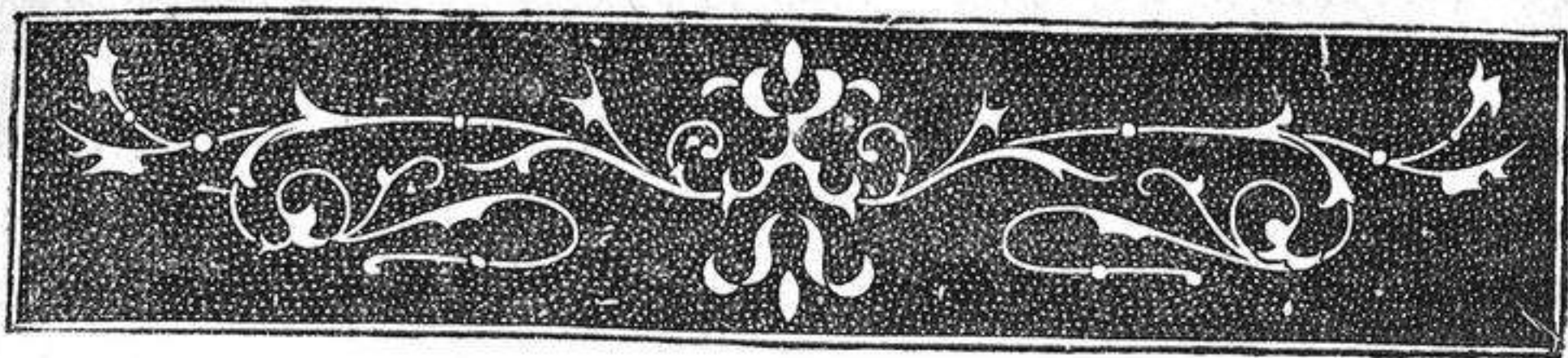
(Hay un sello en tinta azul que dice: «Iglesia Parroquial de Sta. María la Mayor, de la ciudad de Alcañiz.» Visto bueno
=el Alcalde=Antonio Montañés.

Hay otro sello que dice: Alcaldía constitucional de la ciudad de Alcañiz.»

También se ocupa el Sr. Menéndez Pelayo, en el mismo libro, de otro aragonés ilustre, del insigne turolense D. Juan Martínez Salafranca, fundador del periodismo español; pero esto requiere capítulo aparte.

DOMINGO GASCÓN.





PRESAS MARÍTIMAS (1)

PARTE GENERAL

INTRODUCCIÓN.—Idea de las presas: Concepto fundamental del derecho de presa.—Según los principios de la práctica, ¿puede admitirse este derecho?—Diversas opiniones de los autores.—Nuestra opinión.—Resumen.



A gran importancia que en la actualidad se concede al Derecho Internacional, justifica el que haya elegido un punto de esta materia, para desarrollarlo en la Memoria que los Reglamentos exigen para adquirir el título de Doctor.

Para llevar á término mi misión, he contado solamente con la benevolencia de un tribunal que comprenderá el verdadero valor de mi trabajo, que disculpará mi osadía de ocuparme de una materia en que tantos y tantos ilustres autores han dicho ya la última palabra.

Benevolencia y no poca necesito, no tan sólo por la inmensidad del tema en relación con las facultades del que ha de desarrollarlo, sino también porque mis escasos conocimientos en la bella lengua del Dante hacen casi imposible mi tarea.

(1) Memoria presentada por su autor en la Universidad de Bolonia para el ejercicio del grado de doctor en Derecho.

He llegado hasta el fin, por una sola razón: porque no he dudado ni un momento de la cortesía italiana que sabrá dispensar todas las faltas, que no serán pocas, en que incurra.

I

PARTE GENERAL

La guerra con todas sus tristes y funestas consecuencias, es mal necesario en nuestras modernas sociedades, si bien no sea la guerra cruel y salvaje de los antiguos tiempos en que todos y cada uno de los individuos de un Estado, eran enemigos personales de los de la nación con que luchaban; hoy la guerra no es de asolación, en que son conculcados todos los principios humanitarios; hoy no se esclaviza á los enemigos, no se pasan á cuchillo los indefensos y heridos, no son cosa general y corriente el pillaje y el motín; por el contrario, es duramente censurada la nación cuyos ejércitos faltan á sus deberes entregándose al saqueo; la propiedad privada, en tierra es respetada, y muy en breve será reconocida su inviolabilidad, tanto por tierra como por mar, desapareciendo de las legislaciones europeas, para ocupar sólo lugar en la historia, el llamado derecho de presa.

¿En qué consiste este derecho de presa? ¿Cuál es su fundamento racional? Consiste en la negación de un derecho: del que todo hombre tiene de ser respetado en su propiedad; este derecho es conculcado, no estando borrado de los Códigos el principio de emplear medios odiosos para herir al enemigo; pero entiéndase bien, esto en la guerra marítima, no en la terrestre, en que el ataque á la propiedad privada constituye un crimen de lesa civilización.

Como vemos, la presa marítima es un mal llamado derecho, pues no es bastante para considerar una cosa como derecho, el que esté consignada en las leyes; la presa es injusta, es inicua, es la sanción del despojo; no tiene más fundamento que

una conveniencia que no está del todo probada, y una mal entendida utilidad.

No es esta, sin embargo, la opinión general, pues, como observaremos, importantes tratadistas, tanto de la antigüedad como de los modernos tiempos, sostienen y defienden el derecho de apresar, derrochando erudición é ingenio en la defensa de una teoría que, y permítasenos adelantar esta opinión, es indefendible ante los modernos principios, siendo imposible aceptar hoy día una teoría sólo compatible con los tiempos antiguos, en que las guerras eran de hombre á hombre, no de Estado á Estado, en que se consideraban como enemigos las mujeres y los niños, y en que, una vez terminada la batalla, adquiría el vencedor el dominio de los hombres y de las cosas.

Para guardar las reglas de la sana discusión examinaremos las principales teorías que se han sustentado tanto en pro como en contra de las presas marítimas, exponiendo lealmente los argumentos de unos y otros.

*
* *

Existiendo entre los antiguos la idea de que se podía matar al enemigo, y que el esclavizarle no era otra cosa que una gracia que se concedía, no cabe la menor duda de que era cosa normal y corriente el no respeto á la propiedad privada; por tanto, no mencionaremos detalladamente las opiniones de los tratadistas de los primitivos tiempos; todos estaban conformes y contestes en que los bienes de los enemigos tenían la consideración de *res nullius*, y por consiguiente que por derecho del primer ocupante pertenecían al ejército vencedor.

Comenzaremos nuestro estudio por una época más próxima, en la que el derecho de gentes adquirió más importancia, ya que desde su nacimiento fué aunque rudimentario, importante. Todos los autores que hasta el pasado siglo se han ocupado de la guerra, consignan que el botín es una institución justa; citaremos de estos autores los de más importancia, comen-

zando por Alberico Gentile (1): este tratadista aprueba la destrucción de villas, castillos, barcos, etc., pertenecientes al enemigo, limitando, no obstante, esta facultad de destrucción de lo que sea necesario para debilitar al enemigo. No duda un instante de la legitimidad del derecho de botín, creyendo factible hasta la confiscación de la propiedad inmueble de los contrarios, si bien aconseja que no se haga tal, sino que más bien se impongan contribuciones ó tributos.

La compañía holandesa de las Indias consultó en 1604 á Grotius sobre el derecho del botín, y este publicista informó favorablemente al botín, entendiendo esta palabra en la acepción ilimitada que tenía en la antigüedad, fundando su opinión: 1.º En la historia; al efecto cita á los judíos, los griegos y los romanos, que practicaban el derecho de botín de una manera harto rigurosa. 2.º En la conveniencia; porque, según Grotius, debe privarse al enemigo de su propiedad, para que no la utilice en la lucha. 3.º En la razón; en cuanto que si es permitido quitar la vida á los enemigos, no hay motivo alguno para que no se les pueda privar de sus bienes. Y 4.º En que el derecho de privar á los enemigos de sus bienes, viene á ser una especie de indemnización de los gastos de la guerra.

Pufendorf (2) afirma que la guerra dispensa de respetar la propiedad privada, y permite apoderarse de ella en todo caso, creyendo, no obstante, que debe confirmarse este apoderamiento, por los Tratados de paz.

Justino Gentile considera lícito el privar de la propiedad á los enemigos siempre que se pueda transportar sin alterarla, censura duramente la destrucción, que no es necesaria.

Cornelius Van-Bynkersbck (3) comprende el derecho de botín como se entendía en la antigüedad; hace notar que ciertos pueblos prohibían ó restringían estrechamente el comerciar con los enemigos, que otros lo permitían hasta cierto punto, de manera que siguiendo este temperamento se podía

(1) De jure belli.

(2) *De jure naturæ ac gentium*.—Libro, I, capítulo IV.

(3) *Questionis juri publici*.

vivir parte en paz y parte en guerra; sostiene que las mercaderías neutrales viajando bajo pabellón enemigo deben ser respetadas, pero reconoce el derecho de tomar la carga enemiga aun bajo bandera neutral, considera la presa marítima como un derecho natural en el vencedor, y defiende con gran entusiasmo el corso, censurando á Alberico Gentile que lo considera como una piratería.

Las mismas opiniones son las de Chretien Wolff (1), aunque este tratadista sea más avanzado que el anterior; Wolff considera enemigos todos los individuos del Estado con que se lucha; distingue la guerra en justa é injusta, considerando la justa cuando se defiende un derecho; siendo la guerra justa «se está autorizado para practicar todo lo necesario para obligar al enemigo á reconocer el derecho que se defiende; todo lo que no tenga este objeto, está prohibido;» admite la ocupación del territorio, y que se tomen provisionalmente los bienes del enemigo, hasta que un Tratado de paz disponga en definitiva; considera justo el botín, siempre que sea autorizado por los jefes, consista en bienes que puedan transportar los soldados, y sea hecho, no por la idea de lucro, sino con el objeto de dañar al enemigo.

Conforme con Wolff está su discípulo Martens (2) que distingue más claramente el botín de la conquista, sentando que aquel es un pequeño derecho concedido por el jefe á los soldados.

Dice así Martens: «Se puede privar de los bienes al enemigo, sea en nuestro territorio, sea en plena mar ó en su territorio; se les puede privar de lo que se necesite para indemnizarse de los gastos de guerra, de los de seguridad futura, y además de lo que baste para debilitar al enemigo y obligarle á pedir la paz;» más adelante justifica el rigor de estos principios, afirmando que solamente en casos extraordinarios se acuda al despojo, prefiriéndose imponer contribuciones, bien en dinero ó bien en especies, amenazando con la fuerza para hacerlas efectivas; en las guerras marítimas, no pudién-

(1) *Jus gentium methodo scientifica per tractatum.*

(2) *Droit des gens.*—Tomo III.

dose imponer contribuciones á los particulares, añade el autor citado, se conserva el derecho riguroso de apresar los navíos mercantes y su cargamento, aunque sus dueños no se hayan mezclado en la contienda, de considerarlos buena presa, y en tal concepto, adjudicarlos á los barcos de guerra ó corsarios que hubiesen hecho la captura.

Martens, á pesar de sostener tales ideas, no las cree del todo correctas, puesto que hablando del Tratado celebrado en 1785 entre Prusia y los Estados Unidos, que garantizaba el respeto de la propiedad privada en las guerras marítimas, se lamenta de que este buen ejemplo no haya sido seguido.

Todos estos autores citados, llevados de las ideas que imperaban entonces sobre la guerra y sus efectos en las relaciones de los hombres entre sí, creen que la propiedad puede no ser respetada por mar y por tierra, y fuerza es confesar que en su conducta no falta lógica: parten de un principio falso, y de él deducen consecuencias falsas también.

No resplandece esta lógica en los autores que han defendido la existencia de las presas marítimas con posterioridad á los que hemos indicado, porque todos ellos se declaran partidarios de la inviolabilidad de la propiedad privada en las guerras terrestres, la defienden con gran copia de datos, y abandonando de pronto el buen camino, acuden al sofisma para afirmar y pretender probar que es tan inicuo el no respetar la propiedad privada en tierra, como justo y natural que se tome en el mar; llegan á tal extremo, que no falta tratadista que encuentra belleza, en lo bien que se puede arruinar á un enemigo en las guerras marítimas, paralizando su comercio.

Riquelme, uno de los partidarios de las presas marítimas, hace observar que en las luchas terrestres no significa mucho el no apoderarse de las propiedades particulares, por no contener, como los navíos de comercio, elemetos de combate; añade que un ejército de invasión tiene medios bastantes de debilitar á su adversario en la guerra terrestre, ocupando sus fuertes y su territorio, pero en el mar, si uno de los beligerantes retiene en sus puertos las naves de guerra, no deja á su enemigo otro medio para debilitarlo que el arruinar su comercio.

Tetens (1) hace una serie de afirmaciones que no prueba, y que, como veremos, carecen por completo de fundamento racional.

Consigna que en la guerra terrestre es posible la renuncia á la confiscación de la propiedad enemiga, la inmueble por ser de difícil transporte, y la mueble, por ser de fácil ocultación; en cambio las mercaderías conducidas en las naves, pueden tomarse y conducirse fácilmente donde mejor convenga, su venta no presenta dificultades y aumenta notablemente los recursos pecuniarios para sostener la guerra; á más dice Tetens que los objetos muebles que se pueden tomar en tierra, generalmente están destinados á satisfacer ciertas necesidades ó lujo, en tanto que los barcos contienen mercaderías cuya venta produce pingües resultados.

Concluye su peregrino razonamiento, haciendo notar que de ordinario el apresamiento de naves mercantes perjudica á muchos asociados y Compañías de Seguros, y viene á ser una especie de contribución de guerra; finalmente, asegura que el privar á los particulares de sus propiedades en tierra, iría acompañado de vejaciones sin cuento, cosa que no sucede en el mar, donde imperan ciertas leyes, y donde los apresadores necesitan que un tribunal declare la validez de la captura.

Lorimer (2), y con él Dana (3), defienden la presa marítima «porque no se vierte la sangre, no se sacrifican vidas, no se ponen las habitaciones en peligro; el teatro es el Oceano, ese gran camino del comercio, y no se ataca más que á las personas que exponen su propiedad á los trances de la guerra, con objeto de lucro y con la garantía del Seguro:» originalísimo Lorimer en la defensa de sus ideales, continúa: «el particular cuya propiedad es apresada, no pierde absolutamente nada, ó no debiera perder nada de su valor; en su cualidad de particular, él, la presta ó la cede por decirlo así, á su país, el beligerante que se la toma le ha dado un recibo, en otros términos, una letra de cambio que suma el valor del objeto apresado,

(1) *Considerations sur les droits reciproques des puissances belligerantes.*

(2) *Capture of ennemy's goods at sea.*

(3) *Elements of internacional law.*

contra el Estado de que es súbdito; si este Estado obra lealmente, hace honor al billete de pago y le indemniza como si fuera deuda propia. Si después de esto, él es vencedor, se hace indemnizar por el vencido; si es derrotado, las indemnizaciones se unen á los gastos de guerra, que los paga el país entero por medio del impuesto» consiguiéndose de esta manera que el que pierda sea el Estado, y se le obligue á ajustar la paz lo más pronto posible.

Mucho más temible defensor de las presas marítimas es el ilustrado publicista y marino francés, M. Theodore Ortolán, que sin duda ninguna por patriotismo, creyendo que si Francia lucha algún día con la Inglaterra, será de gran utilidad á su patria el poder atacar la poderosa flota mercante del Reino Unido, Ortolán ha estudiado detenidamente la cuestión, y defiende las presas con argumentos no muy sólidos, pues la causa no lo permite, pero que son como aquellos sepulcros blanqueados que al exterior presentan un aspecto pulcro y limpio, mientras no encierran otra cosa que podredumbre; los argumentos de Ortolán aparecen fuertes, y se deshacen al más ligero embate.

En su erudita y bien escrita obra «*Regles internationales et diplomatie de la mer*» (1) dice, que el objeto de la guerra, no es otro que obligar al enemigo á pedir la paz, y que á esto no se llega por otro medio que por la victoria. Pues bien; la victoria no puede obtenerse más que destruyendo, ó si se quiere, paralizando las fuerzas del enemigo, lo que no se puede conseguir si no se emplean los medios á ello conducentes.

Comparando la guerra marítima con la terrestre, observa, que en aquella fuera del desembarco de tropas en las costas enemigas, no es posible emplear otro género de guerra no siendo el de apresar los buques mercantes, que en puridad, pueden considerarse como verdaderos anejos á la marina militar. La marina mercante, sea en su personal sea en su material, es un medio de guerra siempre dispuesto á venir en auxilio de un Estado beligerante, transformándose al primer llamamiento en un instrumento de guerra; por esta razón, está bajo

(1) Tomo III

la esfera de las escuadras enemigas que podrán apresarla.

En el supuesto de que la marina mercante y los géneros que conduce fuesen reconocidos libres é inviolables aun perteneciendo al enemigo, una potencia beligerante, no poniendo en el mar barco alguno de guerra, le será factible hacer ilusorios los efectos de la guerra marítima y podrá continuar explotando el comercio de los mares, adquiriendo medios para sostener la lucha, bien por medio de impuestos á la marina ó bien por el acrecentamiento de la fortuna privada, que en definitiva constituye la del Estado.

Por último: para completar el cuadro de los autores que han defendido la presa marítima, citaremos entre los más importantes á Hautefeuille, Fhillimore, Wildman, etc. etc., todos con argumentos análogos á los citados.

Pasemos á la escuela contraria, á la de aquellos que sostienen los sanos y buenos principios, comenzando por el abate Mably (1); este concede á los beligerantes el derecho de vigilar de cerca á los comerciantes y la necesidad de restringir algunos movimientos, considerando como bárbaro y absurdo el que se impida completamente el comercio con las naciones amigas, porque las ventajas, no son sólo del beligerante sino también de los neutrales.

A Italia cabe la gloria de que ilustres hijos suyos, hayan sido los primeros y los más fuertes campeones de la inviolabilidad de la propiedad privada en el mar, al mismo tiempo que Italia ha sido la primera nación que ha sentado el principio de la inviolabilidad, ya en los Códigos, ya en Tratados de comercio y navegación.

Filangieri, Galiani y Azuni, á fines del pasado siglo deploraban el odioso contraste entre la guerra terrestre y la marítima, en lo que á la propiedad se refiere, y entre las costumbres que se practicaban en una y otra guerra.

Galiani no se conformaba con esto, y en 1782 reclamaba enérgicamente la inviolabilidad de la propiedad en las guerras marítimas, y la abolición del corso.

(1) *Droit public de l' Europe fondé sur les traités.*

Hefter (1) censura duramente las costumbres seguidas en las guerras marítimas, costumbres indignas de la civilización actual, no explicándose la anomalía de que se considere justo en el mar lo que en tierra sería abominable.

M. Eugene Cauch (2) defiende lo mismo que Hefter la abolición de las presas, y añade que el desarrollo de la civilización reclama imperiosamente el respeto total de la propiedad privada.

El eminente profesor de Derecho Internacional de Turín, Pasquale Fiore (3), es decidido partidario del respeto de la propiedad privada, atacando á sus adversarios de una manera formidable; su libro es el más vasto arsenal donde acudir en busca de razones para impugnar el pretendido derecho de presa.

El ilustre profesor consigna que en la guerra antiguamente regía el principio de considerar abandonados los bienes del enemigo, y por consiguiente, que á ellos tenía derecho el primer ocupante.

Continúa Fiore manifestando que esto pasó á la historia, que hoy, por derecho natural, el derecho de propiedad es sagrado é inviolable, y por consiguiente, todo ataque á la propiedad privada, es injusto y arbitrario.

El Estado es soberano, el Estado tiene poder para imponer contribuciones, añade Fiore, puede legislar sobre las relaciones entre sus súbditos, pero en manera alguna se ha de considerar como dueño de la nación.

Por lo tanto, dirigiéndose la guerra contra el Estado, no contra los particulares, no hay derecho para atentar contra la propiedad de éstos; pueden ser tomados por los enemigos, los puertos, arsenales, imponer contribuciones, mas la propiedad civil, no debe sufrir la menor alteración.

El continuar en la enumeración de las opiniones de autores que siguen la buena y verdadera teoría, nos haría incurrir en inútiles repeticiones; por esto prescindiremos de ello, citando

(1) *Le droit des gens Europeen.*

(2) *Droit Maritime International.*

(3) *Nuovo diritto internazionale pubblico.*—Tomo III.

únicamente los nombres de algunos publicistas distinguidos, partidarios decididos de la abolición de las presas marítimas; entre ellos están Carlos Calvo (1), Dudley (2), Axel Benedix (3), Casanova (4), Vidari (5), Peláez (6) y otros muchos.

*
* *

Expuestas una y otra opinión en lo referente á la justicia de las presas, veamos ahora cuál es la que creemos más acertada y las razones que para ello tenemos.

Es principio reconocido que hoy día no tiene el Estado sobre la propiedad privada otro derecho que el de soberanía, principio reconocido, no sólo por los tratadistas, sino por todas las legislaciones que sin excepción establecen que el Estado no puede disponer de la propiedad de sus súbditos; si la necesitase para el bien de la comunidad, cede el interés del particular ante el de la generalidad; pero es preciso que se pruebe que el objeto para que se necesitan los bienes de un privado, es útil verdaderamente á la comunidad; es menester que para esta obra útil se considere indispensable la propiedad de un particular; sólo con estos dos requisitos se le priva de ella; pero se le indemniza debidamente.

Dicho esto, y manifestado ya anteriormente que la guerra es una relación de Estado á Estado, no de individuo á individuo, es evidente que el vencedor no hará sino sustituir al vencido en sus derechos de soberanía; impondrá gravámenes más ó menos cuantiosos, se aprovechará de la propiedad particular para su defensa si es indispensable; pero no la adquirirá en modo alguno.

(1) *Droit International.*

(2) *Idem.*

(3) *De Præda.*

(4) *Diritto internazionale.*

(5) *Del rispetto della proprietà privata de gli Stati in guerra.*

(6) *Della proprietà privata dei sudditi di uno stato belligerante.*

Las tropas que penetran en territorio enemigo, no tienen derecho de apoderarse de más bienes que de los del Estado con que contienden.

Por otra parte, con el no respeto á la propiedad en las guerras marítimas, no solamente se daña y perjudica á la nación beligerante cuyos barcos son apresados, sino que resultan perjudicadas todas las naciones que con ella comercian, porque se interrumpe su tráfico, y no es lógico ni justo que porque una nación obtenga ventajas sobre otra, se causen molestias y perjuicios sin cuento á las que son completamente ajenas á la lucha.

Hechas estas consideraciones generales, prescindiremos de otras no menos importantes, como el que el fin no justifica los medios, y que no es razón para despojar á uno del sagrado derecho de la propiedad, para que concluya pronto una guerra, y acudiremos al campo de los defensores del derecho de apresar, examinando uno á uno los argumentos en que fundan el derecho de presa.

A los autores que basaban el derecho de apresar en el omnímodo derecho del vencedor, y que creían que la guerra era individual, les responderemos lo ya tantas veces repetido: que las guerras son de nación á nación y que no hay tal derecho de vida y muerte sobre los enemigos, sino el más humanitario de la defensa propia; durante la batalla es factible el matar y aprisionar á los contrarios; pero jamás se debe hacer morir á los prisioneros, á los heridos.

Al argumento empleado por algunos tratadistas, de que la presa se ha conocido en los pueblos antiguos, opondremos una afirmación incontrovertible, que no implica justicia la existencia, y esto es tan evidente, que ninguno de ellos se atrevería á sostener que se incluyan en nuestras legislaciones principios completamente falsos, por los que se rigieron griegos, romanos y antes los hebreos, pueblos citados por Grotius.

Martens y Kluber que se apartan un poco de sus antecesores, incurren en una palmaria contradicción al sostener lícito en el mar lo que en tierra es censurable; ¿por qué tal diferencia? ¿No es, por ventura, la misma guerra? ¿Son acaso otros combatientes? ¿No deben ser, por tanto, idénticos los principios que rigen?

Riquelme que afirmó que en la guerra marítima no es posible debilitar al enemigo sino arruinando su comercio, no pensó, sin duda alguna, que es una crueldad hartamente inútil, porque cubriendo el pabellón la mercancía, la nación beligerante recibiría recursos de las otras naciones: no se conseguirá otra cosa sin aumentar la prima del seguro de las naves de los beligerantes y causar daños irreparables al comercio del enemigo, pero no en el momento, sino después, cuando tal vez no interese; en el tiempo que dure la lucha, nada faltará á los beligerantes; todas las naciones neutrales acudirían á dar fácil salida á sus productos, y la marina del beligerante pasaría á poder de otra nación; que esto no es una afirmación sin fuerza alguna, se prueba con un ejemplo muy reciente: la guerra de los Estados del Norte de América con los del Sur; durante la lucha nada faltó á los americanos, pero su marina mercante tardó mucho en levantar la cabeza.

Tetens emplea argumentos nuevos, pero absurdos; afirmar que produce más el apresamiento de mercaderías en el mar y que los objetos muebles que en tierra podrían tomarse no tienen tanto valor, es desconocer la vida de las modernas sociedades en que tanto se prodiga el lujo, y en que los objetos muebles alcanzan precios tan fabulosos, además que podría suceder, y de hecho acontece, que los bienes muebles que se usan en tierra hayan sido conducidos por una nave y su valor será el mismo en tierra que en el mar ó más bien tendrán más valor en tierra, porque á su precio habrá que añadir los gastos de transporte.

Esto sin contar con que en tierra hay inmensos almacenes llenos de géneros que puestos en venta producirían el mismo resultado que vendiendo el cargamento, que en suma no es otra cosa sino un flotante almacén.

Tetens afirma que perjudicando á muchos, el apresamiento de las naves mercantes viene á ser una especie de contribución de guerra. Si cambiara una palabra de su aserción el autor citado, estaría en lo cierto; si en vez de la palabra *contribución* dijese *depredación*, porque jamás se ha llamado contribución al acto de salir á mano armada, detener á una persona, despojarla de sus bienes y apropiárselos; esto en todos los idio-

mas tiene un nombre, *robo*; mas como las leyes lo autorizan, hay que dulcificar un poco la expresión y cambiarla por *confiscación, apresamiento*.

Finalmente, asegura que el despojar á un particular de su propiedad, en tierra, produciría vejaciones é injusticias, y que en el mar se hace con arreglo á derecho, sin efusión de sangre y con la sanción de un tribunal; afirmar esto es un absurdo; las mismas vejaciones hay en tierra que en el mar, y no porque las leyes las autoricen pierden este carácter; vejación es la ley rusa que marca los casos en que puede destruirse la presa, y uno de ellos cuando su valor es exiguo, y vejación no pequeña fué la orden dada en la guerra americana á los comandantes de los cruceros, de echar á pique sus presas para que no les embarazasen en su devastadora misión: esto prescindiendo de la inmensa vejación que es el tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y la voluntad está manifiesta siempre, y muchas veces sellada con la sangre vertida en defensa de los propios derechos.

No es menos original que Tetens, Lorimer, al comenzar diciendo «*que no se sacrifican vidas, que no se ponen habitaciones en peligro,*» afirmaciones completamente gratuitas, pues con frecuencia se lucha con valor en defensa de los propios intereses ó de intereses que le están encomendados á los bravos marinos, que antes de permitir que los enemigos se apoderen del barco que montan riegan con su sangre el botín, y *se ponen en peligro habitaciones*, pues no son otra cosa los barcos que llevan en su interior el hogar de hombres decididos y valientes que constantemente exponen su vida para proporcionar á sus semejantes comodidades y ventajas.

Continúa Lorimer: «*el teatro es el Océano, ese gran camino del comercio; en él no se ataca más que á las personas que exponen su propiedad á los trances de una guerra, con objeto de lucro y con la garantía del seguro;*» el tratadista inglés, con estas palabras, parece que considera un castigo justo el privar á estas personas de su propiedad. ¿Es acaso un crimen buscar una ganancia honrada, exponiendo, no solamente su fortuna, sino también su vida, que están á merced de los elementos, para que aún merezcan ser despojados de lo que es suyo,

por ejercer una profesión protegida por las leyes, que tienden á la mayor extensión del comercio, que redundan siempre en beneficio del progreso y de la civilización?

En cuanto á las razones que asigna como justificantes de la presa, si existiera lo que él supone, basta responder: no existe, es una hipótesis, y el particular que *no debiera perder nada de su propiedad*, lo pierde todo.

Resta únicamente combatir á Ortolán, porque los demás autores que de este asunto se han ocupado, ó fundan las presas en razones análogas á las refutadas, ó en las del célebre publicista francés.

El fin que se debe proponer una nación beligerante al luchar, debe ser el obtener una pronta paz, con ventajosas condiciones; esto dice Ortolán, y es verdad, así como también lo es el que para esto se necesita vencer, y que se vence debilitando al enemigo.

Pero no es tan evidente que en la guerra marítima no se pueda emplear otro medio de combatir al enemigo que los desembarcos y combatir su comercio; queda el recurso de luchar con su marina militar y atacar sus puertos, lo que es factible, así como no lo es el destruir su comercio, en cuanto á ello se opone el Tratado de París de 1856, que permite comerciar libremente con los beligerantes, sin más limitación que el caso de bloqueo, y la de que el cargamento sea contrabando de guerra; por esta parte, como ya hemos probado, es una crueldad inútil, y no hay para qué practicarla; demasiada trae consigo la guerra, de las que es imposible prescindir.

Considera Ortolán que la marina mercante de una nación es poderosa auxiliar de la militar, porque sus buques pueden convertirse en de guerra y sus tripulantes, acostumbrados á las maniobras, engrosar el equipaje de las escuadras enemigas y dar gran impulso á la lucha, á más que pueden continuamente aportar elementos para el combate.

A esto se responde: á lo primero, que es difícil que se cambien en de guerra las naves mercantes, estando el corso abolido por el Tratado de París, para las naciones que lo signaron, que fueron la mayoría; mas aunque esto no sucediera, para muy poco servirían los barcos mercantes con los adelan-

tos que se han verificado en el arte de la guerra marítima, y es posible que fuera hasta ridículo el papel que podría hacer un vapor mercante al lado de los colosos como el *Duilio*, el *Dandolo*, el *Lepanto*, el *Formidable* y tantos otros que en breve darían buena cuenta de la navecilla mercante con sus cañones poderosísimos.

En cuanto á la aserción del marino francés de que deben aprisionarse los tripulantes de las naves mercantes para evitar vayan á las militares, no tiene fundamento alguno, puesto que las leyes de la guerra no permiten que se hagan prisioneros más que á los cogidos con las armas en la mano, no á los que para nada se mezclan en la material contienda.

De seguirse esta práctica, habría que comenzar por aprisionar en tierra á todos los que no fuesen viejos ni valetudinarios, en la previsión de que, al ver las desdichas de su patria, cumplan con su deber y empuñen las armas en defensa de su país.

En último lugar, si las escuadras mercantes allegan recursos para la continuación de la lucha y estos recursos consisten en contrabando de guerra, en este caso, sí hay derecho de apresarlos; faltan á una ley practicando actos de enemigos, y como á enemigos se les trata.

Parece imposible que autores de tanto talento como Ortolan y Hautefeuille, no hayan visto claro en esta cuestión, y consideren justificada la presa marítima, al mismo tiempo que censuran el pillaje en tierra.

Verdadera alucinación es esta, pues no se les puede ocultar á tan distinguidos autores que una misma es la razón de la guerra, que unas mismas personas la sostienen, que solamente hay diferencia en el lugar en que se combate, circunstancia no esencial, no influyendo en la justicia del apresamiento, que éste sea hecho en mar ó en tierra, porque la justicia no cambia porque se cambie el lugar del combate; es inherente al hecho, no al lugar en que se ejecute.

*
* *

Reasumiendo diremos, como al principio, que el derecho de apresamiento, no es tal derecho, sino un despojo que no puede subsistir en los Códigos, dado el actual orden de cosas, porque es incompatible con el desarrollo del derecho internacional, así como con los inmutables principios de derecho.

Hoy la propiedad en las guerras terrestres, se ha declarado inviolable; y si en la marítima aún no sucede, será por breve tiempo, porque la opinión lo exige, el comercio lo reclama; importantísimas naciones europeas han tratado de que esto sea un hecho; en las Cámaras francesas y en el Parlamento alemán se han tomado en cuenta proposiciones á esto encaminadas, y no ha faltado, por fin, nación que haya puesto en sus Tratados cláusulas encaminadas á que se respete la propiedad privada en el mar, y esto lo ha hecho la nación que, después de una gloriosa epopeya, llegó á ser una y libre, nación que es la más joven de todas y que en esta y otras materias está á la cabeza de la civilización.

Esta teoría triunfará, y el comercio, poderosa palanca de la civilización y riqueza, no sufrirá más en las guerras, y durante estas funcionarán tanquilamente las fábricas á presencia del enemigo, y las naves mercantes pasarán al alcance de los cañones de la escuadra de sus contrarios, que no les molestará, é irán á los puertos á descargar las riquezas contenidas en su seno.

Esto no será gratuita concesión del derecho de gentes, no; será la sanción legal de un derecho sagrado de los particulares, del derecho de que su propiedad les sea en todo caso respetada.

ISIDRO PÉREZ Y OLIVA.





EL MOSÉN⁽¹⁾

Conclusión

AUGUSTO se encogió de hombros; Jaime hizo signos afirmativos y de asentimiento... Y el Comandante salió breve rato, para volver al poco, seguido de dos sargentos, que se dispusieron el uno á servir la comida, que humeante traía en una fuente, y el otro á destapar unas botellas, que al parecer eran Sagardúa y cerveza alemana...

Sentáronse de lado los meditabundos Augusto y Jaime, y en esta postura vieron desfilas por delante de ellos cuatro diferentes platos, de que apenas probaron bocado.

El Comandante les hizo presente que podían pedir cuanto apeteciesen, pues no ignoraban que en aquellos casos la voluntad de los reos es ley. Pero uno y otro declararon no tener gran apetito, además de quedar satisfechos del opíparo desayuno que les habían servido.

El Comandante, que por lo visto era un hombre muy fino, les ofreció sendos tabacos, que los dos sentenciados rechazaron, por no fumar ninguno...

(1) Véase la pág. 637 del tomo anterior.

Lo único que Jaime tomó en gran cantidad, y al parecer con un deleite que hizo que Augusto le imitase, fueron dos grandes tazas de café.

Y cuando se hubieron levantado los manteles, Jaime, que aunque no habló ni cambió una palabra con Augusto, no cesó un instante de mirarle con fijeza, se apartó á un lado con el Comandante y le preguntó la manera cómo iban á ser ajusticiados.

A la respuesta del militar, solo replicó Jaime con una frase; tal vez fué lo único que le molestó de los detalles que debió oír: murmuró:

—¡Juntos!...

Antes de dejarles descansar la comida y abandonarlos á los centinelas de vista, el Comandante les hizo la descripción ó el programa del reparto del día, del cual quedaba deducido que antes de venir la primera visita, que sería la del Notario, tenían tres horas largas para reposar.

Despidióse esto dicho; y Augusto y Jaime se tendieron cada uno en su respectivo lecho.

La disposición de ellos, uno en frente de otro, permitía á los sorprendidos tráfugas el verse perfectamente.

Augusto, que disfrutaba de una calma y tranquilidad absoluta, rendido por la vela de noches anteriores, las emociones del antecedente día y el anormal estado de indiferencia que en su turbulento modo de ser produjo la lectura de su sentencia de muerte, entornó los ojos, y sin que nada le inquietase, quedó, si no dormido, inmóvil y en ese medio sueño que es mucho más agradable que el profundo, por cuanto en éste la muerte absoluta de todos los sentidos no permite, como en el primero, la complacencia y recreación de pensar en el deleitoso descanso de que se disfruta.

Jaime, por el contrario, quedó muy despierto. Era hombre el Mosén de costumbres de penitente ó monge; y tenía desde muy antiguo, el hábito de hacer todas las noches, antes de entregarse en los blandos brazos del descanso, un minucioso examen de conciencia, en que, constituyéndose por sí y ante sí en riguroso juez de sí mismo, se penitenciaba y hacía propósito de enmienda en lo que juzgaba malo. Y lo

que todos los días hacía, no es extraño que no dejase de hacerlo el último de los de su vida.

Por esto encauzó los ojos de su pensamiento, cual poderoso telescopio, hacia los hechos más remotos de su existencia, y buscó y rebuscó, hasta dar con todos los sucesos que le hicieron ser tal cual en aquella hora era.

Peldaño por peldaño fué subiendo la empinada escala de su vida, deteniéndose más en aquellos que imprevisto tropiezo le estorbaba el paso cómodo y sin dificultades. Y fué su cerebro el kaleidoscopio de siempre, que ponía ante su razón, obcecada por la pasión de ánimo contra determinadas cuestiones, de relieve y en ampliación, todas las desgracias que en el mundo le habían acontecido, una á una, sin que ninguna dejara de formar en aquella extraña revista. Empezaban en sus contrariedades infantiles; seguían por aquel único amor que sintió y que vió despreciado y escarnecido por Cristina; engrosaban y aumentaban al llegar á la época en que trató de ordenarse, y se hacían enormes, colosales, abrumadoras, al arribar á la interminable cadena de amarguras que principiaba en el asesinato de su padre, se enrollaba y rebullía por la deshonor y el abandono de su hermana, agarrataba como serpiente de acero á su madre que moría sin que él pudiese defenderla herido como estaba, y ondeaba como inflexible látigo que le hubiera estado sacudiendo golpes toda la vida, sobre los conflictos de María de la Paz y Augusto, y la muerte triste de María, dejándole sólo, único, último Parolla sobre la tierra.

Y es imposible, al sentir retumbar el trueno sobre la cabeza, ó estremecerse ofuscado por la brillante luz de los relámpagos, no mirar las grietas de lumbre que cuarteán las nubes, ó las entrañas negras de los vapores eléctricos que engendraron las centellas caídas.

Tan imposible era que Jaime Parolla, aplastado por las desventuras que su voluntad puso ante su pensamiento, dejase de mirar la nube que descargó tanto rayo sobre su familia.

Por eso sus ojos se clavaban en Augusto Monpavón, y al clavarse le acusaban tremendos, inflexibles, como á enemi-

go imperdonable á quien era preciso exterminar. Es decir, le miraban como le habían mirado toda la vida. Jamás dejó de verle de otro modo.

¡Qué criminal había sido Augusto con él!... Haberle arrebatado lo más querido del mundo: haberle ofendido y pisoteado en mil ocasiones... y, últimamente, ser el causante, con la muerte de Jesús, de la de Maria de la Paz...

Pero... algo más que esto había: había el anverso ó revés de tantos horrores; había en Augusto el final de tanta infamia, en un extraño modo de comportarse... desusado y desconocido en Monpavón... Era como mohosa espada que á la punta se tornase en reluciente y limpia.

El más apasionado de los espíritus, cuando ve cerca un peligro mortal, discierne y juzga con imparcialidad: el de Jaime Parolla miraba en Augusto Monpavón, al par que sus infamias, ciertas circunstancias, cosillas determinadas que, sin aisladamente ser nada, eran mucho en conjunto, por denunciar un orden de ideas que jamás el Mosén pudo suponer.

Y estas disquisiciones en pro de Augusto, llegaron á llenar la inteligencia de Jaime de tal suerte, que para mayor conocimiento las ordenó y sometió á un escrupuloso interrogatorio, cuyo principio fué una pregunta que hundió al Mosén en un proceloso y agitado mar de confusiones. En efecto; como golpe que desconcierta á la víctima de un sacrificio, Jaime se dijo:

—Todo el mal que Monpavón me ha hecho, ¿ha sido causado por su voluntad?... Todas las desdichas que sobre mí ha dejado caer, ¿han sido inspiradas por su libre albedrío, por su propia iniciativa y deseo?... Ó, por el contrario: ¿han sido actos fatales que inconscientemente hayan sobrevenido á mi castigada existencia por disposición única de Dios?...

¡No: nadie es capaz de decir, ni de pintar, el efecto que al Mosén hizo esta pregunta!... Revolvióse contra sí mismo furioso y obcecado... ¡Pues no había tenido, él, un Parolla, la avilantez indigna y baja de suponer bueno á un Monpavón?...

Pero la pregunta quedaba en pie y sin contestar: por muy

pronto que Jaime acudiera á desarraigarla de su alma, y á arrojarla lejos de sí, la pregunta echaba profundas raíces en su espíritu, y le abrumaba exigiéndole rápida, pronta contestación. ¿Sí, ó no?...

Cual sucede en todas las crisis del ánimo, el desorden de las ideas invadió como inundación el cerebro de Jaime, y una nueva pregunta, tan terrible, tan avasalladora como la primera, brotó, semejante á una chispa, que el continuo rozar de aceros y pedernales produjese.

La pregunta fué como sigue:

—Siempre he negado, jamás pude concebir que Augusto amase á María de la Paz... Ahora bien; ¿por qué, en efecto, no había de amarla?... ¿No aman las fieras?... Únicamente el demonio es el sér privado de sentir amor.

Y como en la primera interrogación, se objetó una ferocidad. Se dijo que los Monpavón eran más que fieras; eran demonios.

—María de la Paz—continuó pensando y haciendo lucubraciones—sí, le amaba á él... Mas casi tenía obligación de ello... ¡A no ser así!...

Se estremeció ante el absurdo que surgió como consecuencia de aquellas premisas que iba sentando. ¡Un Parolla amar á un Monpavón!...

Acordóse luego, y vínole á la memoria de improviso, el acto de dejarle libre en Cristierna; la amenaza hecha al Oficial que le conducía preso en Carregui, y por lo cual fué arrestado, y sobre todo, el tenaz empeño con que llegó á que cambiasen los uniformes para proporcionarle libertad. Y aquí fué su tormento y su desesperación. Era indudable que Augusto, cuando menos en aquel momento, iba guiado por un espíritu de abnegación inconcebible, en quien de muy antiguo sólo obró el mal para los Parolla. Arriesgó su vida Augusto por Jaime, y en el albur jugado la perdía indiferente, insensible, tranquilo... ¿Qué sería aquello?...

Volvió el Mosén á mirar á Monpavón, y al verle en capilla, reo de alta traición, condenado á ser fusilado junto á él, y contemplarle sereno aguardando una muerte que debía á haber intentado un imposible..., le compadeció; tuvo lásti-

ma..., y no seríamos justos con Jaime Parolla si no dijésemos que en el fondo de su alma brotaba ya, como aroma purísimo de flores, una esencia vaporosa de perdón y de amistad, que si los huracanes y vendabales de los antiguos odios trataban de desgarrar, persona que tuviera poder para acallarlos y sujetarlos dejaría llenasen de su perfume todos los ámbitos de aquel turbulento espíritu del Mosén, tan semejante al agitado mar en aquellos instantes; que olas gigantescas de odio y compasión juntaban sus espumas al estrellarse juntas en el inmóvil acantilado de su cerebro, entonces sereno y justo, cual de hombre que está muy próximo á la eternidad, donde todo se contempla sin equivocarse, en sus naturales límites y proporciones, tal cual es.

De su profundo pensar vino á sonsacarle ó distraerle el ruido de un coche, que, rodando por el empedrado infame de la callejuela á que daba la ventana del sótano, paró, al parecer, á la puerta de la cárcel.

Y algo debiera suponer ó esperar Jaime que viniera en carruaje, porque inmediatamente se puso en pie, y con los ojos fijos en la puerta aguardó impaciente á que se abriera.

Largo rato transcurrió sin que esto llegara á suceder. Pero al cabo, se escucharon pisadas y correr de llaves. Y una figura negra, de cabeza blanca, cara simpática y aspecto venerable, apareció en lo alto de la escalera.

Era Fray Salvador, el párroco de Santa Inés de Cristierna.

El Mosén corrió á arrojarse en los brazos del antiguo fraile, murmurando:

—Por fin... vino V...

Y el exclaustro, con voz que entrecortaba la emoción, le repuso:

—¿Pensabas que en esta ocasión te había yo de abandonar?...

El fraile alzó la cabeza para mirar la otra cama donde ya despierto Augusto estaba sentado, tratando de reconocer á Fray Salvador.

—¿Usted aquí?...—preguntó Augusto yendo hacia él y besándole la mano.

—Y V... ¿aquí?...—interrumpió asombrado el párroco...

Y quedaron mirándose los tres.

Ninguno habló

El manto de Fray Salvador envolvía entre sus pliegues á los dos reos.

CAPÍTULO XX

LA CAPILLA

Retirados el antiguo fraile y el Mosén á un extremo del sótano, tuvieron una conversación secreta, que á poco se convirtió en confesión general de Jaime.

Mientras Augusto se paseaba en otro rincón, con los brazos cruzados, baja la mirada é inclinada la frente, oyóse un murmullo producido por las propias delaciones de pecado del Mosén, y los balsámicos consejos que el exclaustro exhuma á cada falta nueva que sus oídos escuchaban.

A más de los hechos de toda su vida, Jaime expuso á su confesor las intrincadas vacilaciones, dudas y luchas que su espíritu sostenía con respecto al hombre que había odiado siempre, y con el cual estaba condenado á morir. Y cuentan que el fraile no se hartaba de dar secretamente gracias al Señor por el cambio operado en la conciencia de Jaime. Ya no era aquella dureza de piedra, imposible de moldear con instrumento alguno, la fortaleza y apasionamiento con que juzgaba todo lo concerniente á la familia Monpavón; era, por el contrario, sutil barro al que podía tallar de la forma más conveniente el más torpe é inexperto de los escultores morales; menos que barro, polvo volátil que se diseminaría por los aires, si era uno de la fuerza y calidad de fray Salvador el destinado á esculpir en el alma, con materia de rencores, ángeles de paz: tarea semejante en el trueque de usos, á la que verifican los que con bronce de cañones funden estatuas á La Concordia.

Y una á una fué relatando el Mosén aquellas consideraciones que hizo al ver á Augusto condenado á muerte. Ex-

puso al fraile aquellas preguntas que á solas se hizo, y que le produjeron malestar de espanto y agonía: y es inútil decir lo que fray Salvador apoyó la reacción de arrepentimiento que veía en el Mosén. Díjole á Jaime que cómo quería suponer un hombre tan criminal que sólo por el placer de hacer daño hubiese producido á su familia las infinitas desgracias que de parte de los Monpavón habían sufrido. ¿Por qué roba el ladrón? por el gusto de posesionar riqueza: pero el que hace mal tan sólo por hacerlo, demuestra tener un corazón muy empedernido: y no era así el de Augusto, como se había visto en el sublime acto de caridad que iba á costarle la vida. Tal vez, tal vez los Monpavón no habían sido en el mundo más que simples instrumentos con que Dios puso á prueba la templanza y la fe de los Parollas. Y seguramente de cuantas catástrofes habían ocurrido entre las dos familias, lo menos la mitad correspondían por culpa á Jaime. Esta declaración hizo brotar en el alma del cabecilla grande llama de arrepentimientos tardíos y remordimientos que le extranguaban el corazón. Pero el fraile seguía inflexible, forjando la nueva forma de aquel indomable acero, aprovechando la temperatura á que estaba puesto, con sus palabras. Y acusóle de ser el causante, con su ofuscación y su afán de vengar la muerte de su padre, de que una cosa tan sencilla de arreglar como era la deshonra de María, no hubiese sido coronada por el éxito. El Mosén, viendo que sus rencores no tenían eco en fray Salvador, no había vuelto á consultarle desde aquella célebre noche en que, empapado en agua hasta los huesos, fué nada menos que á anunciar que se iba á convertir en un vulgar asesino. Y aquel abandono á las propias inspiraciones que tan repletas de odios y malos deseos habían presidido sus actos, fueron, á no dudarlo, la causa de que María, avergonzada al verse sola para siempre, maldita por su hermano si amaba á Monpavón, enfermase de la última dolencia, precipitándola al sepulcro la muerte de Jesús: que había cometido Augusto, sí; pero que era ya una consecuencia del fatal primer paso, cuando á la aproximación de dos seres, que quizás hubiesen sido muy felices amándose como se amaban, que tenían una obligación moral de ser

esposos, y un ligamento tan poderoso y fuerte como el lazo que ata la religión, se interpuso infranqueable barrera de imposibles. La lógica del exclaustro abrumaba al Mosén; le hacía revolverse inquieto en los últimos extertores de sus animosidades; y quedó aplastado y deshecho, cuando fray Salvador fué descartando de culpa á Monpavón, haciendo presente á Jaime que el único pecado en que el capitán había incurrido, fué en el dejarse llevar de la bestialidad de malos apetitos, precipitando en el fondo de la deshonra á la infortunada María de la Paz. Lo demás, fué ajeno á Augusto. Hasta estúpido era que el hijo pagara los crímenes del padre; por tanto, si el General Monpavón asesinó al padre de Jaime, ¿qué culpa tenía en ello Augusto?... Ninguna. Si la madre de Jaime murió cosida por las bayonetas de la compañía que mandaba Augusto, fué un azar de la guerra, y no un deseo expreso de éste. Si Augusto hirió á Jesús, el mismo Mosén confesaba que había sido fatalmente, y sin intención directa de herirle. En cambio, dijo el fraile para dar el golpe final, considerados uno enfrente de otro particularmente, y aislados de todo lo que había ocurrido, ¡cuán distinto era el proceder de Jaime, sólo pensando en matar á Monpavón, y el de éste dando su vida gustoso por la suya, y aceptando resignado el precio de su temeridad!...

Al poderoso empuje y choque de estos argumentos, vió el fraile llorar á Jaime Parolla; quien en la más horrible de las agonías, murmuraba que después de una vida de azares y de amarguras, cuando soñó morir en la paz del que está para descansar eternamente, el mejor amigo del mundo le enviaba al otro, envuelto en espantoso ciclón de remordimientos.

Pero fray Salvador le repuso, que cuantos más remordimientos aportase al Supremo Tribunal, más segura tendría la salvación de su alma, única aspiración que entonces debía guiarle.

El Mosén pidió encarecidamente al fraile que aplazasen la conclusión de la confesión para cuando estuviera más calmado: y concedido este favor, se separaron.

Al levantarse Jaime Parolla, parecía otro hombre: con los ojos desencajados, el rostro cubierto de sudor, la boca seca,

la frente ceñuda y contristada, y el cabello canoso que semejaba haberle salido en aquel momento, tenía un aspecto triste de pária de la desventura que huyese de la fatalidad sin poder conseguirlo.

Su primer mirada fué para Augusto. ¡Qué tranquilo estaba!... ¡Cómo no parecía sentir la muerte! ¡Hasta en esto era más feliz que Jaime!...

Fray Salvador, hincado delante del improvisado altar, rezaba en su breviario.

Y el tiempo, que no detiene su carrera por nada ni por nadie, avanzó más en el día haciendo llegar la tarde. Ya iba siendo muy escasa la luz que penetraba por la claraboya. El sótano, pues, quedaba á cada instante más sombrío.

Las siete serían, cuando precedido de un oficial, entró en el recinto lóbrego el asistente Berrugas.

Entró compungido y lloroso; y lejos de ser cómico ó ridículo ver llorar á un hombrón de sus gigantescas proporciones, era triste y enternecía, porque demostraba que el fiel soldado tenía tan grande el alma como el cuerpo.

Cuadróse delante de su amo; pero éste avanzando hacia él, lo recibió en sus brazos, sintiéndose con ganas de llorar: que este efecto produce el verse querido por una persona de la manera que demostraba hacerlo el tosco Berrugas.

—Nunca lo creeré—decía gimiendo y pasándose sus gruesos dedos por los párpados, para impedir que las lágrimas rodasen por las mejillas.

—Pues créelo—le decía sonriente Monpavón.

—Nunca, señor—replicaba el asistente.

—Mañana te convencerás de ello.

Y al ver que los gemidos de Berrugas aumentaban de tono, impúsose Augusto, y le dijo en són de amistoso reproche:

—Lo que nunca hubiera yo creído, era que tú lloraras.

—Señor—exclamó Berrugas reponiéndose y comprendiendo la debilidad de ánimo que le echaba en cara su amo,—no lo hecho más que dos veces en toda mi vida. ¡Y cuidado que han llovido penas sobre mí!...

—¿Dos?—preguntó Augusto siempre afable.

—Sí señor. Cuando se murió mi madre sin haberla podido dar un beso por encontrarme aquí, y... y ahora!...

Augusto, emocionado, apartó la vista del pobre hombre que lloraba como un chicuelo.

—¿Y á qué vienes?—dijo Monpavón.

—¿Que á qué vengo?—interrogó Berrugas abriendo desmesuradamente los cargados ojos.

—Sí.

—Pues... á... despedir... me... de V...

—Gracias hombre... y toma.

Augusto se metió la mano en los bolsillos y sacó un par de puñados de plata, que puso en la mano de su compungido asistente.

—¿Para qué es esto?... señor...

—Esto es para que te acuerdes de mí.

Berrugas tiró al suelo las monedas, exclamando ofendido:

—No necesito yo de eso para acordarme de V.

—Sin embargo—replicó Augusto,—cógelas porque son mías. Dentro de tres meses, cumples: te irás á Granada como tienes proyectado, y allí te casarás con tu novia. Pues con ese dinero la compras lo que mejor te parezca y la dices que es un regalo que la hace Augusto Monpavón, tu antiguo amo. Yo ya estaré muy lejos de estos mundos y no podré escribirte para darte la enhorabuena. Pero recíbela ahora; dame en cambio un abrazo, y vete con Dios.

Augusto dijo todo esto esforzándose por aparecer risueño y alegre; pero era poco antifaz el de su ficticia ventura para ocultar del todo su emoción.

—¡Ah, me olvidaba!—añadió.—Mi maleta, ropas y cuanto tienes mío, todo es para tí.

Los ojos de Berrugas eran fuentes abundantes que manaban sin cesar amargas lágrimas.

—Adiós, señor—gimoteó.

—Adiós hombre... y que te vea mañana.

—¿Dónde?...

—Donde nos lleven.

Por más pronto que quiso acudir Monpavón á retirar la

mano, ya el asistente había dado en ella tres ó cuatro besos.

Después Augusto volvió con rapidez la espalda á su compañero de fatigas, y encontraron distracción sus húmedos ojos en las dos figuras que le contemplaban: sonriente y bondadosa la del párroco de Santa Inés; grave, interesante y sombría la del cabecilla.

Fué hacia ellos, y hubiérales dirigido la palabra, si á los tres no les llamara la atención hacia otro lado, la numerosa comitiva de un notario, cinco ó seis oficiales amigos de Augusto, y el brigadier que, auxiliado de tropa entraba á exonerar á Monpavón y arrancarle las insignias de capitán: acto que venían á autorizar también con su presencia un Auditor de guerra y otros tres militares de graduaciones distintas.

Aquella visita de vida á un recinto en que la muerte reinaba, hizo que se animara el sótano y que sin haber entrado una sola luz más, teniendo las cuatro del altar, más aceros y uniformes en que brillar y resplandecer, la claridad se doblase, descubriendo las grietas de los muros, los desconchados del techo, y deformidades de fábrica que las tinieblas guardaban secretas y desconocidas.

El notario fué á unirse á fray Salvador.

El brigadier y el Auditor, cumplieron con la fórmula de desarmar á Augusto; pero siendo ambos grandes amigos suyos y no pudiendo dominar la emoción, acabaron lo antes posible, y dándole un estrecho abrazo, se fueron.

El Mosén con los brazos cruzados, estaba solo.

Valero, Quintana y otros íntimos de Monpavón le rodeaban en círculo, y con algazara extraña y chocante, reían y conversaban alegremente. Previendo que les iba á ser muy triste despedirse del insustituible Augusto, habían decidido entrar á verle con lastre de alcohol que impidiese al barco naufragar entre lágrimas: y de ahí sus bromas y su cháchara interminables. No comprendió esto Augusto, y gozoso por aquella última diversión que se le proporcionaba, reía dando alguna que otra carcajada que, en lo forzada y seca, parecía la de un aprendiz de cómico que aún no ha conseguido reír naturalmente.

—¿Conque te vas y nos dejas?—dijo Valero.

—Eso he decidido—replicó Augusto, con una risilla á cuyo través se veía claramente dolor profundo.

—Te alabo el gusto: este mundo era ya chico para tí.

—Oye Augusto—preguntó uno.—Tu padre no sabrá nada de esto.

—Yo no le he escrito—respondió Monpavón con tristeza.

—Verdad es que tú no te tratabas ni con tu madre.

—Pues yo—dijo Quintana oscilando como un péndulo—te incomodes ó no, puse anoche á tu padre un parte telegráfico, dándole cuenta de la atrocidad que se va á hacer contigo.

—¿Tú?—exclamó Augusto.

—Yo, sí; y pégame si quieres por lo que he hecho. Por cierto que tuve que ir hasta Tolosa, que no sé si sabrás ha caído también en nuestro poder.

—No. Pero ¿qué objeto te guiaba?...

—Tu padre es persona de muchas relaciones en Madrid... Y estoy seguro que esta noche llega tu indulto. Yo voy á Tolosa á pasar la noche esperándolo.

—Un favor puedes hacerme entonces.

—Cuál. ¿Traerlo á escape?... Para eso voy.

—No; guardártelo, ó romperlo.

—Hombre, tú estás loco.

—¡Qué atroz eres!...—repuso Valero terciando en el diálogo.

—Lo dicho: quiero morir y moriré. Si me indultan heriré á cualquiera, al general Barzana... hasta que consiga me vuelvan á condenar.

—Para eso era mejor que te pegases un tiro.

—No... Yo no puedo suicidarme.

Y al decir esto envió una mirada sombría al no menos tétrico Mosén que, solo, paseaba de un lado á otro, deteniéndose ante el altar cuando delante de él pasaba.

La conversación tomó luego otros giros y otros vuelos. Tratóse extensamente de lo que es la fortuna que, habiéndose negado siempre á regalar sus veleidades á Monpavón, le había favorecido en los días que tenía próxima la muerte con

una suerte admirable. Augusto confesó que había ganado en menos de veinte días más de veinte y cuatro mil reales; y á la pregunta que le hicieron del empleo que iba á dar á aquella pequeña fortuna, contestó que ya lo tenía pensado, y que para eso iba á disponer su última voluntad con el notario.

Despidiéronse Valero, Quintana y demás tropa, y en el sótano quedaron únicamente el notario, fray Salvador, Augusto y Jaime.

En el entre tanto que Jaime hacía escribir al hombre de fe, Augusto se puso al habla consigo mismo, y vino á aumentar la profundidad de sus meditaciones la lejana campana que vibró, dando las ocho y recordando á los dos sentenciados que en el espacio de doce horas justas todo habría acabado para ellos.

Cual nenúfares espontáneos en los charcos de agua que cualquier causa remueve y después deja en reposo, así en las agitadas ondas de las ficticias alegrías de Augusto, brotaron siniestras ideas, cuando sin sus amigos se encontró tan cerca de la muerte, viendo con evidencia de clarísimos ojos lo inmensamente grande que son las puertas de la eternidad, y, siendo su aplanamiento moral una avanzada ó preludeo del físico que en breve sentiría, volvió la vista á su pasado.

El más eficaz, el más elocuente misionero y predicador del arrepentimiento, es el estado de moral cansancio, de desesperanza, en que el espíritu del pecador, al sonar el momento de la desdicha, se rinde desfallecido y exánime bajo el peso abrumador de lo pasado. El remordimiento con propósitos de enmienda y reparación, acecha ese gran instante para embeberse y filtrarse en el seno del malo, de donde en los días de alegría y ventura fué rechazado duramente: y el dolor que plantó en la tierra, inclinándose sobre el corazón como los sauces sobre las sepulturas, exparce allí las semillas de la amargura, que germinando instantáneamente, le entumescen, dilaceran y constriñen. Esto sucedía á Monpavón. La especie de vahido soporoso y largo en que el desorden de ideas y afectos le había sumido, desapareció, borrándose ante el grito de la conciencia que le puso delante una terrible acusación: la de su primera mala vida.

Y es indudable que de todos sus delitos era tal vez el más grave el imperdonable olvido y abandono de un sér que en los comienzos de su vida le pagaba con blandos besos sus insultos y faltas de respeto: su madre.

Decidióse á escribirla dándola cuenta del trágico fin que iba á coronar sus locuras.

Sentóse junto á Jaime que le seguía atento con la vista, como un frenólogo que investigara las sensaciones de un maniático; y tomando una hoja de papel de las varias que tuviera allí el notario, se puso á escribir una carta en la que desde el primer renglón le tembló espantosamente el pulso. Rasguñeaba la pluma arañando el basto papel, y la clara tinta dejaba débiles signos que en lo desigual de sus trazados acusaban en el calígrafo emoción profunda y verdadera.

Jaime pudo leer que el primer renglón de la carta de Augusto ponía: «*Mi querida madre...*» y acordándose de la suya, lloró. ¡Pobrecilla!... Murió como un perro: sin auxilios de ninguna clase, sin ver á su lado á los hijos de sus entrañas, que mientras espiraba se defendían inútilmente de la brutalidad de ciegos invasores... Si al menos hubiese exhalado el último suspiro en tranquilo lecho, reclinando la moribunda frente en el hombro de Jaime, prolongando el calor de su cuerpo los ardientes besos de Paz... Pero ninguno de estos consuelos tuvo... No tuvo ni quien piadoso corriera sus párpados sobre las ciegas pupilas... Jaime recordaba la mirada penetrante de aquel cadáver que parecía recriminarle por su inutilidad... Pero ¡bah! ¡Ya la vería en el cielo!...

Un chasquido débil y ténue le sacó de su sentimental abstracción.

Era un átomo más de misericordia que caía en el platillo del perdón, haciendo á la balanza vacilar unos segundos... Una lágrima que se desprendió de los ojos de Monpavón y fué á estrellarse en el papel borrando la firma de Augusto.

El Mosén miró al fraile, y el fraile, sonriendo, le contestó con un gesto mudo, pero muy significativo.

Augusto ocultó su cabeza entre los brazos; le daba vergüenza llorar tanto... y todo por nada... por su madre... ¡Qué tontería!...

Y tiene el dolor sus corrientes secretas, que indudablemente se comunican con la rapidez de la electricidad. No de otro modo se explica que Jaime derramara también algunas lágrimas al ver las que vertió su antes odioso rival, que le iba pareciendo bueno... porque no puede ser malo el hombre que acordándose de su madre llora mucho.

Levantóse Monpavón, y llamando al Párroco de Santa Inés, habló con él en secreto, encargándole pusiese en curso su última carta.

—¡Mi pobre madre!—decía—¡Por ella siento morir!... A pesar de mis ingratitudes, va á llorar tanto!...

Fray Salvador, consolaba á Monpavón.

De pronto, sonó una frase que produjo el mismo asombro en el Párroco y en el cabecilla.

—Padre, yo quiero confesarme—había dicho Augusto.

Entonces el que lloró fué el exclaustro. Dios le había oído.

Llevóle amorosamente junto al altar, y allí hincados los dos de rodillas, oraron ante la imagen del que hasta para los sentenciados es ejemplo.

El drama del Gólgota, parece efectivamente hecho de exprofeso para los reos: alivia el dolor y da resignación, porque se ve en él, que todo un Dios con ser Dios, fué un condenado á muerte... como el que en sus últimas horas de capilla le implora.

Y hé aquí que la minuciosidad del novelista tiene que detenerse ante el absoluto secreto de la confesión. Nada más puede añadirse, sino que estuvieron largo rato.

Mientras, el notario había acabado de extender la última voluntad de Jaime: y al pedir la venia para retirarse, le dijo Parolla que aguardase un momento á ver si Monpavón, tenía también necesidad de hacer testamento.

Cuando el penitente y el confesor se levantaron, la cara del fraile era la de un ángel: la de Augusto era la de un muerto.

—Jaime—exclamó el sacerdote, con voz que ahogaba la emoción,—ven y oye.

El cabecilla se aproximó.

Fray Salvador continuó hablando.

—Voy á despediros para un viaje que haréis juntos—decía dirigiéndose á los dos sentenciados.—Antes de partir, quiero que seáis unos buenos amigos...

Jamás en todo el transcurso de esta historia fluctuó un momento de indecisión tan supremo.

El silencio no era silencio de tumba: era el que reinaría en la nada anterior á la Creación.—Daros un abrazo—dijo al fin con tono imperioso y decidido.

Los dos cuerpos se acercaron uno contra otro.

Como ambos iban con la vista baja, tropezaron al encontrarse. Estaba de Dios que hasta para abrazarse tuviesen que chocar.

—Así no—exclamó llorando el fraile.—Más fuerte... más unidos... Y alzar los ojos... que os veais bien... Mira—dijo apoyando su mano en el hombro de Jaime—Ves á este?... Este fué el que mató á tu madre y deshonoró á tu hermana. ¡Le perdonas?...

Esta pregunta, hecha con fuerza, retumbó en el sótano como un alarido. Los ecos del muro se estremecieron.

—¿Le perdonas Jaime?... ¡Mucho más que á tí, ofendió al Señor, y el Señor le ha perdonado!... ¡Le perdonas?...

—Sí—contestó Jaime.

—Y tú—prosiguió el párroco, encarándose con Monpavón, —¿perdonas al hombre que te ha privado de una vida feliz y dichosa, y por cuya causa vas á morir?...

—Sí—exclamó Augusto...

Entonces nadie tuvo que decir á los dos enemigos que apretaran más su abrazo.

Ellos sólo se estrecharon con efusión.

Aquello era el abrazo de la muerte.

Cuando los cuatro hombres cesaron de llorar, Augusto fué al notario y le dijo:

—Suplicaría á V. extendiese unas memorias mías...

Y respondido por el hombre de fe, que estaba á su total disposición, se sentó á la mesa y lo mismo hicieron Jaime y el cura.

Monpavón sacó de sus bolsillos varios billetes de Banco y muchas monedas, diciendo á Fray Salvador:

—Esa es mi fortuna, que entrego á V... El destino que se le haya de dar, ya V. lo sabe.

Aquí el exclaustro tomó la palabra y dijo:

—Jaime... este dinero será empleado en costear una sepultura de mármol á tu hermana María de la Paz...

Los antiguos enemigos, cambiaron una mirada.

—En cuya compañía—repuso Jaime,—quiero yo ser enterrado...

Augusto quería hablar; tanto era su deseo, que los interlocutores de aquel triste diálogo lo conocieron y con la vista le interrogaron é incitaron á que dijese lo que por conveniente tuviera.

—Yo rogaría—dijo al cabo,—puesto que es dado elegir el punto de enterramiento, que mi sepelio se verificase lo más cerca posible del de VV.

—No—contestó Jaime.—Hágase esa sepultura y descansemos los tres juntos... ¡A Paz la pondrán entre los dos!... ¡Que ella nos reuna!...

Lo que pasó después, parecería nimio y tonto si se refiriese. Augusto y Jaime se abrazaron, pero sin excitación ninguna, de modo espontáneo y franco... Corrían las lágrimas como benéfica lluvia del cielo, que hubiese venido á calmar las amarguras de la tierra...

Y cuando á las dos horas, ido el notario, el confesor y los dos reos descansaban dormitando un rato, los tres creyeron ver, en medio del lóbrego ambiente de la cueva, flotar una sombra, que envuelta en un sudario miraba sonriente, las almas ya purificadas de aquellos dos eternos enemigos...

Con los primeros albores de la madrugada, se borró.

Los dos reos se despertaron.

Fray Salvador se preparó á decir la misa.

CAPÍTULO XXI

ESCENA FINAL

Es cruel y hasta inhumano recrearse en la contemplación de los últimos momentos de los ajusticiados. Haremos, por tanto, tan sólo, lo que hacen los que por obligación tienen que asistir á las ejecuciones.

A las ocho menos cuarto de la mañana, formaron en la esplanada de Carregui todas las fuerzas que guarnecían la plaza.

Lo alegre que estaba el día, contrastaba con lo tristísimo del acto que se iba á llevar á cabo.

A las ocho en punto salió de la población una corta comitiva al frente de la que iba un sacerdote sosteniendo con sus brazos á dos militares que andaban con resolución y sin abatimiento.

Al llegar á cierto punto se detuvieron y sonó una corneta que heló de espanto aun á los menos impresionables.

No sé qué ceremonias se verificaron: sé sólo que de pronto el sacerdote se separó de los reos, y casi al mismo tiempo ocho soldados se adelantaron saliendo de sus filas.

Luego volvió á sonar la corneta, y en el aire brilló una espada que pareció agitarse mientras el que la empuñaba daba una voz de mando.

Los ocho soldados se echaron el fusil á la cara.

Un tercer toque vibró en las ondas del aire perfumado de los campos, y casi simultánea una detonación desigual y áspera retumbó en el valle.

Una nube de humo blanco se perdió en el ambiente.

La sangre Parolla y la Monpavón, revuelta y confundida, se embebió en la sedienta tierra que la devoró con ansia hídrica.

Al subir por los espacios de lo infinito los espíritus de

aquellos dos hombres asesinados en nombre de la República (que también la República asesina como cualquier tirano), debieron ver qué pequeño é insignificante es el hombre al lado del sol, del cielo y del mar; que con ser los tres grandes reflejos de Dios que reverberan en el mundo como vislumbres de su omnipotencia, no son más que ripios de la Creación que nos dejó como sobras de las inmensidades del Universo.

CAPÍTULO XXII Y ÚLTIMO

TELÓN

— La Naturaleza, que no tiene entrañas, quiso cubrir con telón de alegrías tantos horrores; é indiferente ante los dramas de la tierra, siguió risueña, esplendorosa, palpitando á los besos del Sol, como una mujer enamorada á las caricias del amante.

¡Jamás lució un cielo más hermoso que el de aquel día!...
Parecía que estaban abiertas de par en par las puertas de la Gloria.

A. VASCÁNO

Fuenterrabía, Junio—Agosto, 1885.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Ecos de Mondáriz, pronósticos y cuidados del Sr. Cassola.—Arma al brazo.—
Nuestra postración.—Los alcoholes.—Opinión del Sr. Cánovas.—Entu-
siasmos mal traídos, humildades políticas é incomprensibles impacencias.
—Moralidad administrativa.



GRADABLES noticias de lo dulcemente que pasan los días de canícula aquellos cuya buena estrella permite distracción y solaz en las faldas del Pirineo ó en las costas del Cantábrico, forman hoy los más interesantes ecos de una política que, como la clase escolar, tiene su gran período de vacaciones.

Pero, entre los rumores de alegres excursiones, entre los nombres de los felices expedicionarios que olvidan la pesada atmósfera de la Corte con los halagos de las brisas marítimas ó el benéfico influjo de las aguas termales, llega también á nosotros de vez en cuando alguna frase de sensación atribuída á personajes de más ó menos importancia, y acaso de influencia en los futuros destinos de la Patria.

El hecho se repite cada verano. Y no debe extrañarnos que, en el actual, las frescas aguas de Galicia hayan dado también al traste con la estudiada reserva del Ministro de la Guerra, que en Mondáriz ha restablecido su salud, antes quebrantada. El Sr. Cassola, el joven General á quien las gentes dieron en calificar de esfinge muda del fusionismo, por lo

mucho bueno que callaba antes de dar en la manía de descubrirnos tanto propósito realmente discutible, comunica ahora á los corresponsales de la prensa madrileña, hasta lo más íntimo y hondo de sus pensamientos. No sin razón creemos que pudiera establecerse cierto paralelismo entre la popularidad del francés M. Boulanger y la del español Sr. Cassola, por más que los caracteres típicos parezcan diferenciarse en algunos puntos que nosotros creemos perfectamente secundarios.

Pero vamos al caso. Es ya una gran dicha que el Sr. General Cassola pronostique que pasaremos el verano en paz completa y sin trastorno alguno. Nos asegura que existen semillas revolucionarias arrojadas á los cuatro vientos como el año pasado; pero que el Ejército tiene en este momento un decidido interés en ahogar la más insignificante demostración de rebeldía y cualquier mal propósito aconsejado por la impaciencia. Lo creemos sin dificultad, aunque no bajo el punto de vista con que parece mirar estas cosas nuestro perspicaz Ministro de la Guerra.

En la paz están interesados desde las más altas jerarquías del Ejército hasta los oficiales subalternos que en los cuartos de banderas se comunican sus impresiones. Y sin embargo, no se muestra tan optimista el Sr. General que no recele del porvenir, en el cual divisa así como una nubecilla que se cierne sobre la frontera de Portugal y hacia las provincias andaluzas, nubecilla cuyos efectos no son ciertamente temibles, pero que descargará más ó menos pronto en esta tierra la electricidad que en sus entrañas acumula. No conocíamos las condiciones que para profeta reúne también el Sr. General Cassola.

El principal empeño de sus manifestaciones estriba en convencer que, con sus acariciados proyectos, jamás intentó adquirir preponderancia personal ni colectiva, y que por lo mismo dispuesto está á que se asocien á la realización práctica de sus reformas las reputaciones militares de más nombradía, y á que den también su opinión los hombres civiles del Gabinete... Sus razones técnicas son muchas, y no de escasa importancia. No cree el Sr. Ministro de la Guerra que, ante la

situación de la Europa armada, podemos permanecer sin numeroso ejército, bien pertrechado, con buenos parques y con todos los armamentos necesarios para hacer una campaña contra el extranjero, y considera indispensable un fuerte contingente permanente y unas grandes reservas, dotadas de jefes y oficiales suficientes para responder á un llamamiento... En fin; el Sr. Cassola no es partidario de que España se aparte de toda aventura en el exterior, y teme que, siguiendo esta conducta prudente, pueda hacernos objeto de su codicia cualquier gran potencia vencedora en Europa el día en que ocurriera un conflicto, y que nos hagan pagar cara nuestra neutralidad... Para tal caso, si llegara, ó mejor, para prevenir estas contingencias, es para lo que el General Cassola ha emprendido la reforma de la organización del ejército.

Lo hemos dicho y lo repetimos. El Sr. Ministro Cassola nos parece más que nunca un General Boulanger en miniatura.

Ya lo saben Francia y Alemania. El día del gran conflicto, hay aquí quien sueña en prescindir de la hermosa situación que nos preparó la Naturaleza misma, escalar la frontera y presentarnos con nuestra antigua arrogancia y la visera calada en el palenque.

Pero... pasemos á otro asunto.

*
* *

El país sufre. El estado de nuestra pobre producción empeora, y todas las fuentes de riqueza van secándose de una manera visible.

Reformas impensadas, presupuestos fabulosos, malos acuerdos, arriendos arbitrarios de Rentas públicas, implantaciones intempestivas de ideales económicos que no pueden acariciarse impunemente en las esferas del Gobierno, desacertadas negociaciones extranjeras acerca de Tratados de comercio, todo conspira á mantener el descontento y el desasosiego de las clases contribuyentes.

El mal es tan profundo, que los Ministros mismos lo reconocen públicamente, y hasta pretenden dar cierta satisfacción al país creando juntas y ordenando informaciones perfectamente inútiles y ociosas.

Nadie ignora los concausas que el Gobierno parece ignorar y que producen toda suerte de inquietudes. Nadie ignora que no es remedio de las desgracias económicas una política de temporizaciones y expedienteos que necesita á cada hora y ante todo nuevos halagos para contener á los tibios y acallar á los descontentos, no siendo nunca bastantes las pingües rentas creadas ni la elasticidad de las partidas de gastos para satisfacer todas las concupiscencias que se desarrollan y tiranizan.

Los temores crecen y son legítimos ante la evidencia de una gestión financiera á todas luces desastrosa, y urge terminar un período en que á las menudas cuestiones políticas se subordina inconsideradamente todos los grandes problemas sociales.



Dícese que el director de un periódico de provincias se avisó en Biarritz con el Sr. Cánovas del Castillo para preguntar á este eminente hombre público su opinión acerca de ese debate de actualidad que viene llamándose de los alcoholes alemanes. El jefe del partido conservador manifestó que le faltaban en aquel momento los documentos y datos necesarios para estudiar á fondo la cuestión; pero que respecto al punto concreto del aumento de la prima de exportación á los fabricantes alemanes, su criterio conformaba con los artículos de un Diputado de oposición conservadora. Después dijo el señor Cánovas: «Respecto á la situación general creada á España por el régimen de los Tratados, que creo debieran denunciarse todos, sostengo la opinión de que las dificultades hoy experimentadas provienen del Tratado firmado por el primer Ministerio Sagasta. Por él quedó comprometida España hasta 1892, duración que combatió enérgicamente el partido conservador, partidario de que todos los Tratados terminaran en 1887. Si se hubieran aceptado nuestros consejos, se hubiese procedido á contratar otros nuevos, que yo hubiera basado en la conveniencia de los intereses españoles, con el criterio proteccionista que siempre mantuve. Cometido aquel funesto error, es necesario aguardar cinco mortales años para

modificar nuestras relaciones mercantiles, y en esos cinco años Dios sabe qué será de nuestro pobre país.»

Luego consignó el Sr. Cánovas su opinión opuesta á la prórroga por seis meses del Tratado con Rusia para negociar su renovación; é interrogado dicho hombre político sobre asuntos ajenos á la cuestión de los alcoholes, hizo constar: que hacía suyo el discurso pronunciado en Málaga por el Sr. Silvela: que el partido conservador huirá siempre de las cuestiones personales: que el mismo partido hará oposición decidida, pero como hasta el presente, al Gobierno cuando reanuden las Cámaras sus tareas, entendiendo que la oposición, no por prometer y amenazar, se hace con más ni con mayor eficacia.

*
* *

La Corte sigue en La Granja.

Solemne ocasión ha dado la fiesta de S. M. la Reina Regente á las vivas y espontáneas manifestaciones del profundo respeto y acendrado cariño que ha sabido conquistar por sus relevantes virtudes la augusta Princesa que rige hoy los destinos de España á nombre de su tierno hijo.

El partido reformista de los Sres. López Domínguez y Romero Robledo ha querido significarse con tal motivo por medio de algunos cientos de telegramas amoldados á una minuta redactada en Madrid y depositada á la misma hora en las estaciones telegráficas de varias provincias.

Se trataba de exagerar fuerzas y entusiasmos, contradiciendo con una combinación mecánica, con un golpe teatral y artísticamente preparado, ciertas actitudes sospechosas, como si las imposiciones de cualquier carácter y forma fuesen nunca bastante eficaces para desfigurar ó encubrir por completo la elocuente realidad de los hechos.

Hay impaciencias inquietas que no se comprenden ni explican satisfactoriamente en los actuales momentos.

*
* *

A grandes males responden sin duda los incesantes clamores de la prensa acerca de la moralidad administrativa, que anda al parecer muy mal parada en estos días de contempORIZACIONES repetidas y de locas componendas. A la responsa-

bilidad del decano de los periódicos madrileños dejamos las gravísimas acusaciones que claramente se transparentan en las siguientes frases:

«No deben ser los partidos, como unidades colectivas, como elementos de Gobierno, como fuerza social, responsables en poco ni en mucho de las torpezas de algunos de sus hombres, ni de las inmoralidades de algunos de sus servidores. Pero de igual modo que las glorias de un caudillo reflejan sobre su hueste y abrillantan sus prestigios, así también, por una presión lógica de la humana conciencia, los actos impuros ó las temeridades de otros jefes caen sobre las agrupaciones políticas y las rebajan y las deprimen.

»Todos los partidos han contado en su seno personas en las cuales la ruín sospecha se cebó en alguna ocasión; pero ninguno tuvo la desgracia de señalar su paso por el poder, como el fusionista, con hechos reprobables que diariamente denuncia la prensa. Además, cuando ocurrió algo que de cerca ó de lejos manchaba la dignidad de un partido, sus jefes se apresuraron á satisfacer á la opinión; ahora, triste es decirlo, sucede una cosa muy distinta: se conocen actos que el Código castiga severamente, pero el Gobierno paraliza su acción y deja indefensa á la autoridad lastimada.

»No sabemos á dónde puede llegar una situación que por esas veredas camina; no queremos pensar el daño que se infiere á un partido que tales procedimientos admite; ni aun nos atrevemos á exponer los patrióticos temores que nos asaltan, cuando consideramos que nuestro régimen constitucional puede ser combatido en la brecha por los que en las sombras de la conspiración se mueven. Sólo diremos que la cuestión de moralidad, valientemente traída á la prensa, hay que estudiarla en su origen, en su desenvolvimiento, en sus fines, y hay que ver si es un vicio de la actual organización de los partidos, ó una secreción que á todos importa corregir. Si lo primero, los hombres de bien deben desentrañar las causas, para impedir que existan; si lo segundo, véase si las leyes son bastante poderosas para evitar que cunda esa especie de lepra que va poco á poco dominando los pueblos.

»No es esta cuestión simplemente política; es social más que todo. Una ley que no hiciera de la autoridad un poder casi inviolable, y una energía que no convirtiese al que delique, cualquiera que sea su rango, en un sér para quien no se han escrito los Códigos, bastarían á poner orden en este desquiciamiento de todos los organismos; pero mientras los Gobiernos no distingan entre el ataque político que la pasión puede encender y el odio del sectario agrandar, y ese otro ataque al

honor que nadie puede consentir ni nadie puede sostener sin pruebas: mientras los Gobiernos no cuiden de la dignidad de sus servidores como de la suya propia, y no impongan ejemplar castigo á aquellos que violan el sagrado depósito del poder, ó desconocen las responsabilidades del mando, ó faltan á la confianza de los poderes públicos; mientras esto no suceda, el mal irá en aumento, la criminalidad invadirá el reducido campo sano que resta, y este país, que si no fué siempre modelo de buenas costumbres administrativas no se distinguió por sus desaprensiones ni sus descomposturas, caerá en la sima espantosa de grandes vicios y de grandes desmayos.

»Recientemente los Tribunales de la República del Norte dieron ejemplo de una energía poco común, condenando á varios individuos del Ayuntamiento de Nueva York á duras penas aflictivas, por haberse repartido unos cuantos millones, producto de una concesión otorgada á una empresa, que de ese modo se había enriquecido á costa del Erario municipal. Los reos, convictos de su delito, comparecieron ante el Jurado, y ni su nombre, ni su jerarquía, ni su posición, fueron obstáculo para que se dictara un veredicto condenatorio, más eficaz allí que en ninguna parte, porque bien sabido es que en ningún Estado de Europa y de América arroja una estadística criminal mayor número de delincuentes por soborno que en aquellos Estados Unidos, que la musa de la democracia nos pinta como la última verdad de la administración de un pueblo libre.

»Pues bien; no querrá el Sr. Sagasta que tenga nadie el derecho de decir que no puede encauzarse la falsa corriente que nos invade; no querrá que él, hombre honrado y jefe de un partido que lo es, corra la suerte de los pocos ó muchos que son afrenta de la fusión; no querrá que al caer se diga lo que de los polacos se dijo: que caían envueltos en su descrédito. En provincias se ve todo: en unas se hace pagar hasta la tramitación de los expedientes; en otras la aprobación de presupuestos y cuentas; allá un servicio municipal, acá el pago de atenciones justísimas; en unas campa la ruleta sobre el rojo tapiz, en otras brilla el desenfado en toda su desnudez. No es posible tolerar tales inmoralidades. Lo decimos con pena, pero también con resolución. Urge que el Sr. Sagasta restablezca el prestigio de sus autoridades, maltrechas en Cádiz y en Málaga; urge que corte de raíz, y caiga quien caiga, el árbol bochornoso que á su sombra crece. Oiga del enemigo el consejo: y cuando la situación fusionista desaparezca, que sea por imprevisora, por incauta, por torpe, si se quiere; pero no por inmoral, que esto lastimaría intereses más altos que los que representan los partidos.»

A grandes males, grandes remedios, y no caben tolerancias fatales con los que caen bajo el peso de las leyes, jamás dictadas para ser letra muerta.

Un periódico reformista ha llegado á decirnos, bajo la firma de uno de sus redactores, que personas afines al Alcalde de Málaga quisieron comprar el silencio para evitar que se hicieran públicos gravísimos abusos. El Gobernador de Málaga telegrafía ahora al Ministro de la Gobernación lo siguiente:

«Llamado el Alcalde, manifiesta que es inexacto todo cuanto dice *El Resumen* sobre ofrecimiento al Sr. Figueroa; tanto que, además de haber demandado al citado periódico por injuria y calumnia por los hechos que denuncia en otras cartas, ha dado orden á un procurador en esa para que le vuelva á demandar por la afirmación á que el telegrama de V. E. se refiere, pues ni conoce al redactor que las firma.»

El Resumen contesta al anterior telegrama que eso de preguntar al propio acusado si son ciertos los hechos que le atribuyen, es una verdadera calinada. Y añade después:

«¿D. Liborio dice que no es cierto lo que D. Adolfo Suárez de Figueroa afirmó? Pues nosotros aseguramos que sí, y estamos dispuestos á probarlo. Qué, ¿ha de bastar la negativa del acusado para asegurar su inocencia, y mucho más cuando este acusado es un hombre de las condiciones del Alcalde actual de Málaga?

»Añade *El Resumen* que existen pruebas de cuanto afirmó el Sr. Figueroa, que hace un mes publicó la primera denuncia y todavía no se ha presentado demanda alguna contra el periódico ni contra su redactor, lo cual demuestra una de estas dos cosas: ó que de Malaga aquí tarda más de un mes en llegar una denuncia, ó que el Alcalde ha engañado al Gobernador, y el Gobernador al Ministro, al decir que los ha demandado, como le ha engañado al decirle que no ha intentado comprar el silencio del Sr. Suárez de Figueroa.»

Estos hechos, entrañen ó no la culpabilidad que se pretende, no deben repetirse, y fuerza es que los Tribunales se encarguen de poner inmediatamente en claro tan negros asuntos, que por su repetición en distintas localidades forman ya extensa mancha. Bien pudiera ésta afear y afectar de una manera extraordinaria á la gestión toda del fusionismo que tales tolerancias tiene en este período tan poco ejemplar y tan fecundo en tristísimos abusos.

A.



REVISTA EXTRANJERA

La interminable cuestión de Bulgaria.—Actitud de Rusia ante el Triunvirato de Sofía.—Espíritu bélico á orillas del Sena.—La República francesa y los intransigentes.—Memoria de Colón en América.



LARAMENTE manifiestan los últimos telegramas de Sofía el profundo disgusto que reina allí entre los partidarios de la Regencia, en vista de la conducta observada por el Príncipe Fernando de Coburgo al renunciar al Trono, sin esperar la determinación de las potencias, después de haber exigido, como condición precisa para acetar la Corona, la disolución de la Asamblea que le eligió y se reúne en Tirnova.

Atendiendo á los deseos de Rusia ha pretendido el Príncipe Fernando que se eligiese otro Parlamento para ratificar la elección primera.

Es natural que á esta exigencia había de oponerse el Triunvirato que tan á ciegas anda, justamente receloso de que, imponiéndose la influencia rusa, llegue á concluir toda la triste y laboriosa obra de esa tenaz Regencia. Inútilmente trata ahora de luchar aquel Gobierno contra los acontecimientos, lanzando á la publicidad nuevas candidaturas que puedan sustituir á la fracasada del mismo Príncipe Fernando.

Pero muy poco puede la influencia del Triunvirato en estas circunstancias, reinando un verdadero desconcierto en la desdichada Península de los Balkanes.

Por un lado vemos que los Regentes han comunicado al Ministro del Interior, Strausky, la orden terminante de reducir á prisión al ex jefe del Gobierno búlgaro, Radoslavoff, y por otro vemos al verdadero pueblo aturdido, y á la guarnición de Sistova pronunciada, á las órdenes del ex-Ministro de la Guerra Nicolaiew, exigiendo la revocación de la independencia búlgara, que parece haberse proclamado.

Rusia, entre tanto, sigue firme en su política. Sus periódicos oficiosos confirman una y otra vez lo que hace tiempo se conocía, á saber, que el Imperio no está dispuesto á reconocer jamás acto alguno realizado por la actual Asamblea, ni por otra que los actuales Regentes pudieran convocar en lo sucesivo; que Rusia desea que los actuales gobernantes se retiren, cediendo el sitio á otros que sepan tranquilizar los ánimos y procedan á la elección de nueva Asamblea, cuyas decisiones podrán ser entonces legales.

Esta es, exactamente, la misma doctrina formulada por la circular de M. de Giers, en Noviembre de 1886. Aquel documento diplomático nos dijo que el Gabinete moscovita no reconocerá ninguna decisión de la actual Asamblea de Bulgaria. No se trata ya de personalidades; es una cuestión de principios, es una cuestión de derecho, y por esto todos los nombres, todas las combinaciones que se discurran hoy, vendrán á ser trabajos perfectamente inútiles el día de mañana.

*
* *

La efervescencia contra Alemania, que repetidas veces hemos observado en Francia, sigue en progresión creciente, empezando á inspirar serias inquietudes á los políticos de Europa.

Los últimos acontecimientos ocurridos en la vecina Repú-

pública, las manifestaciones boulangéristas y la agitación constantemente mantenida en las masas, van haciendo pensar á todo el mundo, aun á aquellos que más partidarios son de la paz, en lo difícil que será mantener un *statu quo* que más parece guerra sangrienta que expresión de deseos amistosos. Francia no ha olvidado ni quiere olvidar que fué vencida y desmembrada, y un día y otro las masas, excitadas por los partidos extremos, que parecen acaparar el disfrute exclusivo del patriotismo, provocan manifestaciones que se traducen en mayor tirantez y frialdad en las relaciones de ambos Gobiernos.

Por su parte, Alemania observa este movimiento de la opinión en Francia; ve cómo poco á poco el *tolle tolle*, movido por las Ligas patrióticas, va encontrando eco aun en las clases más pacíficas, y considera lo difícil que va á ser al Gobierno contener la avalancha que se le viene encima. No quiere Alemania la guerra, y lo ha demostrado en varias ocasiones, una de ellas en el último año; por el contrario, todos sus esfuerzos y todas las exigencias de su política se dirigen á mantener la paz; pero, como en el estado actual de Europa las naciones centrales tienen por necesidad que estar armadas, se prepara para el momento del conflicto, que podrá llegar muy pronto si las alianzas en perspectiva ó ya realizadas precipitaran al Gobierno francés á dar satisfacciones con las armas á la eterna y siempre peligrosa idea de las reivindicaciones.

*
* *

Y como si esto no fuera bastante, los radicales continúan con gran aliento los trabajos de federación y de discordia, haciendo circular Manifiestos y programas contra las tendencias del Gobierno republicano.

Muchos periódicos se asocian al partido radical y aceptan las funestas consecuencias de una política intransigente, secundada hasta por hombres de una influencia tan reconocida, como la de los Clemenceau, Rochefort y Basly. Podemos juzgar en los siguientes párrafos acerca de la tenacidad y em-

peño con que se proclaman y quieren medidas radicales é impolíticas seguramente en estas circunstancias.

«La situación presente, dice el Manifiesto que acaban de publicar, nos impone graves é imperiosos deberes. ¿No son, en verdad, infieles á la revolución los republicanos que preconizan una política de aplazamiento y de inercia, que por miedo, según ellos dicen, de apresurarse demasiado, se condenan á la inmovilidad estéril; que á pretexto de tomar en cuenta las fuerzas de lo pasado, llegan hasta á transigir con ellas; los republicanos que admiten el Concordato con el Papa y el compromiso con los radicales?»

»Contra esa funesta doctrina debemos pronunciarnos en vísperas del centenario; esa es la política que debemos combatir nosotros, que reclamamos inmediatas reformas há tiempo prometidas por la República al pueblo; la separación de la Iglesia y del Estado, las libertades municipales, la instrucción para los niños, la protección para la mujer, la asistencia para el anciano, el crédito para el trabajador, la justicia gratuita, el impuesto progresivo, la igualdad, en fin, para todos ante el servicio militar, porque queremos reconstituir lo que nuestros antepasados del 92 llamaban el gran partido de los patriotas, dispuestos á todo para defender el suelo de la Francia y la idea de la Revolución.

»Por eso hacemos un llamamiento á todos los Diputados radicales. Por eso les pedimos que formen en todas partes comités, que se organicen, á fin de proseguir con la palabra, con la pluma, con las reuniones, con el voto, con la accion individual y colectiva la obra de la Revolución.

»Esos comités, estrechamente ligados por un pensamiento común, serán independientes. El de París no será superior al del más pequeño Municipio. Si toma la iniciativa es para centralizar, no para dirigir los esfuerzos esparcidos, que tenderán todos á un mismo fin: á la realización de las reformas políticas y sociales que quisieron nuestros padres, y por las cuales padecieron y murieron.»

*
* *

Ya se discute en América acerca del mejor modo de celebrar el centenario del descubrimiento de América por el inmortal genovés que dió aquel nuevo mundo á la entonces espléndida corona de Castilla. Véase qué interesante polémica sostiene con este motivo un periódico de Nueva York. Hé aquí las patrióticas palabras de un español que defiende valerosamente, en los Estados Unidos, los actos y nobles sentimientos de los nacidos en nuestra tierra:

«Viajeros sud-americanos que recientemente han visitado á España, y en particular á Valladolid, la antigua capital, aseguran que uno de los más preciosos entre los monumentos históricos que esta ciudad posee, se halla en completo descuido. Lo cual se compadece poco ó nada con el entusiasmo que en las gentes de nuestra raza despierta el cuarto centenario del descubrimiento de América, que nos preparamos á celebrar.

»Refiérense aquellos viajeros á la vieja casa, dentro de cuyos muros abrigó Colón sus últimos años y sintió los pesares más acerbos de su tormentosa vida; casa que, lejos de estar conservada y cuidada con el exquisito esmero y aun con el religioso respeto que su importancia histórica requiere, se encuentra, por el contrario, en lamentable abandono, poco menos que en ruína y habitada por gentes ordinarias é ignorantes que contestan desabridas á cuantos, llenos de emoción el pecho y de tristeza los recuerdos, preguntan por el cuarto donde dijo adiós al mundo aquel que lo había duplicado con su genio.

»Si, como parece, estos informes son exactos, claro está que ni españoles ni americanos debemos consentir que semejante incuria dure más tiempo, so pena, en el contrario caso, de dar la razón á los émulos de nuestra historia y raza, que acusándonos de indiferentes para nuestras propias glorias, señalan esta indiferencia como signo seguro de irremediable degeneración.

»Y ¡ojalá que esta enmienda, por pequeña é insignificante que ella sea, sirviera para iniciar con buen éxito la más general y comprensiva, que hace mucho tiempo reclaman de consuno la moral de la historia y el honor de nuestro nombre, de los numerosos actos, ora injustos, ora sugeridos por negra ingratitude ó causados tan sólo por el olvido que aun á través de los

siglos persiguen todavía con implacable saña la memoria del gran descubridor y defraudan en parte los derechos de su gloria!

»Su nombre, en efecto, que debió ser el del mundo por él revelado, sólo lo llevan hoy en la desgracia, si bien con dignidad y honor, una República joven y agradecida, la misma que, para colmo de ironías y contraste, intentó humillar há poco con su recién recuperado poderío, Italia, la nativa patria del héroe, y dos ciudades, también colombianas, una de las cuales, sin embargo, no es conocida en el mapa comercial de los Estados Unidos sino con el nombre de un oscuro millonario, torpemente sustituido á aquel otro tan glorioso.

»El mármol ó el bronce de su estatua, que de mucho tiempo atrás debió alzársele en proporciones heróicas y magnificada por el arte sobre los principales paseos y plazas de todas las capitales de España y América, apenas existe, que yo sepa, y eso gracias á la generosidad de una ilustre dama española, en una de las entradas del futuro Canal de Panamá, donde alcanzó á lamerla la llama del incendio bárbaro que destruyó la ciudad de Colón; y en la capital de Chile, pueblo capaz de gratitud y de recuerdos, pero adonde los llevara, sin embargo, la mano poco ó nada simpática del despojo bélico. Pero ¡qué mucho, si en tanto que no conocemos á ciencia cierta el lugar de su nacimiento, oímos días pasados á Gobiernos y Académicos de la Historia disputar con calor sobre la autenticidad de dos tumbas y de dos montones de huesos, que cada cual sostenía ser la tumba y los huesos verdaderos de Colón!

»Quedan algunos sitios, lugares y aun monumentos estrechamente conexiónados con la vida y con la historia del grande hombre, y hé aquí que uno de los más interesantes, la casa cuyos muros fueron testigos de la melancólica grandeza de sus postreros años, se arruina en el abandono ó se oscurece en el descuido, de modo que pronto el soplo del tiempo aventará lejos y dispersará en el horizonte el puñado de polvo que aún conserva las huellas de Colón.

»En días pasados, el *Herald*, de Nueva York, dedicó á la celebración del centenario un extenso artículo, en el que, mal encubiertos, rebosan sentimientos hostiles y aun despreciati-

vos para España y para la noble raza bajo cuyos auspicios y con cuyas hazañas se descubrió el Nuevo Mundo y se llevó á cabo su obra, aún más extraordinaria, de su conquista y colonización.

»Nuestro nombre no aparece mencionado allí sino para retañir sobre él el borrón de la ingratitud que nosotros le echáramos los primeros; y aun cuando bien pudiéramos contestar que no es Colón el único grande hombre que ha sido desconocido y maltratado por sus contemporáneos y por la posteridad, y que el vicio de la ingratitud que se nos atribuye como rasgo distintivo, es, por el contrario, común al linaje humano, conviene más, porque es eminentemente justo reparar la falta en vez de disculparla.

»Sirviendo á este propósito, aunque sin más derechos que los de mi simple calidad de hijo de la gran familia hispana, vengo á pedir á usted, señor director, que acoja benévola-mente en las columnas de su diario, así las presentes reflexiones como el proyecto que ellas sugieren y que expondré en seguida: proyecto que someto á la consideración de la numerosa y selecta colonia hispano-americana, residente en Nueva York, con la grata esperanza de que ella lo patrocine, y aun dirija é impulse su ejecución.

«Trátese simplemente de restaurar, construir y conservar sobre el pie de un verdadero monumento histórico la preciosa reliquia de Valladolid, mas no por el esfuerzo aislado de determinado pueblo y Gobierno; así sean ellos los de España, que con tanto derecho podrían ejecutarlo, ni por una sola corporación ó particular, sino muy al contrario, por el espontáneo y general concurso de cuantos en uno y otro continente participamos la tradición de una misma gloria, y, como ya está dicho, la tradición también de una misma injusticia; pues que revistiendo así la demostración de un carácter vasto y semi-universal, será más digna de su objeto y hará mucho más valioso el homenaje que entraña. Convendría, al efecto, promover en España y en todas las capitales hispanas y lusitanas de América una suscripción popular, cuyo máximum por cabeza no debería pasar de un peso en moneda internacional, á fin de dar así campo al mayor número de suscritores. Co-

misiones especiales, constituídas en cada capital, promoverían lo conducente á realizar la suscripción, y tal vez sería conveniente que la de Nueva York, compuesta de los Cónsules hispano-americanos y del Brasil, y bajo la presidencia del de España, dirigiera la ejecución de la idea y fuera centralizando los fondos.

»Con los 50 ó 60.000 pesos que probablemente se recogerían á la vuelta de uno ó de dos años, debería principiarse por adquirir la propiedad del inmueble y proceder en seguida á su restauración y embellecimiento, procurando, por supuesto, conservarle su peculiar sello histórico. Se acometería luego la formación y establecimiento en la misma casa de un Museo Colombino, ya que el que existía con este nombre en España parece haber sido totalmente arruinado, siendo esta ruína un contraste más que agregar á los que muy á la ligera se han mencionado. La casa, de este modo transformada, debería quedar bajo el cuidado de una asociación que hiciera con ella, para honor de nuestra raza, lo que con la de Mount Vernon, donde habitó y murió Wáshington, han hecho y mantienen los ciudadanos y las damas de esta República; esto es, conservarla con esmero y exhibirse con justísimo orgullo á los ojos de los visitantes.

»Si como se colige de los ya aludidos informes, no existe en la cámara mortuoria signo ó inscripción alguna que indique esta circunstancia, debería llenarse la falta, entre otros medios, por el de convertir el sitio en capilla á intento de celebrar periódicamente en ella la más solemne de las ceremonias de la religión que dió al grande hombre fe y aliento en sus luchas y consuelo en sus desgracias.

»Aquí debiera terminar esta ya larga carta; pero no puedo resistir á la tentación de agregar alguna palabra con especial referencia al contenido del artículo del *Herald* que arriba he mencionado.

»Al tratarse del descubrimiento de la América y de la conquista y colonización de su suelo, es imposible relegar al olvido el papel que España representó en esos acontecimientos, ó disminuir siquiera su transcendental importancia; y cualquiera tentativa que en tal sentido se ensaye, acusará en su autor locu-

ra ó insignísimas ignorancias. El *Herald* apenas menciona el nombre del pueblo descubridor para recordar que éste fué ingrato con Colón. ¿Por ventura es esto lo único que á espíritus imparciales é ilustrados ocurre decir, cuando se tropieza con un acontecimiento histórico de la magnitud de aquél y se trata de conmemorar dignamente uno de sus aniversarios?

»Pero bien se comprende cuál es la intención que ha prevalecido en el ánimo del escritor anglo-americano; es la misma que anima á todos los de su raza y escuela, á saber: la de exhibir como incontestable superior, y aún como única digna de aprecio, la obra de colonización anglo-sajona comparada con la latina del mismo género.

»Ciertamente, si el próximo 12 de Octubre de 1892 fuéramos á cotejar aisladamente el diverso estado social político, religioso y económico de las sociedades fundadas y organizadas en el Nuevo Mundo, bajo la influencia y con las ideas y con el contingente personal de las dos razas cristianas que los civilizaron, es claro que la colonización anglo-sajona aparecería superior con mucho á la de la otra raza, no obstante el notabilísimo progreso que ya ostentan argentinos, brasileños, chilenos y mejicanos. Sin embargo, esta superioridad es más aparente que real, y proviene de que el juicio de comparación respectiva se ha limitado simplemente á los resultados visibles de la obra, prescindiendo de la naturaleza intrínseca de cada sistema y de los distintos fines que ellos persiguieron. Se explica, en una palabra, por la sustancial diferencia de esos sistemas y por su ambición más ó menos noble y humana.

»Con efecto, la obra anglo-sajona ha sido simplemente obra de selección de su propia raza, admirablemente secundada por elementos tan poderosos como son un clima sano, un territorio admirable é instituciones libres animadas por un espíritu de independencia y libertad que emigró á América con los primeros colonos.

»Por el contrario, la obra latina ha sido laboriosísima obra de cruzamiento, conservación y mejoramiento de razas diversas, principalmente de la indígena; obra de suyo lenta, y combatida además por la acción de climas bravíos, topografías complicadas y por la falta de hábitos de gobierno civil en el

pueblo que, después de luchar en España durante ocho siglos contra los árabes, tuvo que luchar un siglo más en América contra los aborígenes.

»La colonización anglo-sajona no pasa de ser una trasplatación feliz, á la par que una extirpación bárbara. La colonización latina es, por el contrario, un ingerto de cuyo fruto nos dan ya alguna idea los progresos alcanzados en el Norte y en el Sud Pacífico, en tanto que cumplido el plazo de su evolución natural le llega el turno á las demás ramas.

»En comprobación de lo que queda dicho puede preguntarse: ¿Dónde están los pueblos, las parcialidades, siquiera las familias descendientes de los antiguos dueños del suelo, que hoy gozan de su respectivo rayo de sol en este espléndido hogar de la civilización anglo-americana? ¿Dónde están sus derechos, sus propiedades, dónde siquiera el garantido pedazo de tierra donde puedan enterrar sus huesos? Preguntádselo á los pieles rojas del Oeste.

»Mientras tanto, en América hispano-lusitana, millones de individuos, representantes de las antiguas razas, gozan actualmente, aunque en proporción con los lentos progresos de aquellos pueblos, de las ventajas de la civilización cristiana, y han ejercido, aún desde los tiempos de la colonia, cuya legislación escrita es un monumento de razón y de humanidad, los derechos civiles más importantes. Individuos de esa raza han gobernado y aún gobiernan el Estado y la Iglesia en las nuevas naciones de que son ciudadanos; se enriquecen en la industria, brillan en el ejército, ocupan, por último, en la sociedad puestos distinguidos que nadie les disputa.

»Terminado el rudo é inevitable choque de la conquista, la colonización fué elevándolos hasta el punto de colocarlos en 1810 en capacidad de reivindicar su independencia y de reñir con España batallas de veinte años, que hacen tanto honor á la tenacidad del vencedor como del vencido.

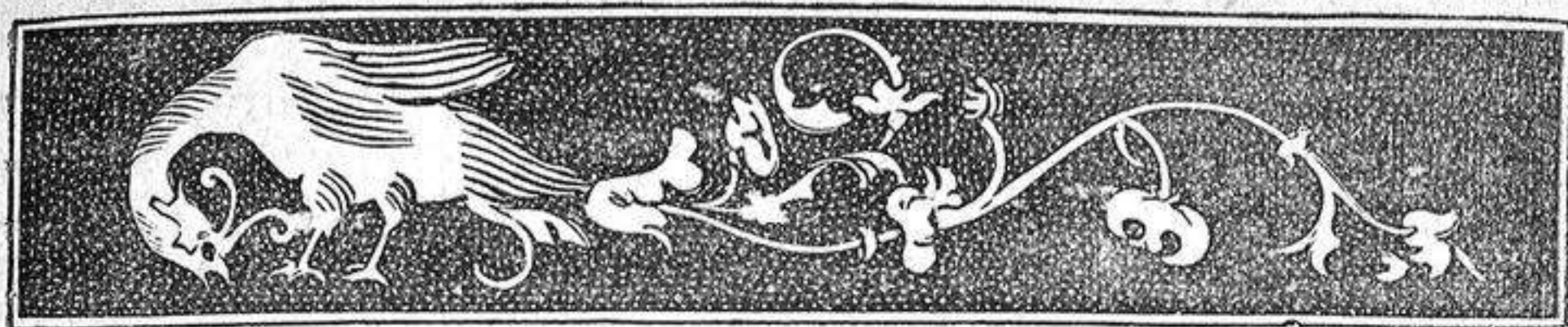
»¿Pueden decir lo mismo los escasos descendientes que aún quedan de los antiguos señores de este suelo?

»Si, pues, el progreso consiste, no en la egoísta é implacable selección de una raza, sino en la mezcla, progreso y conjunto desarrollo de todos los que forman la familia humana, ¿dónde

está la razón de la pretendida superioridad de la colonización anglo-sajona? Si es signo inerrable de civilización la protección de los débiles por los fuertes, y si una raza superior debe ser para con la que se atrasó en su camino, ala y no garra, ¿qué fundamentos pueden tener los escritores anglo-americanos para desdeñar en lo más mínimo la obra eminentemente conservadora y humana de la colonización latina?»

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

La matière brute et la matière vivante, par J. DELBÆUF; Paris, Félix Alcan, editor, 1887. Un tomo en 8.º de 184 páginas. Precio: 2,50 pesetas.

M. Delbæuf, ilustrado catedrático de la Universidad de Lieja, es el autor de la preciosa obrita con que acaba de enriquecerse la *Bibliothèque de philosophie contemporaine*.

La Naturaleza, tomada en su conjunto, nos ofrece el espectáculo de la muerte acabando incesantemente con la vida; pero estudiada en los detalles, nos ofrece la reconstitución no interrumpida de lo vivo por medio de lo muerto; reconstitución que se verifica en lo viviente y por lo viviente mismo. Delbæuf ha abordado este problema por su lado fisiológico, relacionándolo con la física y la química general, pero sin olvidarse de los fenómenos psíquicos de sensibilidad y mo-

vilidad, que llevan al ser vivo á combatir los fenómenos de destrucción. Merece citarse de este libro la teoría de la nutrición y de su modo de acción en el organismo, que es una de las partes más originales de aquél.

La obra de M. Delbæuf, como cuantas publica el conocido editor de París, M. Félix Alcan, se distingue porque á la vez que rigurosamente científica, es de agradable lectura por su originalidad y por los primores del estilo.

*
*
*

Miedo al hombre, novela original de CARLOS FRONTAURA. Barcelona, Daniel Cortezo y compañía, editores; calle de Pallars (Salon de San Juan) 1887. Un tomo en 8.º de 342 páginas. Precio: 2,50 pesetas.

La biblioteca de *Novelistas españoles contemporáneos*, después de ha-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

berse inaugurado brillantemente con la obra *Los Pazos de Ulloa* de la insigne Emilia Pardo Bazán, y de haber publicado otros dos trabajos excelentes de Trueba y Ortega Muni-lla, sigue manteniéndose á igual altura. Con efecto, *Miedo al hombre* es un libro en el que rebosa el ingenio lozano y fecundo del celebrado autor de *Las Tiendas*; abundan en aquél las escenas originales, escritas con especial donosura; tipos que son como la encarnación de personas á quienes conocemos; cuadros que deleitan por especial manera, y al través de lo agradable y risueño de la superficie, adivínase en el fondo algo que es serio, importante y digno de meditación.

Los editores Daniel Cortezo y compañía, tienen la fortuna de saber elegir las obras que publican, y se hallan para ello dotados de mucha perspicacia y buen deseo. Nuestros plácemes á ellos y al Sr. Frontaura.

* *

Revista agustiniana. *Homenaje al gran Padre de la Iglesia San Agustín en el XV centenario de su conversión.*—Valladolid, 1887. Un tomo en 4.º de 208 páginas.

Recordarán nuestros lectores el esplendor y magnificencia con que los padres Agustinos celebraron en el grandioso monasterio del Escorial el XV centenario de la conversión de San Agustín. En número extraordinario, la *Revista Agustiniana* incluye los trabajos relativos á dicha solemnidad, entre ellos, los titulados: *¡Te Deum laudamus!* por el P. Conrado Muiños y Sáenz, *San Agustín y su época*, por Fr. Francisco Blanco García; *San Agustín místico*, por el P. Fr. Tomás

Rodríguez; *Ideas de San Agustín, acerca de la filosofía de la historia*, por el P. Fr. Marcelino Gutiérrez; *San Agustín músico*, por Fr. Eustaquio de Uriarte; *Breves indicaciones acerca de la autoridad é importancia científica de San Agustín*, por el padre F. Valdés; *El profeta de una edad*, poesía, por Fr. Francisco Blanco García; *La Conversión*, poema, por fray Restituto del Valle.

Contiene además una detallada crónica de las fiestas del centenario.

* *

Goya, su tiempo, su vida, sus obras, por el CONDE DE LA VIÑAZA, correspondiente de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia, doctor en Filosofía y Letras.—Madrid 1887.—Un tomo en 4.º de 465 páginas. Precio: 6 pesetas.

Impreso en precioso volumen que honra á la acreditada tipografía de D. Manuel G. Hernández, hemos recibido el concienzudo trabajo del ilustrado Sr. Conde de la Viñaza. Con haber sido tantas las personas entendidas que han dedicado su inteligencia y actividad al estudio de las obras artísticas del insigne Goya y de la época en que floreció, todavía logra el mencionado autor aclarar unos puntos, desenvolver otros, combatir errores importantes de diversos críticos nacionales y extranjeros, y completar el catálogo de los cuadros debidos al pincel de su biografiado.

Una parte del libro antes citado se publicó en nuestra REVISTA por el año 1882, y nuestros lectores pudieron ya apreciar las cualidades que avaloran los escritos del Sr. Conde de la Viñaza.

* *

Sermones de doña Paquita, por CARLOS FRONTAURA. *Precede á esta obra un prólogo de TEODORO GUERRERO. Madrid 1887.—Un tomo en 8.º de 319 páginas. Precio: 3 pesetas.*

Oigamos al Sr. Guerrero, quien mejor que nosotros y con más autoridad, dice en el prólogo lo que es este libro: «*Doña Paquita* es una señora hacendosa, excelente madre de familia, tirana del sueño de su marido, el pobre *López*, que la oye como oye diariamente el jefe del Gobierno el incesante clamoreo de la oposición, recostado en el mullido banco azul del Congreso. Al leer el nuevo libro de Frontaura, salta á la vista la intención que dirigió la pluma del escritor; hay muchas Paquitas y hay muchos López, ella siempre sermoneando y él siempre haciéndose el sordo... El lector se reirá seguramente, celebrando las donosas ocurrencias de la tenaz mujer que diariamente atormenta á su cónyuge pidiéndole cuentas á la hora suprema en que busca el descanso á las fatigas del día; pero fíjese bien en el desarrollo del pensamiento.»

Frontaura tiene por lema *corrígere ridendo mores*, y de aquí que, haciendo reír, encierran en el fondo los sermones de D.^a Paquita un curso completo de moral.

* * *

Écrin de poésies anglaises, allemandes, italiennes et espagnoles, traduites par FRANÇOIS VALLON.—*Paris, 1886.—Un tomo en 4.º de 282 páginas.—Precio, 5 pesetas.*

Bien sabidas son las dificultades que ofrece la traducción de las composiciones poéticas. M. Vallon ha lo-

grado vencer la mayor parte de aquellas merced á sus grandes conocimientos filológicos y al empeño que ha puesto en identificarse con los autores cuyas producciones quería verter al idioma de Racine.

En su trabajo da á conocer poesías de veintiún autores ingleses, uno norte-americano (Longfellow), treinta y dos alemanes, once italianos y siete españoles. Estos últimos son: Alvaro de Hinojosa, Luis Ponce de León, Lope de Vega, López de Ubeda, Iriarte, Valera y Ventura Ruiz Aguilera. Sensible es que sean tan pocos los poetas españoles que ha traducido M. Vallon. Verdad es que el mismo traductor se duele de ello é indica que su quebrantada salud ha sido causa de importantes omisiones, y promete «reparar esta injusticia» tan pronto como le sea posible.

* * *

Colección de escritores castellanos.—MENÉNDEZ Y PELAYO.—*Obras completas.—La ciencia española. (Polémicas, proyectos y bibliografía), con un prólogo de D. GUMERSINDO LAVERDE RUIZ, catedrático de la Universidad de Santiago.—Tercera edición refundida y aumentada.—Tomo I.—Madrid, 1887.—Un tomo en 8.º de 333 páginas.—Precio 4 pesetas.*

Muchos de nuestros lectores recordarán aún el origen de esta obra, porque desde las páginas de la REVISTA CONTEMPORÁNEA se batieron hace diez años con singular energía y fe el malogrado D. Manuel de la Revilla y D. José del Perojo, con el señor Menéndez Pelayo. No hay que decir el entusiasmo con que éste replicaba á sus contrincantes, el sin nú-

mero de datos y citas que aducía, la facilidad con que desarrollaba su pensamiento. Para nadie es un secreto que pocas personas atesoran en nuestro país la inmensa erudición del joven catedrático de la Universidad central, portento de actividad, de memoria y de clarísimo ingenio. Todos sus escritos los corrige y perfecciona con incansable constancia, y así es como aquellos artículos de polémica trazados al correr de la pluma han ido creciendo, creciendo hasta convertirse ahora en una obra que constará de tres tomos, y la cual aparece enriquecida con una extensa y muy interesante bibliografía.

* * *

Marruecos, *viaje de una embajada francesa á la corte del Sultán*, por el DR. A. MARCET. *Versión española*, por D. FRANCISCO G. AYUSO, doctor en Filosofía y Letras. *Edición ilustrada con grabados y un mapa especial*.—Madrid, 1887. Un tomo en octavo mayor de 341 páginas. Precio, 4 pesetas.

En cinco partes está dividida esta obra. Trata la primera de Tánger, explica la segunda el viaje de Tánger á Mazagán, la tercera el de Mazagán á Marruecos, la cuarta la residencia en Marruecos, y la quinta el viaje desde Marruecos á Mogador y á Tánger.

Siempre han ofrecido mucho interés los libros en los que los viajeros narran las vicisitudes de sus excursiones por países poco explorados y de costumbres extrañas. Este interés sube de punto por lo que se refiere á Marruecos, imperio que para España es digno de particular atención, porque acaso reserve el porvenir á

nuestro país grandes empresas que acometer en aquel extremo del África. Si á esta circunstancia, que ya por sí sola recomendaría el libro de monsieur Marcet, se agrega que está escrito con sencillez y verdad, confirmando su autor la fama que tiene de observador hábil y de literato distinguido, se deduce que por la forma y por el fondo merece ser leído por las personas que necesitan ó quieren estar al corriente del carácter social y curiosidades naturales de Marruecos, y por los que sólo apetecen pasar un rato distraídos con el encanto de las narraciones.

* * *

Sur les tempetes théories et discussions nouvelles par M. H. FAYE, membre de l'Institut et du Bureau des Longitudes.—Paris, Gauthier-Villars, quai des Grands-Augustins, 55, 1887. Un folleto en 4.º de 75 páginas.

Excelente, como todos los suyos, es el último trabajo que acaba de publicar el insigne astrónomo M. Faye.

Después de un preámbulo en que trata de las dos teorías diametralmente opuestas que hay para explicar los ciclones, tifones, tornados y trombas, la que supone que tienen su origen en las corrientes superiores de la atmósfera y la que considera á cada uno de ellos como efecto de una rarefacción local determinante, estudia M. Faye el origen del error que consiste en atribuir dichos fenómenos á la aspiración y examina sucesivamente el descubrimiento de la primera y de la segunda ley de las tempestades, explica el movimiento de traslación en la teoría por él ideada, las experiencias de Weyher, opinión y

experiencias de Colladon, teoría de Schwedoff, opinión de H. Lasne, calma central en las tempestades, relaciones entre los tornados y las tempestades y la tempestad del golfo de Aden.

En toda su obra combate con gran copia de razones la teoría que supone que las tempestades son ascendentes, pues demuestra que son descendentes, y á propósito de los que combaten su teoría y la acogieron tan mal hace quince años, dice: «Es que los meteorólogos tenían su preocupación tan vieja y tan tenaz como la de la inmovilidad de la tierra. Los antiguos astrónomos después de haber escuchado con impaciencia mal disimulada las demostraciones más luminosas, respondían á los novadores: Vosotros diréis lo que queráis; yo bien veo que el suelo en que me apoyo no se mueve! Igualmente los meteorólogos: Argumentéis lo queráis, los hechos están ahí; hemos visto á las trombas aspirar la arena del desierto, y á los tornados elevar el agua de los mares ó de los estanques hasta la nubes »

Bien hayan el venerable sabio francés Mr. Hervé Faye, y el afamado editor Mr. Gauthier-Villars, que tan poderosamente contribuyen al progreso de la ciencia.

* * *

Un invierno en Nueva York.
—*Apuntes de viaje y esbozos de pluma por D. EUSEBIO GUITERAS. Barcelona, Gorgas y Compañía, 1887. Un tomo en 4.º de 208 páginas.*

Aunque se ha escrito mucho acerca de las costumbres de la gran República Norte-Americana, no deja de ofrecer detalles interesantes el libro del Sr. Guiteras. Éste estudia el as-

pecto de Nueva York en la calle, en la escuela y en el campo; describe las elecciones, el Parque, cómo se pasa la prima noche, la casa de pupilos, los días de fiesta, el whisky y la lager-beer y la iglesia; da una ojeada á lo pasado, el estrado y el club.

Escrita la obra con vena literaria y sano é imparcial criterio, se lee con gusto y se aplaude el trabajo del señor Guiteras, que ha sabido prescindir de las preocupaciones que hay en pro ó en contra de los Estados Unidos.

* * *

Journal d'un philosophe, par LUCIEN ARRÉAT.—*París, Félix Alcan, 1887. Un tomo en 8.º de 303 páginas. Precio: 3,50 pesetas.*

Con este título se acaba de publicar en París un elegante volumen compuesto de notas sobre asuntos de actualidad, referentes á literatura, artes, psicología y moral social, presentándolos bajo una forma rápida y animada. Es un libro de lectura muy agradable, en el que no faltan rasgos de ingenio y pensamientos profundos.

* * *

Histoire naturelle de la croyance, par U. VAN ENDE.—*Première partie: «l'animal.»—París, Félix Alcan, editor, 1887. Un tomo en 4.º de 320 páginas. Precio: 5 pesetas.*

El autor examina en esta obra las teorías relativas al nacimiento de los mitos en la conciencia del hombre primitivo y en particular la doctrina del animismo. Según aquél, la distinción entre lo animado y lo inanimado, lejos de constituir en el hombre un instinto original, es más bien un hecho secundario resultante de tres factores:

la noción de la suerte, la idea del alma, producida por la observación de los fenómenos de la muerte y del sueño, y el juicio por analogía aplicado á las manifestaciones activas en la Naturaleza. M. Van Ende halla la confirmación de sus ideas en el estudio de los animales. Éstos últimos distinguen claramente la naturaleza inerte de los seres animados; en ellos, como en el hombre, se nota el terror de lo desconocido, la noción de la suerte, y el conocimiento de los fenómenos de la muerte y las manifestaciones de sonido y de movimiento.

Esta primera parte de tan notable obra, dedicada á la psicología del animal, está llena de detalles interesantes y de observaciones ingeniosas sobre la vida de los animales, y las conclusiones que deduce el autor de su comparación con la especie humana, demuestran cumplidamente la exactitud de su teoría.

Es un libro que todo hombre ilustrado debe leer con mucha atención.

* * *

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de literatura,

ciencias y artes.—*Barcelona, Montaner y Simón, editores, 1887.*

Se han publicado últimamente los cuadernos 18, 19, 20 y 21 de esta importantísima obra. Comprenden desde las letras AHON hasta ALE. Los artículos son excelentes, así como los mapas en colores de Austria-Hungría y de África, y los muchos grabados que hay intercalados en el texto.

* * *

Las grandes capitales.—*Barcelona, Daniel Cortezo y Compañía, editores, 1887.*

Acaban de publicarse los cuadernos 18 á 22 de estas hermosas monografías descriptivas y artísticas referentes á París, Roma, Londres y Berlín. Contienen numerosos grabados, primorosamente hechos, y las descripciones ofrecen especial atractivo y deleite.

También ha repartido dicha casa editorial los cuadernos 145 y 146 de la magnífica obra *España*. Corresponden á Navarra y Logroño, Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

R.



MADRID, 1887.—IMPRESA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ.

Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934